Septiembre-Octubre 2016

LA ZURDA
REVISTA

No. 34



PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO:

HERNÁNDEZ; ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ; JOSÉ WOLDENBERG; MANUEL CANTO CHAC; ROLANDO CORDERA CAMPOS; GUSTAVO GORDILLO; CÉSAR SUÁREZ; JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI; SAÚL ESCOBAR TOLEDO; FRANCISCO HERNÁNDEZ JUÁREZ; ABRAHAM NUNCIO; DOLORES PADIERNA LUNA; MARCO ANTONIO CRUZ; JORGE YEVERINO.

$ 60

LA ZURDA No. 34





Buscando el remanso perdido



La Zurda cumple cinco años. En septiembre de 2011 nos propusimos llenar un vacío y construir un espacio de reflexión que aglutinara al amplio espectro del pensamiento que representan las izquierdas y alentar la discusión sobre sus retos y perspectivas, a fin de superar las limitaciones de una corriente política que se ha alejado de las causas populares, cuando México vive momentos de desolación.

Lo hemos logrado gracias al esfuerzo colectivo de un Comité Editorial de voluntarios y de decenas de mujeres y hombres quienes con sus colaboraciones han colmado las páginas de *La Zurda* de ideas y propuestas, dando cuenta de la profunda crisis humanitaria y de violación a los derechos humanos a la que ha conducido la violencia de Estado que ha incurrido en actos de barbarie como las ejecuciones extrajudiciales en Tlatlaya y Tanhuato; la desaparición de 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa, y el fracaso de la estrategia de combate a la delincuencia organizada que ha convertido a México en una inmensa fosa clandestina.

La Zurda ha registrado además el amargo derrotero de división de las izquierdas que no acaban de encontrarse a sí mismas. Por lo que insistimos: es momento de renovar nuestro pensamiento y nuestras formas de actuar. Repensar lo que han sido y lo que pueden ser tanto el país, como las izquierdas, hundidas hoy en el pragmatismo y la fragmentación.

La crisis de las izquierdas es parte de una crisis mayor: la crisis de la política. Los poderes económicos predominan sobre el poder público, diluyendo los límites entre lo público y lo privado, lo que hace necesario promover una opción ética de justicia, libertad e igualdad, para construir una sociedad más humana, que permita reivindicar la dignidad en la política y recuperar la esperanza.

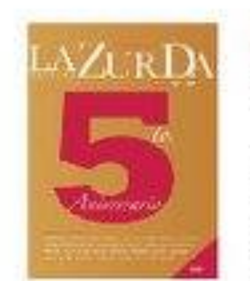
Como en nuestro primer número recordamos a José Saramago:

"Soy como un náufrago flotando sobre las olas, agarrado a una tabla, que es lo que queda del barco en que viajábamos.
Durante años creíamos que seguíamos un rumbo recto para llegar a puerto, pero hubo problemas de navegación, tuvimos algunos cambios de capitán y el barco está a punto de naufragar.
Quisiera saber si existe algún remanso a donde pueda llegar a reconstruir la embarcación a partir de esta tabla que no suelto, y que a falta de definición llamo principios, respeto y justicia para el hombre".

ALEJANDRO ENCINAS RODRÍGUEZ

ÍNDICE

LAZURDA Año 4, número 34 agosto–septiembre 2016, es una publicación bimestral editada por la Fundación para el Fortalecimiento de los Gobiernos Locales, A.C. Calle Centenario No. 69, Col. Del Carmen, Delegación Coyoacán, C.P. 04100, Tel. 6380-3072. Editoras responsables: Ariadna Compagny Herrera y Rocío González Higuera. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2012-032913372100-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, ISSN: en trámite, Licitud de Título y Contenido #15873 otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación, Permiso SEPOMES: en trámite. Impresa por Gama Impresores, calle Pascual Orozco No. 53, Col. San Miguel, Delegación Iztacalco, C.P: 08650, México, D.F. Este número se terminó de imprimir en agosto de 2016. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Fundación para el Fortalecimiento de los Gobiernos Locales, A.C.



DIRECTORIO: **Presidente:** Alejandro Encinas Rodríguez, **Miembros de FUNDLOCAL:** José Ramón Amieva Gálvez, Carlota Botey Estape,✝ Juan de la Fuente, Raúl Flores García, Ernestina Godoy Ramos, Rocío González Higuera, Yari Hernández Kaiser, Arturo Herrera, Miriam Kaiser, Aarón Mastache Mondragón, José María Pérez Gay,✝ Enrique Provencio, Ricardo Ruiz Suárez, Eduardo Vega, Manuel Santiago, Carlos Mackinlay Grohmann, Alejandro Encinas Nájera. **Colaboradores de FUNDLOCAL:** Patricia Rojas Maldonado, Mari Gloria Juárez Ramírez, Francisco Fragoso, Aleida Tovar Martínez, Gilberto Encinas Rodríguez. **Coordinación editorial:** Ariadna Compagny Herrera, Alejandro Encinas Nájera, Rocío González Higuera, **Arte:** Amanda Contreras Rodríguez.

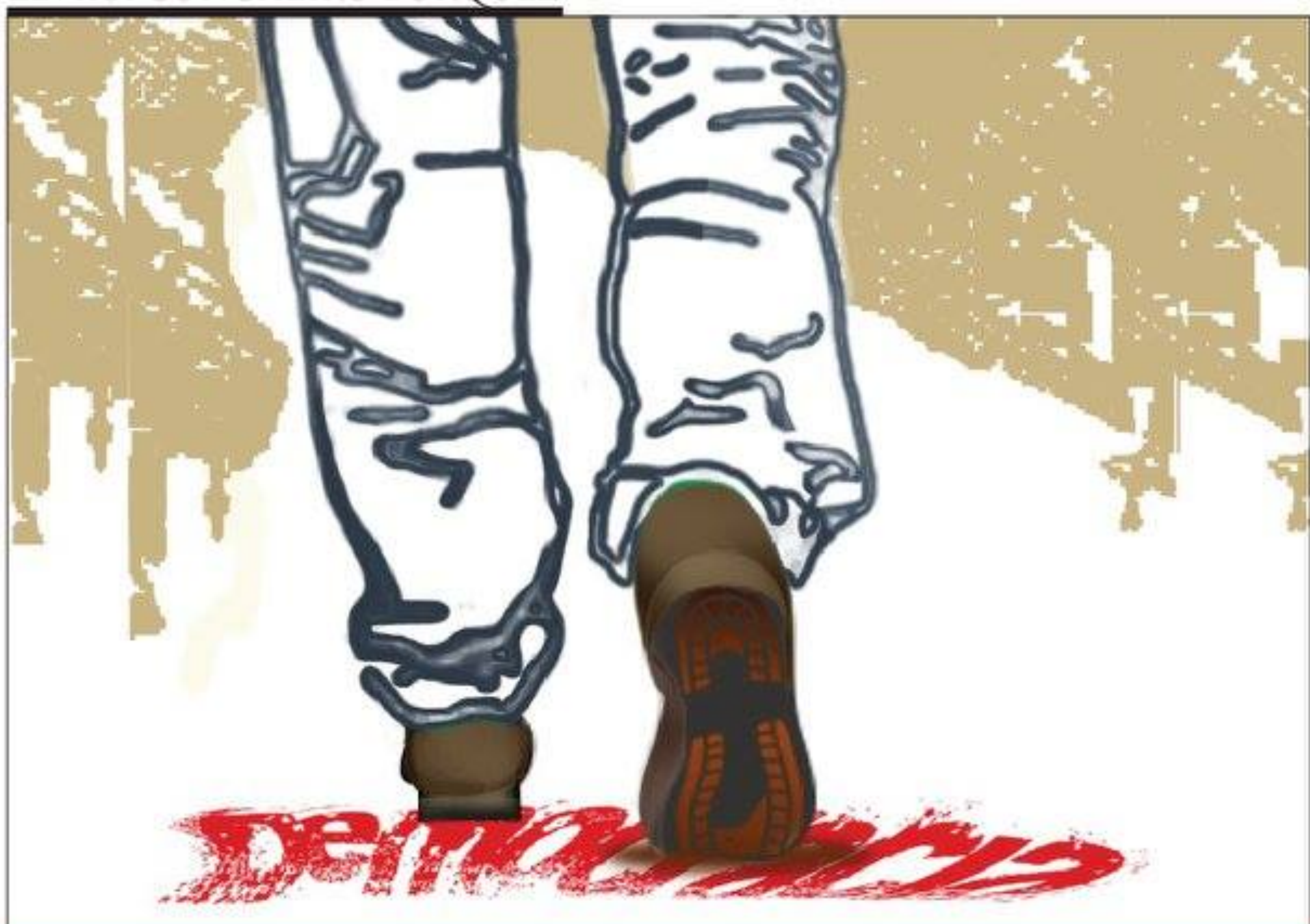
A Miguel Aroche Parra, comunista irredento y a César Buenrostro, hombre íntegro; fundadores del PRD.

CARTÓN DEL MES

TE LO FIRMO Y TE LO CUMPLO



ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ



EL FUNDAMENTO AUSENTE: IZQUIERDAS Y DEMOCRACIA EN LA CRISIS ACTUAL

El conjunto de protestas y movilizaciones ocurridas en medio de un creciente deterioro del desempeño económico del país, particularmente la lucha de los maestros desplegada en los meses recientes, ha desnudado el grado de deterioro democrático que sufre el país: la impunidad con la que actúan las autoridades; la represión gubernamental de que es objeto la protesta social, que ha costado

ya demasiadas vidas; la falta de respeto al derecho de reunión y protesta; la imposibilidad de manifestarse libremente por la ciudad; la difamación y calumnias de que son objeto quienes se oponen; las amenazas y calumnias con las que gobiernan los jeques del desgobierno; dolorosamente Ayotzinapa y Nochixtlán. Todo muestra la urgencia de levantar nuevamente, como lo hicieron los estudiantes en 1968 y las izquierdas que entonces se templaron, la bandera de la lucha por las libertades democráticas.

Sin embargo, cuando más falta hace, en México se ha dejado de considerar como problema principal el régimen político que atropella los derechos y ejerce continuamente el autoritarismo y la antidemocracia. Las grandes formaciones políticas de las izquierdas han dejado de enarbolar la superación del sistema presidencialista autoritario y ha quedado como letra muerta su proyecto de grandes transformaciones democráticas; no sólo denuncian débilmente los atropellos autoritarios que con enorme impunidad cometen las autoridades en todos los niveles, sino que las reproducen tanto en los gobiernos que ellas dirigen o que han apoyado, como al interior de sus propias organizaciones. El deterioro político creciente que atraviesa a partidos y organizaciones diversas de las izquierdas no es enfrentado en forma democrática sino, por el contrario, haciendo cada vez más elogio del verticalismo y el autoritarismo.

La democracia no guarda buena salud en ninguna parte del planeta. Hace años, y no en forma inocente, se viene hablando de la crisis de la democracia. Ciertamente, en México como en todo el mundo, las posibilidades de construir un verdadero régimen democrático se han visto minadas continuamente por la lógica del capital.

El tema es amplio y complejo, con muchas aristas que no resisten explicaciones sencillas y que nos remontan a una larga historia; pero es indispensable provocar de nuevo la reflexión, poner en el centro del debate y la movilización ciudadana el tema, de manera que sea posible retomar ese camino democrático. En esa dirección miran las breves reflexiones siguientes.

1) Crisis, neoliberalismo y antidemocracia

Hay que señalar, en primer lugar, que la democracia no guarda buena salud en ninguna parte del planeta. Hace años, y no en forma inocente, se viene hablando de la crisis de la democracia. Ciertamente, en México como en todo el mundo, las posibilidades de construir un verdadero régimen democrático se han visto minadas continuamente por la lógica del capital, que sustentada en un renovado indi-

vidualismo propaga el universo del interés egoísta y acorrala y hostiga la búsqueda de la construcción y defensa de lo común.

La democracia no está definida por ciertas estructuras hechas o instituciones establecidas; la democracia se construye persistentemente, se replantea en el quehacer cotidiano; se le dota de sentido a través de una praxis, es decir, de acciones que conciente y deliberadamente buscan ese fundamento de libertad e igualdad, lo elaboran y lo ejercen en su ámbito inmediato. Podemos decir, por tanto, que la democracia es el terreno de combate para lograr que se admita la existencia de otros caminos y se reconozcan otros intereses que no son los del capital, es decir, los dominantes.

Seguimos, es verdad, sufriendo las consecuencias del derrumbe del llamado socialismo real; derrota que tan bien han sabido cobrarse todas las derechas, aunque ahora lo hagan en términos menos directos o reconocibles, pero igualmente dañinos para el conjunto de las izquierdas. Seguimos resintiendo la pérdida de sentido que ahora tiene la revolución como acto de refundación social, provocado por el discurso triunfalista de un democratismo liberal que se ha erigido por encima de toda pretensión "utópica" y contra todos los "totalitarismos"; para terminar, acompañado de un discurso contra toda "teleología" o proyecto de largas miras, como justificación de atroces actos de violencia, atropello del derecho internacional y autoritarismo, como quedó evidente en la guerra contra Irak o, en términos menos sangrientos pero igualmente impositivos, en Grecia.

Vivimos un momento histórico en el que los intereses privados han sometido a los intereses públicos y colectivos y en este estrecho horizonte se olvida o pierde de vista con frecuencia que lo que se conoce como Estado social fue el resultado de las luchas que amplias fuerzas políticas y sociales, particularmente de los trabajadores, acometieron para alcanzar sus derechos colectivos.

El actual ambiente invertido o, dicho en términos gramscianos, en el que prevalece una correlación de fuerzas contraria que afecta particularmente a los asalariados, es lo que permite el acoso y descrédito que viven los proyectos democráticos hoy día. La visión de corto alcance instalada en las sociedades contemporáneas permite renegar de los derechos del futuro, considerando así un *privilegio* de ciertos sectores lo que era hace poco el destino protegido de las mayorías. En otras palabras, el antidemocratismo de nuestros días se convierte en la herramienta fundamental de los poderes económicos para desmontar los derechos sociales conquistados el siglo pasado en las luchas de los trabajadores del mundo entero.

2) Violencia y antidemocracia

En esas circunstancias generales, México se ha instalado en un obscuro túnel,

Hoy el grado de descomposición es extremo y se hace difícil saber cuál puede ser la salida. Pero aún es más preocupante que no se avizore la democracia como horizonte necesario y posible, tanto para enfrentar el deterioro económico de las mayorías, como para sanear las relaciones políticas.



conformado por el alarmante deterioro económico, social y político, así como una imparable vorágine de violencia que debe explicarse por la sucesión de crisis en la que por décadas se ha encontrado el país. Hace más de tres décadas, México, que había sido una de las economías más estables de América Latina, entró en un prolongado y persistente deterioro que ha dañado severamente las condiciones de vida de la mayoría de la población. Las recetas neoliberales que ofrecieron superar tal situación no han dado un solo indicador de que así haya sido o pueda ser, pero los niveles de desigualdad y miseria crecieron exponencialmente.

El dominio a nivel mundial de un modelo económico que prioriza la lógica mercantil, cuestión que exige insaciablemente la desregulación y privatización de los bienes nacionales, ha implicado en México la implementación no sólo de transformaciones en el Estado social que aquí había logrado cierta amplitud, sino en las propias formas de dominio, principalmente a partir de un nuevo protagonismo del sector privado, que no tuvo a lo largo de casi todo el siglo XX justo por su incapacidad de entender el país y sus cortas y egoístas miras.

Hoy el grado de descomposición es extremo y se hace difícil saber cuál puede ser la salida. Pero aún es más preocupante que no se avizore la democracia como horizonte necesario y posible, tanto para enfrentar el deterioro económico de las mayorías, como para sanear las relaciones políticas severamente deterioradas. En particular, los grados de violencia logran que sectores amplios de la sociedad vivan en el miedo y sean presas fáciles de las soluciones autoritarias.

Llega a grados alarmantes el binomio violencia-impunidad que se enseñorea en todo el país y cuyos efectos inmediatos son la proliferación de la actividad delincuencial y el reforzamiento del autoritarismo. Y es que la impunidad es esencialmente el manejo discrecional y arbitrario del poder violentando todo el sistema de justicia. Así, las leyes, jueces, policías, abogados quedan subordinados a un poder que finge estar en la lucha por la seguridad de los

ciudadanos, al tiempo que permanentemente la pone en vilo. El resultado de tal simulación es la creciente imbricación de la delincuencia organizada con segmentos del poder político, hasta ahora sobre todo con aquellos que directamente les permiten operar y controlar las partes del territorio para la siembra y comercialización de la droga.

Tal situación ha sido el resultado del agotamiento de un largo proceso contradictorio en el que se han dado importantes batallas democráticas que produjeron ciertos cambios que le dieron fuerza y derechos políticos a las izquierdas, pero ante las cuales el poder respondió siempre en forma violenta y autoritaria, mediatizando o escamoteando tales cambios. En 1968 gracias a los combates estudiantiles que terminaron en el asesinato masivo de la Plaza de las Tres Culturas, la democracia adquirió aquí significantes fuertes y nuevas dimensiones; en 1988, tras un descomunal fraude electoral y persecución violenta que costó la vida de más de quinientos militantes de las izquierdas, el régimen se declaró en *transición a la democracia*.

Como lo muestran esas paradojas, México no admite análisis simplificadores en torno a su complejo régimen. Es verdad que no se vive, propiamente, lo que es una dictadura porque el poder se renueva periódicamente a través de procesos electivos; porque formalmente existe libertad de expresión y los medios no son siempre censurados. Las luchas han logrado un ambiente de no persecución sistemática y de cierta obligada tolerancia. Pero, simultáneamente, no se puede sin complicidad decir que se trata de un régimen democrático pues todos esos aspectos están trastocados y atravesados por el uso desmedido de la fuerza del Estado, la violación de leyes y reglas por quienes deben hacerlas valer, el atropello de derechos, el fraude, la intolerancia y la corrupción. Al menos tres requisitos indispensables de todo régimen democrático no se cumplen aquí: la voluntad de quienes votan se ve con frecuencia violentada por el fraude y la compra del voto; se sigue persiguiendo y reprimiendo a los opositores, aunque ahora sea en forma intermitente y selecta; la libertad de expresión se ve continuamente afectada por la existencia de monopolios que concentran la propiedad de los grandes medios de comunicación y ejercen la amenaza del acoso y la censura.

3) División de las izquierdas y antidemocracia

La involución y desgarre que viven en estos momentos las izquierdas mexicanas se expresa de manera clara en torno al asunto de la democracia. No es sólo que su proyecto de transformación del país se ha desdibujado al carecer de respuestas esenciales, sino que la visión que tienen de sí mismas se ha ido acercando a la del partido oficial, al priismo. Aspiran a ser fuerzas de gobierno, pero no

El resultado del agotamiento de un largo proceso contradictorio en el que se han dado importantes batallas democráticas que produjeron ciertos cambios que le dieron fuerza y derechos políticos a las izquierdas, pero ante las cuales el poder respondió siempre en forma violenta y autoritaria, mediatizando o escamoteando tales cambios. En 1968 gracias a los combates estudiantiles que terminaron en el asesinato masivo.

saben serlo más que repitiendo las prácticas dominantes y limitando el alcance de las mejoras sociales que impulsan, pues la medida es conquistar clientelas que les aseguren la sobrevivencia en el poder. Es así como pasan a ser parte de la clase política indiferenciada que se ha ido consolidando en México en los últimos años, cuyo ventura depende de un régimen que se reproduzca en sí mismo y gracias a jugosas prebendas, altos beneficios y muchas complicidades.

En este tenor, no es abusivo afirmar que es precisamente en las izquierdas en las que podemos medir el grado de eficacia del discurso dominante y la vigencia de la que podemos llamar "cultura priista".[1]

En estas circunstancias se ha producido ya la división de las izquierdas y, pese al pragmatismo que juega en función de cortos propósitos, no será fácil que se supere en breve plazo pues las condiciones que en años pasados propiciaron la unidad de las izquierdas fueron resultado de dos asuntos relacionados que hoy están trastocados. Por una parte, la consolidación de una oposición verdadera, es decir, autónoma e independiente respecto tanto del poder del Estado como de los poderes económicos; y por otra, una práctica política democrática en la que se dieron encuentro diversas expresiones de las izquierdas y gracias a la que, no sin dificultades, lograron poner por delante un proyecto de transformaciones encaminadas a superar el régimen político del país. En un ambiente de intenso debate abierto entre las izquierdas del país y fundado en la valoración de la autonomía de los movimientos sociales y las luchas populares, irrumpió inesperadamente un movimiento democrático en México, que con fuerza insólita y sin precedentes hizo confluir en un solo torrente a los diversos partidos y movimientos, haciendo posible que la unidad se sellara en un nuevo y poderoso partido de las izquierdas.

Ese proyecto democrático y sus consecuentes prácticas políticas no existen ahora en la realidad de los partidos de las izquier-

[1] Podemos denominarla priista pues, aunque lo que entendemos por cultura política surgió o se reinventó en el México posrevolucionario antes de que el partido de Estado se consolidara, lo cierto es que cuando adquiriere el nombre de PRI, junto a la estabilización de las fuerzas del poder, logra cuajar el nuevo discurso ideológico convirtiéndose propiamente en cultura política dominante, cuyos fundamentos son, precisamente, la antidemocracia y la corrupción.

das, como lo muestran principalmente las formaciones partidistas, pero también ciertas prácticas políticas de otras expresiones de esta corriente. Pero tampoco está preservada la soberanía y libertad que es prerrequisito de una política de izquierdas.

Por una parte, tenemos la experiencia fraccionalista de la que desde hace años ha dado muestra el PRD, que pese a la formalidad democrática que dice regir a ese partido, atropella o anula la voluntad de sus militantes y ha permitido que una fuerza enajene la autonomía e independencia de ese partido. Hemos tratado ya en otro artículo el proceso en el que el PRD, que portaba el más relevante proyecto para construir una nueva hegemonía en el país, se convirtió en un partido funcional, en parte del sistema antidemocrático de partidos de Estado que se ha reciclado en el país,[2] pero es relevante insistir aquí en la pérdida de sentido democrático como la fuente sustancial de tal conversión.

Por otra, las prácticas internas antidemocráticas se proyectan, hoy particularmente en Morena, hacia el tipo de dirigencia; con la enorme dependencia a liderazgos fuertes unipersonales (como el que inauguró en el PRD Cuauhtémoc Cárdenas, y continúa representando López Obrador), que niegan el principio de dirección colectiva, que prescinden del debate interno, violentan sus normas internas y establecen cada vez más formas impositivas y no solidarias entre sus miembros.

En términos generales, la conversión de los partidos de las izquierdas en agencias electorales establece relaciones de extraordinaria competencia por los cargos de elección, de tal forma que lejos de tratarse, como antaño, en espacios de encuentro, colaboración y construcción de sentido de comunidad, son lugares de desgarradoras batallas por intereses mezquinos.

La democracia, sobre todo si se trata de la forma de funcionamiento de una organización política, da a sus integrantes un fundamento de equidad y los iguala en su condición de miembros con los mismos derechos. Por el contrario, lo que encontramos en las actuales formaciones partidistas de las izquierdas es una marcada estratificación que impone una gran distancia entre los afiliados de base y sus dirigentes. En ese ambiente, el predominio de los "especialistas", los que detentan información o quizá ciertos saberes (se confunden en un discurso de y para ciertas élites), va completando el cuadro antidemocrático de nuestros días.

En el reconocimiento de esta histórica derrota, en la que varias generaciones se empeñaron, sin lograrlo, para alcanzar un país democrático y justo, está el primer paso a dar. El debate debe abrirse sin trabas ■

---

[2] Elvira Concheiro, "La persistencia del régimen político, el PRD y la pérdida de sentido", La Zurda, no. 22, ISNN en trámite, México, 2014. También "La izquierda ante sus derrotas", Revista Memoria, no. 253, , ISNN 0186-1395, México, feb. 2015.

JOSÉ WOLDENBERG



LA IZQUIERDA Y EL MOMENTO ACTUAL[1]

En su libro Insumisos, Tzvetan Todorov nos recuerda que "entre la política sometida a la utopía y a la moral y la que se limita a gestionar los asuntos en curso, hay lugar para una política que ofrezca un ideal que todos podamos compartir", porque dice, "los ciudadanos… desean que los individuos que, en un momento dado representan al Estado abran perspectivas, señalen un horizonte e identifiquen el sentido global de la actividad pública"[2]. No estoy seguro que existan políticas que puedan dejar satisfechos a "todos", pero lo que señala Todorov es la necesidad o la aspiración de trabajar por un futuro que ofrezca sentido a los más. Esa ambiciosa pretensión es el marco de las siguientes balbuceantes notas.

---

[1] Este texto retoma algunos artículos publicados en el diario Reforma.
[2] Traducción de Noemí Sobregués. Galaxia Gutenberg. Barcelona. 2016.

El país vive una situación delicada. El desencanto con nuestra vida política crece y la economía no lo hace con suficiencia. Los instrumentos que hacen posible la vida democrática –partidos, políticos, congresos, gobiernos- se encuentran en los últimos lugares del aprecio público y el porcentaje de pobres en México no puede modificarse a la baja. Los casos de corrupción se documentan todos los días, pero los expedientes que quedan impunes son mucho más de los que se cierran con algún castigo para los infractores. La violencia generada por el narcotráfico acompaña como una sombra del mal nuestra tensa convivencia, y ahora la violencia de matriz política irrumpe multiplicando los grados de zozobra. Las elecciones que ayer desataban enormes expectativas, ahora no suscitan aquel entusiasmo por el desgaste de lo que antes fueron novedades: fenómenos de alternancia, congresos con fuerzas políticas equilibradas.

En ese espacio la izquierda se encuentra dividida. La escisión del PRD que condujo a la creación de Morena revirtió un proceso unitario que de 1988 a 2012 generó un referente electoral básico, aunque siempre existieran otras pequeñas formaciones que gravitaban en torno suyo. De tal suerte que la izquierda que aparece en las boletas se encuentra fragmentada y no por razones baladíes: hay diagnósticos, convicciones y apuestas tan marcadamente diferentes que resultan difíciles de conjugar. La izquierda social, por su parte, que conforma una constelación vasta y compleja de organizaciones, redes y colectivos, tiene una cierta implantación y capacidad para colocar diferentes agendas en el espacio público, pero está más bien dispersa e incluso atomizada. No obstante, algunas de sus causas logran concitar el apoyo de eso que solemos llamar la opinión pública. De tal suerte que en ese terreno, el de tender puentes para la eventual colaboración y trabajo conjunto, imagino que hay mucho que hacer. Pero esta nota no se ocupará de eso, sino de la necesidad y la oportunidad que tiene la izquierda democrática para intentar colocar en el centro del debate nacional lo que solamente ella puede hacer.

Necesidad de una agenda socialdemócrata

En el escenario público se encuentra más que instalada una agenda liberal-democrática pertinente. Pero hace falta inyectar una agenda socialdemócrata si queremos atender las causas profundas de nuestra desnaturalizada convivencia.

Hace años Norberto Bobbio insistió en la necesidad de articular dos tradiciones que vivían escindidas: la liberal y la

Se podría afirmar que en los últimos 20 o 30 años en México se han desplegado movilizaciones, iniciativas y reformas que tratan de 1) proteger al individuo del desbordamiento de los poderes públicos, 2) multiplicar la vigilancia, el control, sobre esos mismos poderes, 3) generar pesos y contrapesos dentro del propio entramado institucional.

socialista. La segunda sin la primera era insensible a los problemas de las libertades individuales, los mecanismos de control del poder político, la normatividad que garantiza derechos fundamentales. Pero la primera sin la segunda resultaba ciega ante la desigualdad económica, las asimetrías de poder, los costos sociales del ejercicio de las libertades de los más fuertes. Por ello, postulaba fundir esas dos grandes corrientes de pensamiento: un socialismo fuertemente teñido de reivindicaciones liberales o un liberalismo recargado de la "cuestión social".

Entre nosotros, sin embargo, en la prensa, la academia, las organizaciones no gubernamentales, los circuitos de representación y los gobiernos, gravitan con fuerza una serie de reivindicaciones centrales –estratégicas- que tienen que ver con dos grandes áreas: el control de las acciones de las instituciones estatales y la ampliación de las libertades individuales. Ambos asuntos son, por supuesto, nodales en el proceso de construcción y fortalecimiento de un régimen democrático.

Siguiendo a Rosanvallon[3], se podría afirmar que en los últimos 20 o 30 años en México se han desplegado movilizaciones, iniciativas y reformas que tratan de 1) proteger al individuo del desbordamiento de los poderes públicos, 2) multiplicar la vigilancia, el control, sobre esos mismos poderes, 3) generar pesos y contrapesos dentro del propio entramado institucional y 4) someter a controles de constitucionalidad y legalidad las acciones de esa red de representación y gobierno.

Resulta natural, comprensible y necesario. Durante una larga etapa, las instituciones estatales, cuya cúspide era el titular del Poder Ejecutivo, desplegaron su accionar sin demasiados contrapesos sociales, institucionales y normativos. Eran o parecían agentes incontestables, todopoderosos, por encima del común de los mortales y sin necesidad de rendir cuentas. El proceso de cambio democratizador modificó esa relación y construyó pesos y contrapesos entre los poderes públicos y entre éstos y muy diferentes agentes sociales.

[3] La contrademocracia. Manantial. Argentina. 2007.

Estamos lejos de haber logrado los estándares deseados en esa dimensión, y por ello es acertado mantener viva y redoblada una agenda liberal-democrática. Pero brilla por su ausencia –o para no exagerar, apenas y se ve- un programa socialdemócrata que ponga también en el centro de la atención pública y en los circuitos de representación la serie de problemas que impiden que México sea un país medianamente integrado, armónico. Estoy hablando de los temas del empleo, las remuneraciones, la informalidad, las oceánicas desigualdades sociales, la pobreza y la pobreza extrema, que conforman un país polarizado, escindido.

Esa profunda desigualdad que todo lo marca debería ser el eje de una preocupación expansiva que fuera capaz de construir un basamento de satisfactores materiales y culturales básicos (educación, salud, alimentación, transporte y vivienda) que eventualmente se tradujera en un cemento cohesionador de lo que hoy no es más que un archipiélago de clases, grupos y pandillas que no se reconocen mutuamente.

Recuerdo la vibrante película de Ken Loach, El espíritu del 45, una cinta sobre el esfuerzo que ordenó la reconstrucción de la Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial. Se trató de edificar un piso de bienes públicos desde las ruinas y cenizas que había dejado la conflagración. Por supuesto que se apreciaba la vuelta a la paz, pero en el ánimo de la época flotaba la idea de que esa nueva paz debería ser acompañada de un esfuerzo consistente por una sociedad igualitaria o por lo menos capaz de cerrar las oceánicas brechas que la modelaban. El histórico Informe Beveridge estableció que había que luchar contra la miseria, la ignorancia, la enfermedad, el desempleo masivo y en esa dirección se enfilaron los grandes proyectos de vivienda, salud y educación públicos. Se trató de un aliento capaz de forjar lo que se llamó un Estado de bienestar que transformó la vida de millones de personas. Algo así necesitamos para México, porque sin ese basamento todo lo demás estará asentado en tierra movediza. Y creo que la izquierda, por sus propios fundamentos, es la corriente que puede y debe colocar esa agenda en el temario nacional.

Forjar un horizonte común

Ante el marasmo, el desencanto y el malestar, el país requiere de una causa común, de un horizonte compartido. Una brújula que oriente los esfuerzos hacia un objetivo loable, que pueda sumar voluntades y despertar alguna dosis de esperanza. Requerimos –como país- inyectar sentido a la actividad política, trascender la circunstancia inmediata,

ofrecer futuro. Se trataría de construir una plataforma sólida para nuestra convivencia que no pretendería (por imposible) la unanimidad ni la desaparición de las diferencias políticas e ideológicas, sino por el contrario, la edificación de un mejor ambiente para su expresión y reproducción.

Hay que labrar un "nosotros" inclusivo, pero ello no se alcanza por decreto ni de la noche a la mañana, se requieren fórmulas que reviertan la escisión en la que se reproduce el país y la cimentación de unos mínimos de bienestar universales capaces de transformar nuestra deteriorada coexistencia en una convivencia medianamente armónica. Dado que una sociedad no es -no puede ser- un simple agregado de individuos, sino que requiere algunos elementos cohesionadores, es necesario preguntarnos qué es lo que impide que México sea una comunidad, o para no ser tan ambiciosos, una sociedad medianamente integrada.

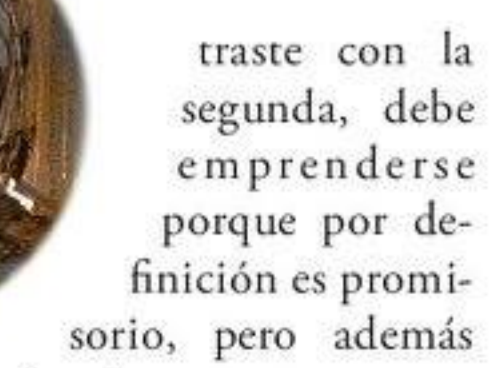
Durante varias décadas existió un horizonte, una meta, un ideal: fue el de la democracia. Las energías de miles y miles de mexicanos se orientaron a desmontar una pirámide autoritaria y a construir un germinal régimen pluralista. Esos esfuerzos, movilizaciones, reclamos, diagnósticos y propuestas, no solo ofrecieron un porvenir posible sino inyectaron fuertes dosis de ilusión e incluso de quimeras, que supusieron, en su momento, vitalidad y esfuerzo de amplias capas de

Varias décadas existió un horizonte, una meta, un ideal: fue el de la democracia. Las energías de miles y miles de mexicanos se orientaron a desmontar una pirámide autoritaria y a construir un germinal régimen pluralista.

la sociedad. Partidos de izquierda y derecha, organizaciones empresariales y de trabajadores, agrupaciones de la sociedad civil, publicaciones, académicos, periodistas, alinearon sus reivindicaciones hacia la edificación de un régimen que permitiera la convivencia y la competencia pacífica y ordenada de su pluralidad política. Y con todas sus insuficiencias, los resultados están a la vista.

Pero resulta evidente (o evidente para quien lo quiera ver), que lo alcanzado no solo parece insuficiente sino que se está erosionando, porque no atendemos dos fallas tectónicas de nuestra contrahecha convivencia. Me refiero a los temas de la pobreza y la desigualdad y al del notorio déficit en el Estado de derecho. Sin un esfuerzo sostenido y encaminado en esa dirección me temo no solo que el fastidio social irá al alta, sino que el país continuará reproduciendo una coexistencia tensa y polarizada.

El combate a la pobreza y la desigualdad que no son lo mismo, pero que hacen a la primera más irritante en con-



traste con la segunda, debe emprenderse porque por definición es promisorio, pero además porque es la única vía para generar un mínimo de cohesión social (ese sentimiento de pertenencia a una comunidad mayor, nacional), porque parece un requisito indispensable para fortalecer nuestras incipientes rutinas democráticas e incluso por la necesidad de robustecer el mercado nacional. Ya se sabe, mientras persistan franjas millonarias de mexicanos que no puedan satisfacer sus necesidades materiales y culturales mínimas, difícilmente esas personas podrán ejercer a cabalidad sus derechos, no se sentirán incluidas, con dificultades podrán valorar lo ganado en términos de libertades; y al coexistir en un mar de desigualdades, el sentimiento de exclusión y mal trato se seguirá extendiendo. Son además los temas que hacen de la izquierda, ser la izquierda. Y no es un juego de palabras. Es lo que supuestamente la singulariza.

Por lo que se refiere a nuestro déficit de Estado de derecho, vivimos una paradoja y rezagos monumentales. La paradoja consiste en que el proceso democratizador fortaleció, para bien, la cara expresiva de la vida pública: hoy las más diversas agrupaciones son capaces de colocar en el escenario sus reclamos y necesidades (por supuesto de manera más que desigual), pero en relación a la otra faz, la que tiene que ver con el orden democrático –que supone la subordinación de los intereses particulares a la Constitución y la ley-, casi nada hemos avanzado. Y si a ello le sumamos los déficits inocultables en todos los eslabones de las instituciones encargadas de la persecución del crimen y la impartición de justicia, entonces lo que aparece es que la ley del más fuerte es la que se impone en infinidad de casos.

Reivindicar y fortalecer lo público

Entonces, si deseamos fortalecer el basamento necesario para que nuestra diversidad se exprese y recree, las tareas enunciadas resultan (creo) ineludibles. Y en esa dirección parece necesario volver a pensar en lo público. Pongo un ejemplo: el de la crisis medioambiental que vivió (o vive) la capital del país.

La crisis de contaminación de la Ciudad de México en principio develó dos verdades que (me) parecen incontrovertibles: a) un bien se puede convertir en un mal y b) la suma de las lógicas individuales puede generar desastres. Hay que explicarlo. A) el automóvil fue, sin duda, un gran invento: aligeró el transporte, ofreció autonomía, se expandió en forma acelerada y se convirtió en aspiración creciente. Pero su proliferación en muy distin-

Existe una incapacidad de ver por el conjunto y una arraigada conciencia individualista que son y serán obstáculos importantes para modificar las cosas. "¿Yo por qué?" y "¿por qué no los otros?" son los dos resortes bien aceitados que saltan de inmediato como fórmulas de una sabiduría convencional incapaz de ver el bosque porque cada árbol lo es todo. Los argumentos son móviles, cambiantes, algunos ingeniosos y otros rutinarios, pero las dos preguntas esbozadas parecen estar en la estructura central del razonamiento. Es una derivación de la vieja conseja de "hágase la (mi) voluntad en los bueyes de mi compadre".

tos espacios urbanos generó problemas sin fin: lentitud en los desplazamientos, atascos, contaminación, neurosis y súmele usted. B) El deseo de transportarse en automóvil particular hecho realidad por millones de personas acaba por perjudicar a todos (incluyendo a los usufructuarios de los autos), por lo cual no parece ser que la simple suma de las razones individuales nos vaya a permitir salir del problema.

No dejó de ser curioso –por decir lo menos- que ante la crisis y las medidas tomadas por la Comisión Ambiental de la Megalópolis, como la reactivación del "hoy no circula" (casi) universal, la lógica de muchos fuera totalmente defensiva y personalista. Existe una incapacidad de ver por el conjunto y una arraigada conciencia individualista que son y serán obstáculos importantes para modificar las cosas. "¿Yo por qué?" y "¿por qué no los otros?" son los dos resortes bien aceitados que saltan de inmediato como fórmulas de una sabiduría convencional incapaz de ver el bosque porque cada árbol lo es todo. Los argumentos son móviles, cambiantes, algunos ingeniosos y otros rutinarios, pero las dos preguntas esbozadas parecen estar en la estructura central del razonamiento. Es una derivación de la vieja conseja de "hágase la (mi) voluntad en los bueyes de mi compadre".

No obstante, un sentido común también bastante instalado parece coincidir en una apuesta: hay que reforzar, mejorar y multiplicar el transporte público. Y en efecto, por ahí parece estar la salida: un transporte público eficaz, con horarios que se cumplen, limpio, con operadores capacitados, en una palabra, un transporte digno y eficiente, haría que miles y miles de personas que hoy sufren en sus automóviles acudieran a él como una alternativa racional. Y es posible que ese vuelco de lo privado a lo público obligara a los responsables a esmerarse más en el servicio. No parece existir de otra. Y quizá ha llegado la hora de hacer de la necesidad, virtud.



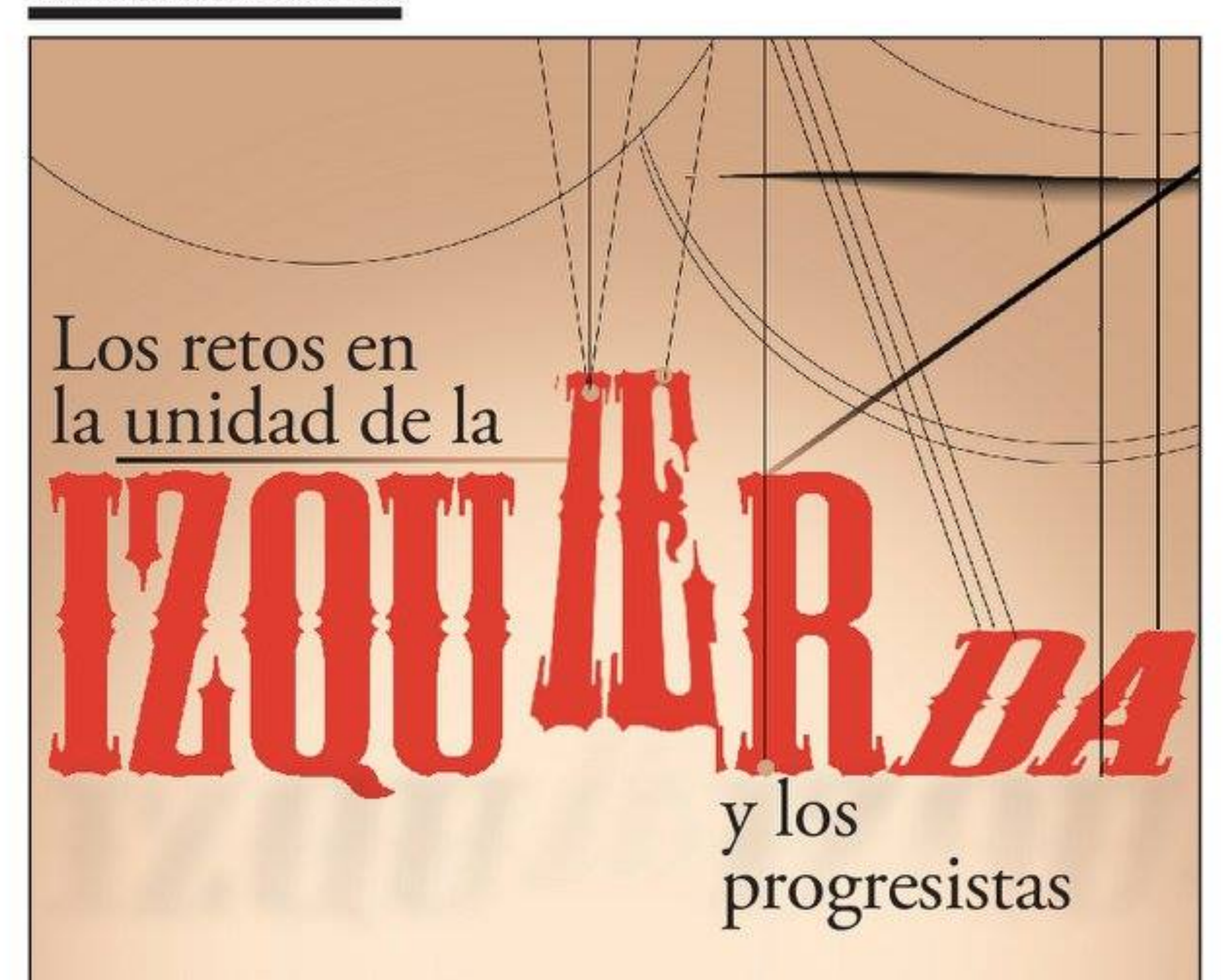
Una sociedad tan marcadamente desigual y polarizada como la nuestra, que además no genera mecanismos para construir una mínima cohesión social, seguirá siendo un espacio cargado de tensiones y rencores que son "connaturales" a la imposibilidad de sentirse parte de un proyecto común.

Pero reforzar el transporte público, lograr que cada vez sea utilizado por más y más personas, también nos podría ayudar a integrar lo que hoy es una sociedad escindida y polarizada. Sin ser el origen del problema, el transporte reproduce y sella las desigualdades que porta nuestra sociedad. Quienes son los "privilegiados" (entre comillas porque son millones) acuden a los automóviles (que además son un símbolo de status), mientras los más pobres están obligados a trasladarse en camiones, vagones del metro, "peseras", que para decirlo de manera *light*, no siempre están en las mejores condiciones. Ambos mundos, en muchos casos, jamás se tocan. Hay ciudadanos que no conocen siquiera el transporte público y otros que ensueñan, pero jamás tendrán, un automóvil privado.

Y el tema del transporte nos debería remitir a otras dimensiones que de igual forma construyen Méxicos segregados y desiguales. Piénsese en la educación y la salud, dos de los derechos y servicios estratégicos si queremos construir un país medianamente integrado. Pues bien, hoy en México tenemos circuitos escolares desde la pre primaria hasta el posgrado que jamás se tocan. Si en el pasado la escuela, en alguna medida, fue un crisol en el cual se reunían personas de diferentes extracciones sociales, hoy es posible que ricos y pobres no se encuentren jamás en uno de los espacios que deberían ser prioritarios para una cierta integración social. Y lo mismo sucede con la salud.

Una sociedad tan marcadamente desigual y polarizada como la nuestra, que además no genera mecanismos para construir una mínima cohesión social, seguirá siendo un espacio cargado de tensiones y rencores que son "connaturales" a la imposibilidad de sentirse parte de un proyecto común. Por ello, estamos obligados a pensar en los dispositivos capaces de construir una base universal, una plataforma de auténtica convivencia, un armazón que incluya y ofrezca sentido de pertenencia, y en esa perspectiva, educación, salud y transporte públicos pueden quizá empezar a cambiar el rostro y la lógica de nuestras relaciones sociales

MANUEL CANTO CHAC



Desde hace décadas el tema de la unidad de la izquierda está en la agenda, pero no en la discusión real. Desde fines de los setenta se le entendió como unidad organizativa, más en específico, hacer un solo partido, en ello se dejó de lado la relación con la izquierda social.[1] El propósito señalado se alcanzó a través de sucesivas fusiones, mismas que tuvieron aspectos positivos, pero también negativos, como lo fue que cada nueva fusión aplazó una discusión de fondo. En 2012 se llegó a la cúspide de las articulaciones partidarias, pero no por

[1] Diversos actores sociales surgieron entre fines de los setenta y los ochenta, entre ellos: La Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP); por el lado sindical la búsqueda de alternativas al aparato corporativo dió lugar a la Unión Nacional de Trabajadores (UNT). De las organizaciones civiles surgieron redes amplias para convertirse en actores con pretensiones de influir en el entorno político. Hubo intentos unitarios amplios como el Frente Nacional en Defensa del Salario contra la Austeridad y la Carestía (FNDSCAC) y la Asamblea Nacional Obrero Campesina y Popular (ANOCP), entre otros.

ello a la realización de la unidad de la izquierda. A partir de ese momento parece iniciarse una nueva etapa de fragmentación, en cuyo origen sin duda que hay actitudes personales, pero también asuntos de mucho fondo, entre ellos la falta de una discusión sustantiva que permita reconstruir la identidad y, con ella, un programa consecuente. Hoy es necesario vincular tres temas que han corrido a muy distintas velocidades y por carriles paralelos: la identidad, el programa y la organización; cuya discusión reclama la actitud a la que Hobsbawm exhortaba a la izquierda británica:

> *Hacer lo que sin duda Marx hubiese hecho, esto es, reconocer la nueva situación en la que nos encontrábamos; analizarla de manera realista y concreta; analizar las razones históricas -y de otro tipo- de los éxitos y los fracasos* (…) *formular no sólo lo que nos gustaría hacer, sino lo que se puede hacer*.[2]

La unidad de las izquierdas no puede tener como único fin el fortalecimiento de un partido, ni siquiera de una coalición, sino el fortalecimiento de la sociedad, de su tejido y de sus diversas organizaciones laborales, campesinas, de jóvenes, mujeres, de las diferencias, de las vecinales y de todas aquellas que comparten la búsqueda de la democracia, de los derechos, del desarrollo y de la diversidad, en fin, de las muchas "trincheras y casamatas" para alcanzar, tanto la transformación social, como el control social efectivo sobre el Estado y sobre el Gobierno.

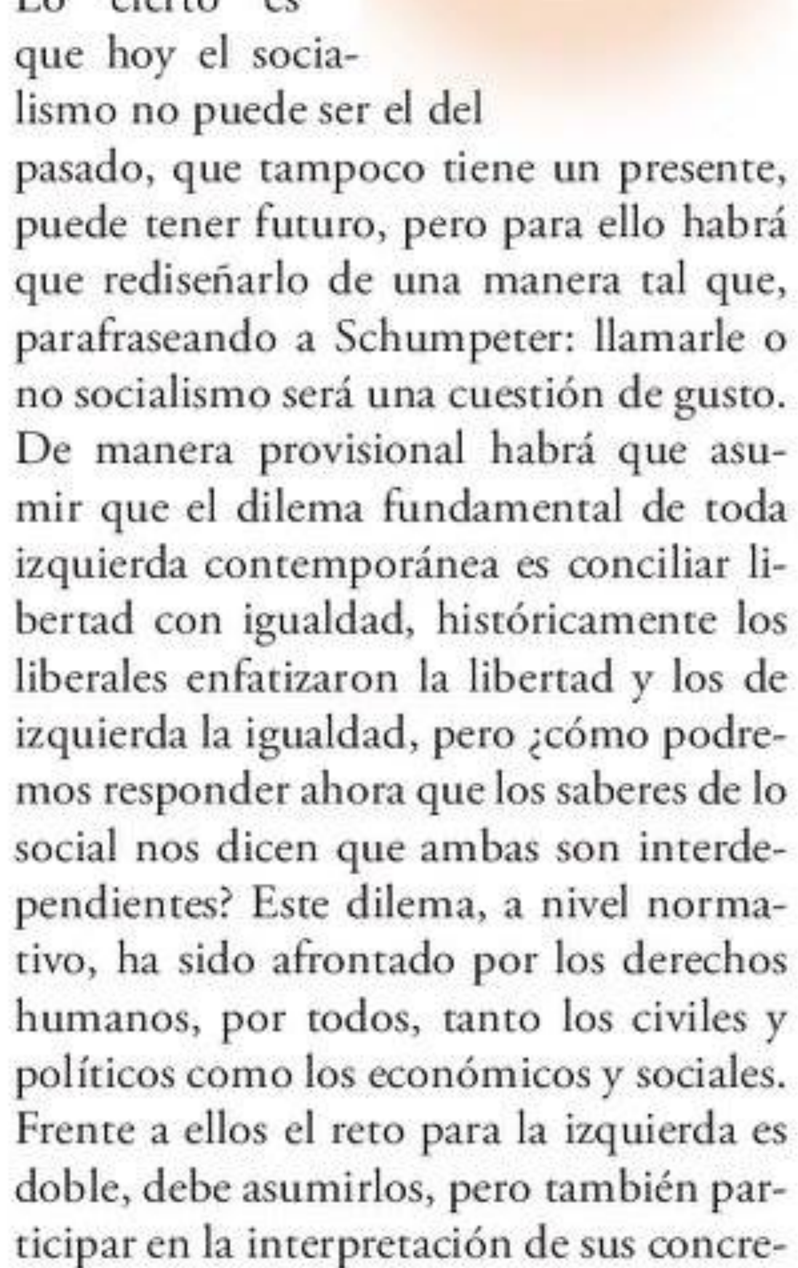
Lo anterior requiere ajustes de cuentas -recuperación y superación- con la cultura de izquierda, la que más que identificarse con la sociedad se identificó con el Estado, al grado que toda expansión -o promesa de expansión- del mismo, *Pacto por México* incluido, se presentaba como un paso progresista. Esta actitud estatalista no es de origen nacional, aún la "moderna" izquierda europea no deja de identificar a la izquierda con *la búsqueda de solución a los problemas sociales a través del Estado*[3]. Poco espacio hubo para reflexionar sobre el fortalecimiento de la sociedad y de sus mediaciones organizativas como ejercicio de control sobre el Estado. Los partidos de izquierda se entendieron más como prefiguración del Estado que como mediaciones políticas para el fortalecimiento de la sociedad.

La izquierda del futuro no podrá ser patrimonio de un solo partido político ni siquiera de una coalición de ellos. Fincar las esperanzas solo en el eje partido político sería un despropósito, sin

[2] Eric Hobsbawm, Política para una izquierda racional. Crítica. Barcelona. 2000: p. 8.
[3] Guiddens, Anthony (1999). La Tercera Vía. Taurus.Madrid

negar que sean necesarios, sí se puede afirmar que son ampliamente insuficientes, particularmente en el momento actual cuando en todas partes el sistema de partidos se encuentra sumamente cuestionado[4].

1).- La identidad de la izquierda. Es imprescindible responder a ¿qué es ser de izquierda hoy? ¿cuál es el papel que en ello tiene el socialismo? y otra ¿cuál es la posición de izquierda respecto de la democracia y a los liberales? Diversos sectores de la izquierda mexicana, tanto la partidaria como la social, junto con las de otros países, no se reconocen como socialistas, algunos socialistas europeos no se reconocen como de izquierda[5], por su parte algunos actores que están por el cambio en una perspectiva anti-sistémica no se reconocen como de izquierda ni como socialistas, sin embargo, ambos términos, por afinidad o rechazo, rondan las identidades. La historia de las palabras revelaría la evasión de las identidades contemporáneas. Si queremos la unidad de las izquierdas, entonces tendremos que precisar de quiénes estamos hablando, aclarar las palabras y los actores. Esta es una discusión de largo plazo cuya conclusión no podemos esperar para iniciar la acción, incluso es más probable que esta última ayude a esclarecer la primera. Lo cierto es que hoy el socialismo no puede ser el del pasado, que tampoco tiene un presente, puede tener futuro, pero para ello habrá que rediseñarlo de una manera tal que, parafraseando a Schumpeter: llamarle o no socialismo será una cuestión de gusto. De manera provisional habrá que asumir que el dilema fundamental de toda izquierda contemporánea es conciliar libertad con igualdad, históricamente los liberales enfatizaron la libertad y los de izquierda la igualdad, pero ¿cómo podremos responder ahora que los saberes de lo social nos dicen que ambas son interdependientes? Este dilema, a nivel normativo, ha sido afrontado por los derechos humanos, por todos, tanto los civiles y políticos como los económicos y sociales. Frente a ellos el reto para la izquierda es doble, debe asumirlos, pero también participar en la interpretación de sus concretizaciones, puesto que en la construcción



[4] Paramio calificó la situación de AL como crisis de representación, entendida como: "… la inadecuación funcional de los partidos –y como consecuencia de los gobiernos que estos forman- respecto a lo que los ciudadanos esperan o demandan" […] "…en una fase en las que las reglas del juego han cambiado, a consecuencia de las reformas de los años noventa y de la globalización como contexto mundial, y en las que los políticos no aciertan a responder a las demandas sociales bajo estas nuevas reglas del juego." (Ludolfo Paramio, La Izquierda y el Populismo, Nexos 339, marzo de 2006).

[5] Chanial, Philippe (2009). La Délicate Essence Du Socialisme. Le Bord de L'eau. Paris.

de sus mediaciones específicas las ideologías también se confrontan.

No muchos imaginaron que al poco tiempo de la llegada de la democracia al país estaríamos pensando en los riesgos que la acechan. Hoy la democracia en México se ve amenazada por el vaciamiento de su contenido y la pérdida de interés de la ciudadanía en su avance. Es seguro que la democracia a la que aspiraba la mayoría del pueblo mexicano no es la del *marketing*, la del *spot* publicitario, la del derroche de recursos en publicidad.

No se esperaba que la democracia trajera tal mercantilización de la política, ni el inmovilismo por falta de capacidad del gobierno para concertar y para innovar; ni mucho menos es creíble que las mayorías quisieran como democracia la falta de crecimiento económico junto con la utilización de recursos públicos para subsidiar malos negocios privados, ni reformas "estructurales" para hacer cargar los costos de la ineficiencia a los sectores mayoritarios.

No se esperaba que la democracia trajera tal mercantilización de la política, ni el inmovilismo por falta de capacidad del gobierno para concertar y para innovar; ni mucho menos es creíble que las mayorías quisieran como democracia la falta de crecimiento económico junto con la utilización de recursos públicos para subsidiar malos negocios privados, ni reformas "estructurales" para hacer cargar los costos de la ineficiencia a los sectores mayoritarios. Una democracia así resulta muy poco motivadora para quienes no hacen negocio con ella, su reto fundamental es cómo pasar de una democracia de élites y de socios a otra en la que la ciudadanía intervenga, no sólo eligiendo a quienes delega su poder, sino participando directamente en las decisiones que le afectan; al final de cuentas ésta, la democracia participativa, ha sido uno de los principales aportes de América Latina a la cultura política contemporánea.

Para cambiar la situación del país es necesaria la unidad de las izquierdas, pero no es suficiente, se necesita la relación con los progresistas liberales, con ellos no me refiero a los neoliberales, como dijera Merquior, el neoliberalismo no es liberal[6]. Podemos preguntarnos si Marx fue antagónico del liberalismo o

[6] "el neoliberalismo…termina por minar el alma misma de la ética liberal." (MERQUIOR, José,, G. **Liberalismo Viejo y Nuevo.** FCE, México, 1993. P: 173).

si más bien pretendió superarlo. Hay temas de los liberales que hay que apoyar, como la defensa del sufragio en el pasado reciente o, en la actualidad, la lucha contra la corrupción. El asunto no es la negación, sino su superación práctica. Ello sin desconocer los desencuentros de fondo con los liberales, por ejemplo: cuando plantean que para la democracia bastan los derechos civiles y políticos, dejando de lado los económicos y sociales. Este dilema no puede resolverse solo como un asunto de cálculo electoral, no es la construcción de la mayoría de votos lo que justificaría la relación con los liberales, sino la construcción de un programa que reivindique aspectos de libertades formales y de libertades sustantivas por los cuales, tanto izquierda como liberales, estén dispuestos a apostar su capital político.

2.- El Programa. Desde hace muchos años llegó el tiempo de abandonar la idea, basada en la existencia de "leyes universales de la historia", de que basta con que haya crisis en la conducción del país por las élites dominantes para que de inmediato el hartazgo social se transforme en el tan esperado cambio. Las crisis se suceden y el cambio no llega, si esto es así es porque la transformación no cae del cielo, sino que se le debe construir desde mucho antes de la crisis del modelo dominante. Requerimos un programa de reformas de fondo, que no puede ser sólo redistributivo, sino también productivo, para ello hay que articular la voluntad de los diversos sectores, no bastan las propuestas de política económica, se trata de la relación con los actores y no sólo con los técnicos, es decir, de la política.

Pese a todos los matices que se discuten de manera interminable está claro que para que el desarrollo económico esté en función de las personas y no sólo de las empresas, es decir para que sea socioeconómico, debe de tener algunas características, entre las principales: utilizar las capacidades del gobierno para propiciar un desarrollo tecnológico que permita la generación de empleos con trabajo digno, es decir con ingreso remunerador y seguridad social, basado en una estructura fiscal progresiva que impulse a la vez el crecimiento y la redistribución del ingreso, contrarrestando así la desigualdad[7], con una política social que invierta la fórmula de Birsmarck de llegar a la seguridad por el empleo y que más bien permita llegar al empleo por la política social[8]. Todo esto

[7] Atkinson, Anthony (2016). Desigualdad ¿Qué podemos hacer? FCE. México.
[8] Delors, Jacques y Michel Dollé (2009). Investir dans le social. Odile Jacob, Paris

no es solo asunto de economía, para que haya un gobierno con estas políticas se requiere de un Estado democrático en el que las mayorías incrementen su peso en las decisiones públicas, para lo cual es preciso potenciar sus capacidades organizativas y participativas, a fin que puedan controlar la gestión del gobierno y la orientación de sus decisiones. Lo anterior, pero con mucha mayor precisión, tendría que estar en un programa de la izquierda desde el cual se establecieran acuerdos políticos con otros sectores.

Se necesita un programa que vaya más allá del arribo de un determinado partido o coalición al gobierno. Un partido democrático no puede plantearse la ocupación del poder como algo permanente. En la democracia la estancia en el poder es por definición circunstancial, pasajera; lo permanente es la propuesta, el programa, el horizonte político y los esfuerzos cotidianos por alcanzarlos, aun cuando no se detenta el poder. No puede pensarse que las reformas se iniciarán sólo hasta que se gobierne.

Se necesita un programa que vaya más allá del arribo de un determinado partido o coalición al gobierno. Un partido democrático no puede plantearse la ocupación del poder como algo permanente. En la democracia la estancia en el poder es por definición circunstancial, pasajera; lo permanente es la propuesta, el programa, el horizonte político y los esfuerzos cotidianos por alcanzarlos, aun cuando no se detenta el poder. No puede pensarse que las reformas se iniciarán sólo hasta que se gobierne. En la actualidad el gobierno se ejerce a través de la relación entre múltiples actores, se influye en él –de manera democrática- a través de fuertes alianzas, construidas no sólo –aunque también- con una buena oferta partidaria.

Hoy la lucha por el centro político tiende a igualar las ofertas de los distintos partidos. Lo innovador de la izquierda será, no sólo una adecuada oferta electoral, sino –y sobre todo- que ésta surja de un proceso de captación y expresión de la demanda social, no se puede hablar a nombre de las mayorías sin tomarles su opinión y propuestas, para esto se necesita que en la vida interna de las formaciones políticas se diseñen instrumentos de participación ciudadana, incluidos los no adherentes.

3).- La organización. Podremos alcanzar lo anterior con una amplia coali-

ción de fuerzas sociales y políticas capaz de impulsar la construcción de las alternativas que el país requiere. Esto demanda poner en el centro la confluencia estratégica de las distintas expresiones de izquierda, tanto social como partidaria, para ello se requiere de un *Frente Amplio*, un tejido de partidos y organizaciones, de instituciones y movimientos, con frentes de lucha institucional y social, en el cual nadie tenga que dejar su organización para participar, sino que lo pueda hacer a través de ella; avanzando en conquistas electorales, pero también en las demandas sociales de los movimientos. Su proceso inicial sería el de la construcción de una agenda política y social común, con el eje puesto en la descentralización del poder y la riqueza a favor de la ciudadanía y sus espacios populares, para avanzar hacia un orden de convivencia fundamentada en derechos y con la participación ciudadana en las decisiones públicas. Sería un frente que luche por la conquista de los derechos integrales, haciendo causa propia todas las situaciones en las que estos fueran violentados.

No se puede hacer política sin dirigentes, pero ninguna política de izquierda se puede hacer sólo en función de ellos. El letargo de la izquierda mexicana ha sido interrumpido episódicamente por la aparición de personas u organizaciones que aspiran a dirigir los destinos de la patria, sea desde un rincón de ella, o desde uno de los temas de la sociedad. Unos y otros dejan fuera la complejidad social. Un frente amplio tendría que ser la resultante de muchos organizadores colectivos y de la articulación sistematizada de sus agendas, no de la simple sumatoria de demandas, pero sobre todo de la solidaridad con sus luchas cotidianas.

Es difícil lograr coaliciones estables sino se traducen en horizontes políticos renovados, se pueden alcanzar acuerdos coyunturales en función del carisma y el genio políticos, pero si no se piensa en las mediaciones que hagan posible la relación gobierno – sociedad, la alianza resulta efímera. Cuando el propósito es sólo que los líderes ganen las elecciones, y no lo logran, se construyen explicaciones sólo en función del mal comportamiento de los adversarios. Cuando se compara estas explicaciones con las de los grandes pensadores, Gramsci por ejemplo quien, ante a la derrota frente a Mussolini, se preguntó ¿por qué los socialistas no fuimos capaces de ofrecer un proyecto moral e intelectual a los trabajadores y al pueblo italiano, que tocara sus raíces culturales y que con ello se evitara la derrota? El único juicio que podría surgir de esta comparación es que nos falta

En democracia también desde la oposición se hace ejercicio de poder, a condición que existan capacidad propositiva, fuerza social e instrumentos para la participación de la sociedad, las tres tienen que ser reivindicación de la izquierda para construir su futuro. Su eventual acceso al gobierno dependerá de ellas.

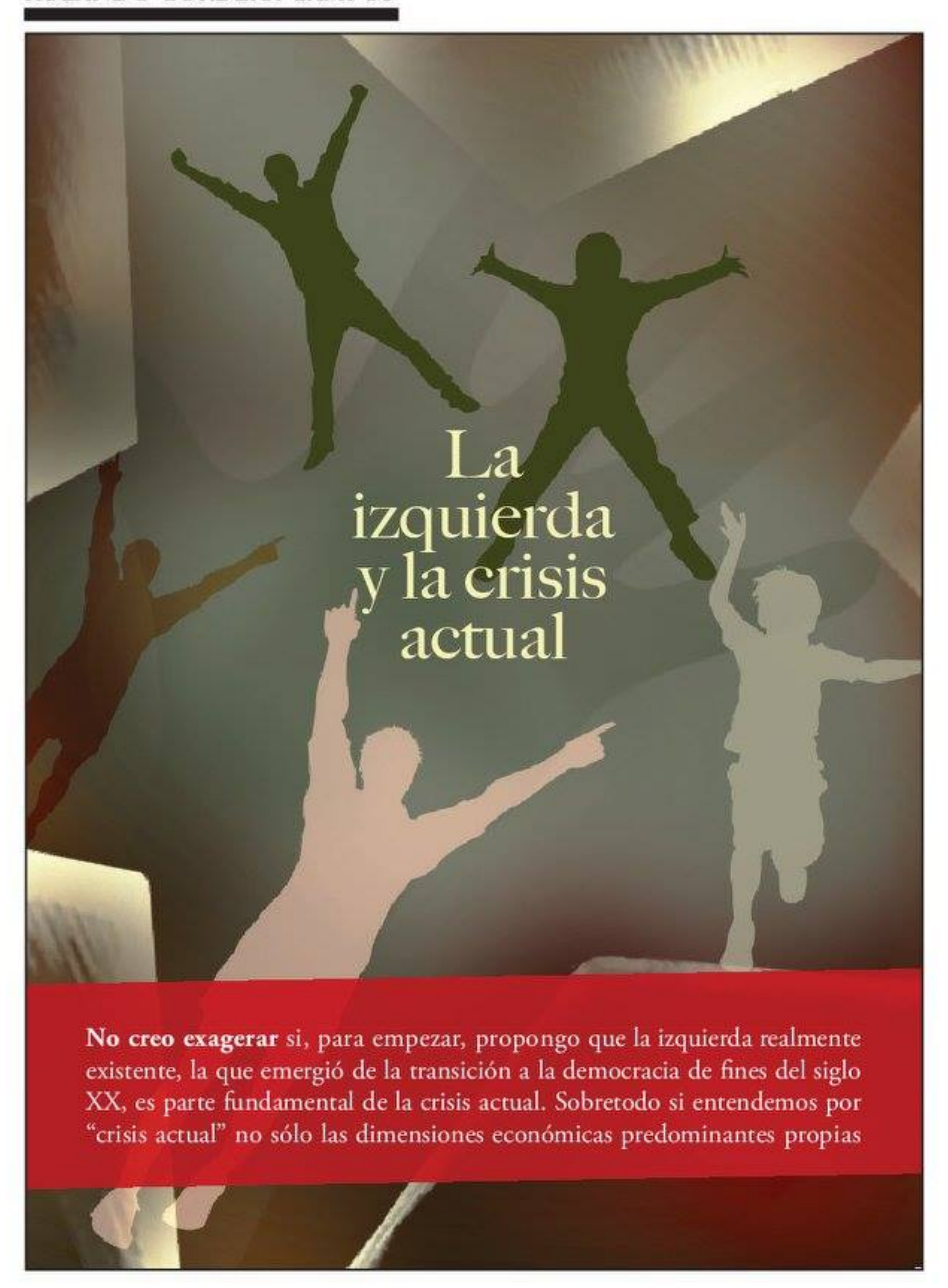


levantar mucho la mirada para estar a la altura de los tiempos.

El desafío es tener una estrategia común, más que una organización común; se trata de un amplio frente social, civil, político con capacidad para impulsar las múltiples transiciones que den paso a la equidad en lo económico, a la inclusión de la diversidad y a la participación de la ciudadanía en las decisiones públicas. Sería un amplísimo frente con capacidad para desarrollar estrategias compartidas, que afirme a la ciudadanía como la creadora de nuevas instituciones al servicio de la vida pública, con capacidad de controlar al gobierno.

Los acuerdos sobre los temas anteriores, y otros más, no pueden ser el punto de partida, pero su puesta en agenda y abordaje deliberativo sí tiene que estar desde el inicio del proceso de reconstrucción de la unidad de la izquierda. No son temas para después de ganar las elecciones sino una práctica continuada, con o sin victorias electorales, lo que es diferente de quedar al margen del ejercicio del poder. En democracia también desde la oposición se hace ejercicio de poder, a condición que existan capacidad propositiva, fuerza social e instrumentos para la participación de la sociedad, las tres tienen que ser reivindicación de la izquierda para construir su futuro. Su eventual acceso al gobierno dependerá de ellas, sobre todo en la situación actual en la que ya no es posible pensar en ganar elecciones sólo para administrar las instituciones públicas existentes sin modificarlas, ante su deterioro no se trata sólo de ocuparlas sino de transformarlas. Tener las propuestas específicas para hacerlo y convencer a las mayorías, lograr los acuerdos políticos para construir esta mayoría es la tarea fundamental de la izquierda, de aquella que aspire a recuperar su ética fundante ■

ROLANDO CORDERA CAMPOS



La izquierda y la crisis actual

No creo exagerar si, para empezar, propongo que la izquierda realmente existente, la que emergió de la transición a la democracia de fines del siglo XX, es parte fundamental de la crisis actual. Sobretodo si entendemos por "crisis actual" no sólo las dimensiones económicas predominantes propias

de un estado de cuasi estancamiento relativo en la producción y la generación de empleos, sino también y quizás más que nada las expresiones persistentes y nada excepcionales de ingobernabilidad del territorio y de las relaciones sociales y la enorme y creciente dificultad del sistema político en su conjunto para gestar buenos gobiernos del Estado en sus tres órdenes principales.

La izquierda dejó hace ya un buen tiempo de ser una entidad testimonial, para volverse fuerza activa y participante en el sistema político y el gobierno del territorio y la sociedad. De aquí, por cierto, la gran dificultad que cotidianamente enfrenta para entender la globalidad de la crisis y arriesgar políticas y estrategias congruentes con dicha globalidad.

La izquierda dejó hace ya un buen tiempo de ser una entidad testimonial, para volverse fuerza activa y participante en el sistema político y el gobierno del territorio y la sociedad. De aquí, por cierto, la gran dificultad que cotidianamente enfrenta para entender la globalidad de la crisis y arriesgar políticas y estrategias congruentes con dicha globalidad y a la altura de la gravedad de la situación. No es fácil ser juez y parte en un proceso del que se es componente principal y mucho menos ponerse por encima de los acontecimientos para desde ahí formular sentencias y proclamar cambios sustanciales de un régimen del que en lo sustancial se forma parte.

Asumir responsabilidades políticas abiertamente y con claridad debería formar parte del ejercicio político cotidiano pero no ocurre así, ni en el plano de la economía, la justicia, el trabajo o la educación. Tampoco se plasma este ejercicio en responsabilidad `primordial en el discurso o planteamientos de los políticos que representan a las fuerzas progresistas y sus partidos en el Congreso de la Unión y los congresos locales. En fin, no forma parte del acontecer normal en los ayuntamientos o en los organismos "autónomos" que hoy rodean y modulan el ejercicio del poder constituido y dan espacio al despliegue de los otros poderes en su propio seno, contribuyendo así a una suerte de perversa legitimación de los poderes de hecho gracias a la "costumbre de estar cerca".

Lo que se ha conformado así, es un circuito de condescendencias y complicidades, de "compra y venta de protección", que han hecho del silencio o el soslayo la mejor rutina para creer y hacer creer que esto es prueba del arribo del sistema político a la madurez política, fruto a su vez de la implantación de una "normalidad" democrática que nadie ha definido con propiedad y en la que muy pocos creen en la actualidad. La *república irregular* que

ha emanado de la inconclusa reforma del Estado emprendida a partir del fin de la transición "votada" a la que se avinieron pronto los principales actores políticos del nuevo drama plural, vive hoy horas de angustia ante la perspectiva de devenir una formación político-estatal dominada por la informalidad en todos los órdenes.

Junto con la economía abierta y de mercado, consagrada en el TLCAN, la conformación de un sistema político capaz de encauzar pacíficamente las diversas alternancias en el ejercicio del poder del Estado en sus distintos planos ha sido la referencia más socorrida cuando se habla del cambio mexicano, estructural en lo económico y sistémico en lo político, diría un optimista. Lo que generalmente no se agrega a esta proposición es que ni la mudanza económica ni la política han logrado sus cometidos y compromisos explícitos y necesarios: no ha habido el crecimiento sostenido que se prometía y que el país sin duda requiere como oxígeno vital; ni, como se dijo antes, el cambio político ha traído consigo un paquete eficaz de incentivos e instituciones dispuestos para promover no sólo el cambio o la reproducción del pluralismo político, sino sobre todo la construcción de nuevas y mejores formas para el ejercicio del poder.

Sólo mediante una recomposición a fondo del Estado podrán ampliarse las capacidades de inclusión ciudadana con una deliberación robusta, así como afianzarse la credibilidad de los actores políticos y las instituciones que regulan su acción. Inclusión efectiva y credibilidad pública, son indispensables para que la reforma del Estado y el sistema político resultante sean en efecto representativos de la diversidad ciudadana, por su capacidad de agregar intereses y generar visiones portadores de fuerzas y potencialidades favorables a la ampliación y fortalecimiento de la democracia.



Nada de esto sucede hoy en nuestro país. Ni la economía ha gestado nuevas capacidades que propicien el aprovechamiento nacional, interno, de la apertura externa; ni la política ha podido hacer surgir proyectos y compromisos, pactos político y sociales, que genuinamente puedan recoger las contradicciones profundas de la sociedad. El reclamo de justicia social que subyace al desencanto y el encono actuales; el sentimiento generalizado de inseguridad que embarga a las comunidades de todos los tamaños, el persistente deterioro de los servicios básicos, etc., se han vuelto un argumento *prima facie* de que el Estado requiere no sólo terapia intensiva sino cirugía mayor. Lo que no pudo hacerse al calor de la transición y sus fuerzas protagónicas principales no han querido encarar. Sin un proyecto de alcance nacional y con ambiciones históricas, no se avanzará mucho en una empresa como la que demanda el cuadro hasta aquí resumido. Menos aún será el Estado capaz de enfrentar y modular

Un perfil renovado para la izquierda no debe querer decir soslayar o dejar para un después indeterminado, sus tareas históricas nunca concluidas y en los últimos tiempos pospuestas una y otra vez. Esta tarea tienen que ver con la gran cuestión de la desigualdad económica y social imperante, así como con la estructura económica y de poder que ha hecho posible su reproducción incesante.

las presiones y dilemas que acompañan a la globalización y que se verán complicados por las distintas iniciativas dirigidas a forjar un auténtico orden global del que esta fase de la globalización ha carecido. Tampoco seremos exitosos, como comunidad política nacional, en el encauzamiento de algunas de las más disruptivas vertientes que han acompañado a la crisis económica y financiera del 2008 y que parecen haber llegado para quedarse: desorden financiero a escala planetaria; migración masiva y en todas las latitudes; terrorismo transnacional y con gran poder destructivo y de movilidad; agudización de la división Norte-Sur que hasta hace poco muchos veían como algo del pasado que se iba superando por la convergencia; el paso del desempleo al inempleo en las generaciones mayores y de la informalidad a la anomia en las generaciones jóvenes; el cinismo y la corrupción política como una práctica universal, que hoy comparten enormes contingentes políticos o de aspirantes a serlo, y sigue…

Ninguna de estas circunstancias nos es ajena, pero lo cierto es que no hemos sido oportunos y diestros para identificarlas y convertirlas en parte fundamental de una problemática y un diagnóstico que pudiesen, a su vez, dar lugar a un proyecto nacional propiamente dicho, con sus políticas, programas, estrategias, esperanzas. Víctimas de la dictadura del corto plazo que inundó a la política mal entendida como "normal", los partidos y analistas se vieron ahogados por el tsunami desatado por el sismo financiero de 2008 vuelto recesión larga.

El resultado, hasta ahora, es el predominio prácticamente incuestionado de un "presente continuo" entendido y vivido como tiempo político único, sin alternativas, que bloquea cualquier iniciativa o convocatoria a forjar visiones y estrategias alternativas y progresistas. Para ir, en efecto, más allá de la crisis.

Liberarse de esta dictadura y desembarazarse de sus nefastas consecuencias intelectuales y políticas, debería ser empeño nacional, fruto de pactos de gran alcance y calado, dada la magnitud del esfuerzo requerido para una empresa de esta envergadura. Pero no ha ocurrido así, como una expresión más de la insuficiencia del

sistema político para procesar el reclamo democrático y social en su nueva fase.

Romper este equilibrio malo, esta trampa de estancamiento mental, social y político, debería ser tarea prioritaria de una izquierda y unas fuerzas progresistas que como las otras fuerzas deambulan sin cesar en torno a una noria sin agua. Convocar a la sociedad y sus formaciones políticas y organizaciones sociales llevaría a la izquierda a recuperar y actualizar su tradición central, basada en el cultivo y ejercicio de la imaginación histórica y sociológica y en el compromiso primordial con la justicia social.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que en escenarios (casi) catastróficos como los que vive el mundo, siempre es esperable que emerjan otras interpelaciones contra el sistema y por un cambio nunca bien definido y perfilado. Tampoco hay que olvidar que en el pasado, los años treinta del siglo XX por ejemplo, estas convocatorias tuvieron éxito aunque con ello hayan metido al mundo en una era de terrible destrucción institucional y política, violencia social y guerra.

La historia no se repite, dicen, pero andan por ahí personajes y retóricas que en poco se distinguen de aquellos que en efecto propiciaron grandes cambios…pero para mal. Y toca la izquierda hacer su taxonomía y lanzar una efectiva convocatoria a la unidad política para enfrentarlos.

Una proyecto de renovación cultural y político como el sugerido aquí implica, como se ha dicho, grandes pactos y alianzas, pero también claros compromisos con el resguardo de unas instituciones que, no obstante su mal funcionamiento actual, son indispensables para dar sustento y credibilidad, seguridad y confianza, al reclamo ciudadano y democrático que marca el escenario presente y definirá los tiempos que vienen.

No sobra repetirlo: luego de más de treinta años de cambio económico y político es indispensable concebir este reclamo democrático como un reclamo que también es, desde el mero principio, un reclamo social de justicia.

I.-

Las consideraciones anteriores, que pueden parecer más bien una declaración de principios, pueden ser útiles, funcionales, para darle a la formulación política de las fuerzas progresistas un nuevo perfil. Por ello, tal vez no sobre traer a cuento aquello de los principios que so capa de un mal entendido pragmatismo fueron puestos a un lado por casi todas las formaciones políticas actuales. Una tarea más para una izquierda sin duda atribulada por los escenarios configurados en las más recientes justas electorales.

Un perfil renovado para la izquierda no debe querer decir soslayar o dejar para un después indeterminado, sus tareas históricas nunca concluidas y en los últimos tiempos pospuestas una y otra vez. Esta tarea tienen

que ver con la gran cuestión de la desigualdad económica y social imperante, así como con la estructura económica y de poder que ha hecho posible su reproducción incesante.



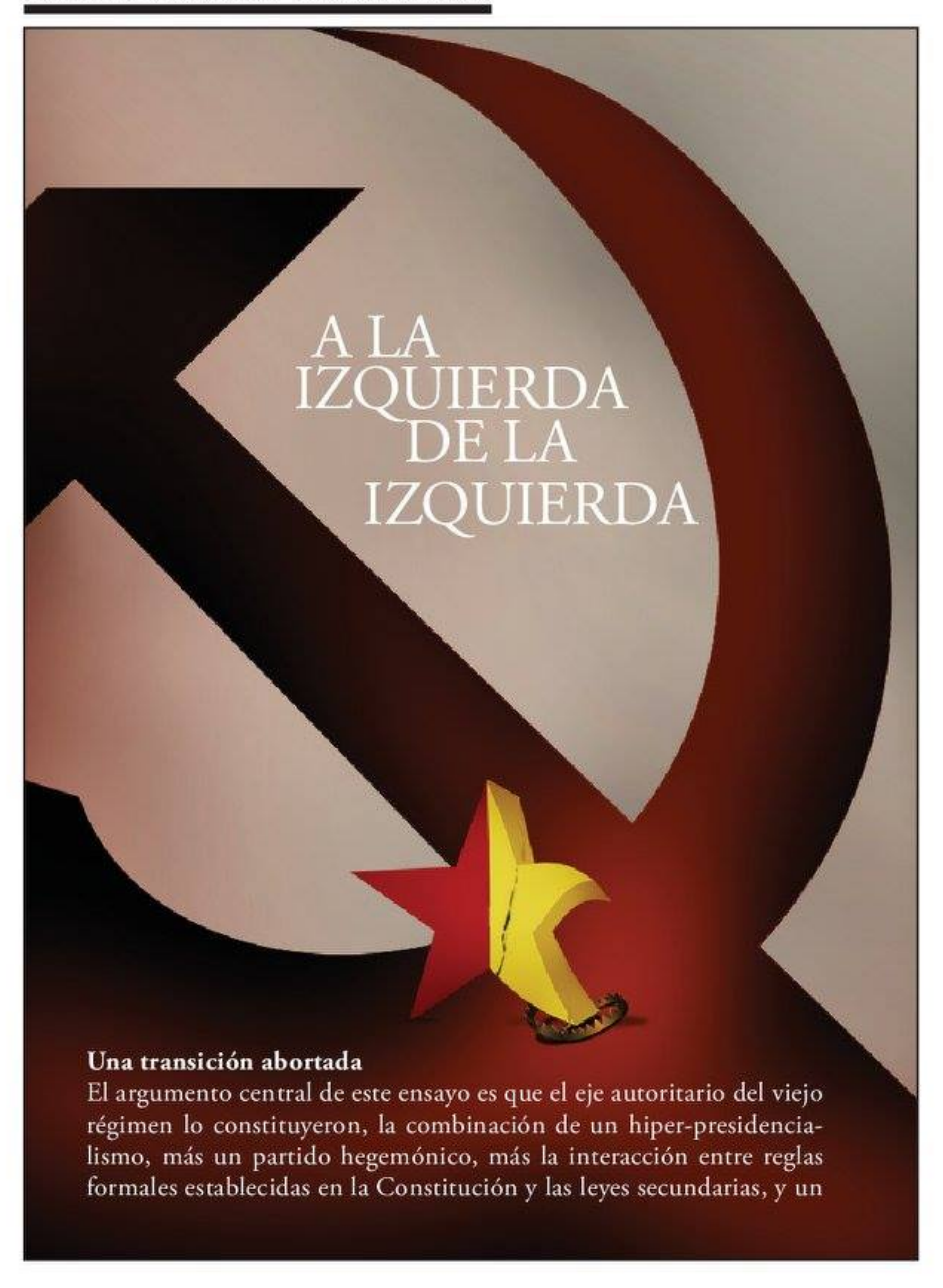
Hay instituciones del Estado y formas de organización productiva, omisiones políticas reiteradas por parte de los gobiernos, retracciones y retractaciones de los partidos y las organizaciones de la sociedad civil, que han llegado a conformar un ambiente político y cultural favorable a convertir la desigualdad en costumbre y cultura, en fatalidad y necesidad. En este contexto, se ha conformado una economía política excluyente y hostil a todo intento por introducir medidas y reformas tendentes a relajar este férreo marco de restricciones del que aparentemente no hay salida.

De aquí la importancia que tendría resucitar el tema de la reforma fiscal redistributiva y desarrollista, o exigir una solución pronta y socialmente satisfactoria al de la política salarial, empezando por los salarios mínimos. Estos, como otros, han dejado de ser asuntos sectoriales para instalarse en el centro de una formación política y económica refractaria a la redistribución y al desarrollo.

La política de la izquierda a favor de la redistribución social tendrá sin embargo que inscribirse en el escenario mayor una globalización que resiente y amplifica los efectos de la crisis financiera y económica hasta convertirlos en ominoso escenario de estancamiento secular. La regionalización como vía para la globalización puede revertirse en un regionalismo encerrado, cuando no en nacionalismos agresivos e irracionales del todo contrarios a toda forma de mundialización del comercio y la inversión. Las posibilidades de una globalización diferente, comprometida con el desarrollo internacional y la gestación de formas renovadas de solidaridad global se verían reducidas cuando no abatidas y el planeta podría entrar en una fase auto destructiva de duración y resultados imprevisibles pero seguramente nocivos y dañinos para todos y sobre todo para las poblaciones más vulnerables. Este es un escenario transicional que no puede dejarse a un lado, mucho menos por un país tan abierto al mundo en lo económico y lo social.

Para terminar digámoslo tajantemente: la experiencia frustránea con la globalización neo liberal que México ha sufrido en las tres últimas décadas, obliga desde luego a repensarnos como parte de una globalización en crisis pero que, a la vez, no tiene o no debería tener vuelta atrás. Será en las convulsiones de la actual y en las evoluciones de la que pueda emerger como orden global efectivo, que México podrá tejer su perspectiva de nación soberana y democrática y, gracias a esto, también de activo participante en la construcción de una mundialización incluyente. Y esta es, no debería caber duda, tarea principal de una izquierda progresista y abierta al mundo ■

GUSTAVO GORDILLO Y CÉSAR SUÁREZ



A LA IZQUIERDA DE LA IZQUIERDA

Una transición abortada

El argumento central de este ensayo es que el eje autoritario del viejo régimen lo constituyeron, la combinación de un hiper-presidencialismo, más un partido hegemónico, más la interacción entre reglas formales establecidas en la Constitución y las leyes secundarias, y un



amplio abanico de reglas informales y facultades metaconstitucionales. Este eje autoritario paulatinamente debilitado conforme avanzaba la competencia electoral también era el eje de la gobernabilidad del antiguo régimen y se desarticuló sin dar origen a un nuevo arreglo. En este sentido me he referido a una transición democrática abortada.

Lo que siguió a partir de 1997 no fue una continuidad de régimen bajo la conducción de otro partido, sino una consistente decadencia en donde el centro político se desmadeja dando lugar a una emancipación gradual y discontinua, tanto de las entidades federativas como de franjas de la sociedad al tiempo que opera la colonización de franjas del aparato estatal o de territorio nacional por poderes fácticos. Antiguos actores al calor de esta desarticulación se refuncionalizan y juegan un nuevo papel aunque con el formato antiguo. Pienso en algunas corporaciones sindicales, en la nueva función política de los gobernadores, en la predominancia sin contrapesos de los medios de comunicación electrónicos y desde luego en el crimen organizado. Todo esto da origen a un nuevo régimen.

¿Frente al clientelismo y el asistencialismo qué política social para enfrentar la desigualdad en el país? ¿Cómo crecer sin dañar sino potenciando nuestros recursos naturales? ¿Qué tipo de democracia que satisfaga el anhelo participativo de segmentos de las clases medias y tenga la capacidad de incluir a sectores sociales marginados de las decisiones públicas?

La descomposición del antiguo régimen expresado en fragmentación social, desarticulación de las instancias estatales y privatización de los espacios públicos creó una especie de metástasis autoritaria-criminal y el surgimiento de un régimen especial –por específico y transitorio– denominado por mí como un régimen otomano, en alusión al fenómeno que el historiador inglés Timothy Garton Ash describió con ese nombre pero refiriéndose a las sociedades comunistas en Europa del Este:

"Con esto quiero decir en una analogía flexible con la declinación del Imperio otomano un largo y lento proceso de decadencia en el curso del cual se observaría una emancipación no planeada, gradual y discontinua tanto de los estados constitutivos del imperio como de las propias sociedades con respecto a sus estados" (1990: 253).

Lo típico del régimen otomano es la administración de la decadencia que supone un manejo oligárquico de la política. Este manejo no busca la participación de los ciudadanos. Por el contrario fomenta el abstencionismo, el cinismo y un

comportamiento selectivo a través de la segmentación de los mensajes políticos a distintos nichos ciudadanos. El signo distintivo del régimen otomano es la ausencia de espacios vinculantes que desemboquen en acuerdos, alianzas, coaliciones.

El prd: balance y despedida

La existencia misma del PRD significó un avance enorme en términos de presencia política, de definición de políticas públicas y de acceso a instancias de gobierno antes vedadas e inalcanzables para unas izquierdas fragmentadas y marginales.

El ciclo de PRD marcado por su adhesión programática difusa a una vertiente del nacionalismo revolucionario que enarbolaba el programa inacabado de la Revolución Mexicana y por la predominancia en la dirigencia de personeros vinculados y articulados a la Corriente Democrática ha concluido con la celebración de sus 25 años. La escisión de AMLO y la formación de un nuevo partido de izquierda –MORENA- es su signo inequívoco a pesar de la continuidad programática de este nuevo agrupamiento.

El nacionalismo revolucionario expulsado definitivamente del PRI y en su último reducto en las izquierdas no expresa ya los retos del futuro de la sociedad ni del mundo progresista. ¿Cuál es el nuevo estado para la nueva sociedad mexicana? ¿Cómo enfrentar simultáneamente los retos de la pulverización laboral y del sindicalismo charro? ¿Qué tipo de campo para alcanzar soberanía alimentaria y un nivel de ingresos adecuado para que los jóvenes regresen a las actividades rurales? ¿Frente al clientelismo y el asistencialismo qué política social para enfrentar la desigualdad en el país? ¿Cómo crecer sin dañar sino potenciando nuestros recursos naturales? ¿Qué tipo de democracia que satisfaga el anhelo participativo de segmentos de las clases medias y tenga la capacidad de incluir a sectores sociales marginados de las decisiones públicas?

Más importante para el momento actual cómo construir una tradición, marcadamente ausente a pesar de la retórica, de un partido que auténticamente tenga vocación por el poder y trasmita con credibilidad esa vocación a los electores? ¿Cómo evitar que en la siguiente trasmutación de las izquierdas terminen regresando a sus dos puntos de origen: el testimonio heroico pero inútil de una izquierda químicamente pura; o la presencia desagradable de una izquierda que se conforma con ser comensal de tercera en la mesa de los poderosos?

La segunda transición

Estamos pues en presencia de un requerimiento estratégico. ¿Cómo operar una transición desde este régimen especial hacia un régimen político que garantice seguridad para sus ciudadanos, participación en las decisiones y progreso material y cultural para todos los mexicanos?



Pienso que nos encaminamos a una segunda transición desde el régimen especial que he denominado "otomano", un régimen parasitario y rentista que ha desembocado en una metástasis autoritaria. Dado el clima de inestabilidad, algunas franjas de la sociedad parecen inclinadas a intercambiar libertades por mayor seguridad y estabilidad. Esta segunda transición puede en consecuencia, ser una transición regresiva y restauradora de la centralización autoritaria. Hay actores interesados y una base social dispuesta a apoyar esa regresión.

Las fortalezas del autoritarismo político sobreviven a las alternancias. No bastan reglas electorales transparentes cuando en los sindicatos, entre los empresarios, en los medios y en los partidos anidan las prácticas del viejo régimen. Si hay algún rasgo típico de los ciudadanos mexicanos es un alto grado de intolerancia a lo diverso y de discriminación a lo distinto.[1] Desmontar esas proclividades al autoritarismo es crucial porque su permanencia daña a las instituciones republicanas y es el sustento material de la restauración conservadora. Este reto tiene como horizonte a las instituciones. Es decir reglas del juego, aceptadas socialmente. Unas instituciones se expresan en leyes y códigos. Otras, en normas y acuerdos informales repetitivos. Por esto mismo, las instituciones no son inmutables. Cambian y se transforman. El acuerdo central tiene que ver con esto último. Para esto se requiere una base de común entendimiento.

Por una izquierda de valores

Sin embargo esta segunda transición puede también tener por horizonte una institucionalidad progresista que amplíe y consolide libertades y seguridades. La base de una transición progresista está en el tejido de un conjunto de acuerdos políticos entre distintos agentes.

Si no se puede gobernar con una mayoría propia, ¿cómo poder gobernar a partir de una coalición? Es decir cómo se puede gobernar con el pluralismo social y político y no en su contra. Este tema central en cualquier estrategia política futura no puede seguirse eludiendo. Más importante aún, ¿puede configurarse un polo que impulse una segunda transición a partir de articular luchas sociales, de apelar a las clase medias y de involucrar a sectores importantes del empresariado sin que pierda su convocatoria pluralista y particularmente su reclamo central, la lucha contra la desigualdad en sus distintas expresiones?

Sí, pero sólo a partir de una profunda transformación de las formas de hacer política. Se necesita otra manera de percibir la política. Otra manera de vincular la lucha electoral con el ejercicio parlamentario y con las reivindicaciones sociales. Otra forma de gobernar con un propósito central. Reducir la desigualdad desde el ejercicio pleno de la democracia. Porque se trataría de construir nuevas formas de hacer política a partir de

[1] Véase el estudio realizado por la UNAM 'La sociedad mexicana y los derechos humanos". Disponible en : http://www.losmexicanos.unam.mx/derechoshumanos/libro/index.html

valores como la justicia, la libertad, la tolerancia, la laicidad.

En esta visión la autonomía como valor central ya que sólo ciudadanos libres pueden hacer de la lucha contra la desigualdad una lucha contra toda forma de discriminación estableciendo el puente indispensable entre igualdad y libertad. Para decirlo de otra manera: una forma de hacer política que encarne nuevas maneras de relacionarse de los ciudadanos con los poderes constituidos y entre ellos mismos. Fuerzas sociales y políticas que valoren la importancia de ser sinceras consigo y con los ciudadanos.



Si no se puede gobernar con una mayoría propia, ¿cómo poder gobernar a partir de una coalición? Es decir cómo se puede gobernar con el pluralismo social y político y no en su contra. Este tema central en cualquier estrategia política futura no puede seguirse eludiendo.

Hace veinte años la discusión central al interior de las izquierdas partía por preguntarse "si todos los medios eran igualmente legítimos para acceder al poder" queriendo con ello poner a discusión si la lucha armada –"en determinadas condiciones"- era un medio legítimo en la izquierda. Hoy la discusión en el seno de las izquierdas que hace 20 años consideraron que la lucha armada NO era un medio legitimo para acceder al poder, deben preguntarse si todos los medios legales para acceder al poder son igualmente legítimos. Si un agrupamiento de izquierda para ganar las elecciones o para conformar una mayoría parlamentaria hace todo un ejercicio de travestismo, abandonando valores decisivos como la tolerancia o la justicia, desconectando el discurso político del ejercicio político práctico; ¿qué queda de esa izquierda? Ni siquiera un saludo a la bandera.

Una construcción discursiva contemporánea desde las izquierdas debe retomar los principios de libertad e igualdad bajo otro contexto: la no eliminación política o económica de los actuales sujetos sociales, sino por el contrario, la libertad de tomar decisiones sobre la base de la reciprocidad interesada.

Las izquierdas deben asumirse como una izquierda de valores. Con los valores clásicos de las izquierdas modernas: libertad y justicia, respeto a la diversidad, promoción de la competencia y de la solidaridad. Pero con un valor central: la promoción de la autonomía de individuos, comunidades y asociaciones. Es decir contraria a toda forma de clientelismo.

Las izquierdas deben asumir el compromiso de la máxima publicidad a sus actos y de rendición de cuentas a los ciudadanos desde sus organizaciones, desde el gobierno, desde los órganos de representación.

La propuesta central puede definirse entonces, en términos de política antigua frente a política moderna y se expresa bajo el concepto de una izquierda de valores. Se parten de seis valores: justicia, libertad, estado laico, pluralismo y diversidad, competencia y auto-

nomía. No se trata de términos que pudieran ser intercambiables. Están articulados a través de la noción de autonomía que es el valor central en este discurso. Autonomía es luchar porque todas las ciudadanas y todos los ciudadanos alcancen condiciones materiales, políticas y culturales que les permita optar entre distintas alternativas sin estar expuestas a manipulación o a constreñimientos derivados de la carencia de recursos y bienes. Es decir, ciudadanía frente a clientelas. Ejercer autonomía es un derecho que implica obligaciones. La más importante de todas es, la de optar de manera informada.



Requiere de reformas políticas como la electoral y en materia de libertad de asociación. Supone programas y políticas públicas. Pero las alianzas entre las izquierdas requieren sobre todo claridad, unidad de propósitos y reconocimiento.

La tolerancia y el respeto a la diversidad no es un tema marginal. La lucha contra la desigualdad, es en sociedades plurales la lucha contra la discriminación y por el respeto a la diversidad. Precisamente porque la desigualdad cruza a toda la sociedad y se expresa en lo económico, lo político, lo social y en lo cultural, los mecanismos que la generan y reproducen están indisolublemente ligados a los mecanismos que alimentan y multiplican la discriminación y la intolerancia. Si la desigualdad económica es la principal lacra del país, esta se expresa desde la política y la cultura, pero más allá en la discriminación.

El gran tema para las izquierdas mexicanas es la desigualdad económica y social. El pacto central entre las izquierdas –partidistas, sociales, locales, regionales, nacionales- no puede partir de una forma orgánica sino de un amplio frente que gire alrededor de una propuesta programática para desmantelar las dinámicas que reproducen y profundizan la desigualdad. Implica desde luego un conjunto de reformas en materia hacendaria y en desarrollo social. Requiere de reformas políticas como la electoral y en materia de libertad de asociación. Supone programas y políticas públicas. Pero las alianzas entre las izquierdas requieren sobre todo claridad, unidad de propósitos y reconocimiento y respeto a su diversidad.

Esta coalición de las izquierdas debe estar fuertemente anclada en las clases medias –en su condición real y no inventada de precariedad e incertidumbre en su futuro- para poder operar desde ahí la articulación con el México profundo, sin lo cual ningún proyecto modernizador ha sido exitoso en México. Deber estar además clara e inequívocamente inserta en la mundialización lo que supone una definición también nítida con respecto a nuestras articulaciones económicas, políticas, sociales y culturales con Estados Unidos y también con América Latina.

Orden

Uno de los temas más relevantes en el mundo hoy en día y que la izquierda ha rehuido es el orden. Problemas como el terrorismo,

la delincuencia, el crimen organizado, los bloqueos de calles o carreteras son asuntos que la izquierda debe tomar y buscarles una solución clara. De no ser el caso, los partidos de derecha o extrema derecha, que ya han dado soluciones -cuasi fascistas- a estos problemas, tendrán mayores oportunidades de triunfar en futuras elecciones.

Un punto necesario de entender es la necesidad de disociar la idea del orden con el de la violación a las libertades y derechos de los ciudadanos. Por el contrario, el orden debe significar mantener un ambiente de convivencia social en donde las personas puedan ejercer sus derechos y obligaciones como ciudadanos. Para esto vale la pena diferenciar entre las dos principales ideas sobre autoridad de la filosofía occidental. La primera es la del filósofo ingles Thomas Hobbes quien argumentaba que los ciudadanos renuncian a sus libertades ante un soberano para evitar lo que Hobbes llamaba "la guerra de todos contra todos". Bajo esta idea el orden es instaurado por el soberano quien tiene el poder absoluto para garantizar la estabilidad por cualquier medio necesario. Por el otro lado, el filósofo francés del siglo XVIII, Jean Jaques Rousseau, mencionaba en su Contrato Social que la única manera en que el soberano podía garantizar el orden en una sociedad es respetando las libertades de los ciudadanos. La libertad no significa una ausencia de control y gobierno sino el respeto hacia las reglas pactadas entre sociedad y gobierno. Este convenio entre Estado y ciudadanos le otorga al soberano la legitimidad necesaria para gobernar y establecer el orden en una sociedad.

La idea de Rousseau respecto a Hobbes se diferencia en que el orden no es un asunto impuesto verticalmente por las autoridades sino un proceso continuo y colaborativo entre ciudadanos y el gobierno. Siguiendo esta lógica, el Estado tendría la legitimidad necesaria para gobernar e instaurar estabilidad y gobernabilidad en una sociedad.

El principal problema que ha tenido la izquierda para abordar el tema del orden es su rechazo a vincularlo con el uso de la fuerza. Sin embargo, una izquierda de valores debe asumir que en determinadas circunstancias el uso de la fuerza es la solución al conflicto. Por ejemplo, el escalamiento de la violencia por grupos terroristas o bandas criminales implica el uso de las fuerzas de seguridad para restablecer el orden en una sociedad.

Si bien el uso de la fuerza no está disociado con el tema del orden, el uso de las fuerzas de seguridad del Estado tampoco está peleado con el respeto hacia los derechos humanos. Por el contrario, el uso de la fuerza debe estar acompañado estrechamente con el respeto a las libertades y derechos de los ciudadanos. Para poder llevar esto a cabo es necesario que los gobiernos cuenten con instituciones de seguridad calificadas que logren minimizar a toda costa el riesgo de violaciones a los derechos humanos al momento de usar la fuerza. Si la izquierda no toma el tema del orden, seguiremos con los intentos de los gobiernos actuales de establecer orden "haiga sido como haiga sido" ■

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI



Brevísima Historia de una Larguísima transición

México se encuentra entrampado entre un viejo sistema hegemónico y uno nuevo que conserva rasgos autoritarios, que esta carcomido por la corrupción y la impunidad y que es cada vez más incapaz de resolver los problemas sociales y económicos.

Repasemos el recorrido histórico y veamos porqué el pueblo está profundamente desilusionado e inconforme, no con la democracia que es un sistema al que apenas tuvimos acceso efímero entre 1997 y 2003 sino a

la forma como las oligarquías y su secuaces han intentado demorar la cristalización de un nuevo régimen.

Si no situamos en 1975 al final del gobierno de Echeverría, podríamos convenir sin mayor polémica que el sistema político vigente era singular. Que no era una dictadura ni una democracia al estilo occidental, pero que había combinado la estabilidad política y el progreso económico.

José López Portillo (1976-1982) y su asesor principal, el secretario de Gobernación, el licenciado Jesús Reyes Heroles, tuvieron la claridad para entender que la hegemónica priista se había desgastado y que necesitaba un cambio que no fuera meramente cosmético. En septiembre de 1977, durante el primer año de gobierno, el Presiente y su consejero hicieron aprobar una Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE). Implicaba un sistema mixto de elecciones por mayoría y por representación proporcional, dándoles espacio en la arena política a los distintos partidos de oposición sin permitir que el PRI perdiera su dominio. En privado Reyes Heroles confió que su propósito verdadero era convertir a la Cámara de Diputados, y después en cadena a los Congresos locales en una "jaula de pájaros de mil colores". La reforma reanimo a la agónica clase política y les permitió a los líderes de los partidos opositores tener presencia. Reyes se ciñó al principio de lo que resiste apoya. No se trató por lo tanto de una auténtica reforma democrática. No se garantizó la independencia de los órganos estatales, no se propuso un equilibrio entre los contendientes. De ninguna manera se pensó en la posibilidad de una alternancia, ni el legislativo ni mucho menos en el poder ejecutivo.

El régimen de López Portillo terminó mal porque al caer el precio del petróleo se resistió a depreciar el peso para evitar los daños políticos de una devaluación. Al final de cuentas el sistema financiero no pudo resistir y se colapsó.

El sucesor de López Portillo, Miguel De La Madrid (1982-1988), pudo ganar fácilmente la presidencia en un marco institucional renovado, con mayoría del PRI y con la pre-

El régimen de López Portillo terminó mal porque al caer el precio del petróleo se resistió a depreciar el peso para evitar los daños políticos de una devaluación. Al final de cuentas el sistema financiero no pudo resistir y se colapsó.

sencia vistosa de otros partidos, el principal de ellos, el PAN.

Ante el desastre económico las buenas intenciones de De La Madrid de ampliar las reformas políticas y combatir la corrupción tuvieron que ser archivadas. De La Madrid ordenó fraudes en las elecciones de norte del país. Su política de hacer concesiones extremas a los centros financieros y al gobierno de los Estados Unidos provocaron que un grupo importante de priistas patriotas encabezados por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo formaran una corriente opositora dentro del PRI. De La Madrid los obligó a salirse del partido y formaron un frente electoral para competir contra Carlos Salinas en le elección de 1988.

Para sorpresa de todos, el movimiento de Cárdenas y Muñoz Ledo tuvo un inmenso éxito y la candidatura de Cárdenas tuvo una votación muy copiosa, que obligó al equipo de Salinas a desconectar el sistema de cómputo. Así las astutas reformas de 1977 carecieron de contenido y el PRI-Gobierno, de acuerdo con la certeza general, se robó la elección.



El movimiento de Cárdenas y Muñoz Ledo tuvo un inmenso éxito y la candidatura de Cárdenas tuvo una votación muy copiosa, que obligó al equipo de Salinas a desconectar el sistema de cómputo.

Carlos Salinas ascendió al poder sin legitimidad y para adquirirla estableció una alianza con el PAN. Conquisto a algunos líderes clave, en particular a un llamado "jefe" Diego Fernández, a quien favoreció con negocios jugosos. Esta alianza está vigente hasta hoy. Salinas pudo construir un pacto semejante al de la Moncloa en España para llegar a la democracia pero prefirió restablecer al sistema para su propio beneficio. En el momento de decidir su sucesión eligió a Luis Donaldo Colosio y no a un reformista como Manuel Camacho. Recién se había "destapado" Colosio cuando el 1 de enero 1994 estallo una rebelión indígena en Chiapas que no pudo ser aplastada. Colosio fue asesinado en Tijuana lo que proco una fuga masiva de capitales. El nuevo candidato del PRI, Ernesto Zedillo, gano la elección con el "apoyo" de Fernández de Ceballos, candidato del PAN, Cárdenas quedo en tercer lugar.

Zedillo (1994-2000) reconoció, que su triunfo fue inequitativo. Días después de tomar posesión se hizo público el desastre financiero que dejo Salinas y el nuevo presidente tuvo que concentrar su energía en lo económico para sobrevivir. Se vio obligado a abrir la puerta una verdadera reforma democrática: en 1996. Todos los partidos aprobaron. Es la única genuina hasta ahora. En 1997 Cuauhtémoc Cárdenas gano la gubernatura de la capital expuesta por primera vez a la competencia… el PRI perdió el control del Congreso y tres años después, en 2000, la presidencia de la república.

Vicente Fox, del PAN, (2000-2006) apoyado por un sector de empresarios poderosos ganó la presidencia… creímos que 70 años de hegemonía del PRI habían terminado… pero el PAN no tendría hombres capaces de gobernar y Fox dejo casi intacta la maquinaria del PRI y mantuvo la impunidad. Para controlar a los gobernadores priistas dilapido miles de millones de dólares provenientes del auge de los precios del petróleo. Los gobernadores se dedicaron al saqueo y muchos se beneficiaron con el narcotráfico.

Al final del periodo de Fox en 2006 surgió una alternativa de izquierda, el jefe del gobierno capitalino, Andrés Manuel, hizo un buen gobierno. Manejo los recursos con honestidad y austeridad. Fox presionado por los grupos de interés y las aspiraciones presidenciales de su esposa decidió aniquilar políticamente a AMLO. Y violentando la ley con la alianza del PRI, intento impedirle que participara como candidato a la presidencia. Fracaso en el "desafuero" y logró convertir al tabasqueño en figura nacional e internacional.

Pero AMLO no ganó, cometió algunos errores que aprovecharon Fox y Elba Esther Gordillo, quienes organizaron una red de trampas para que pudiera ganar Felipe Calderón por el pequeño margen de 0.52%. Las elecciones fueron impugnadas y la transición a la democracia se fue al demonio.

Calderón para superar la condición de ilegitimidad con la que

Vicente Fox, del PAN, (2000-2006) apoyado por un sector de empresarios poderosos ganó la presidencia… creímos que 70 años de hegemonía del PRI habían terminado… pero el PAN no tendría hombres capaces de gobernar y Fox dejo casi intacta la maquinaria del PRI y mantuvo la impunidad.

tomo el poder ordeno una guerra contra el narcotráfico que ha costado según los dudosos números oficiales hasta ahora 250000 mil vidas y 25 mil desaparecidos. Su gobierno fue muy mediocre y el PAN no logró retener la presidencia… el PRI había dejado los Pinos pero no el poder. De hecho lo compartía con el PAN aunque el presidente fuera formalmente panista. Muchos cuadros estratégicos de la época de Fox y Calderón eran priistas y la política económica y, la omertá (protección mutua entre los corruptos se mantuvo) hay muchas evidencias que Calderón apoyo a EPN, candidato priista en 2012, contra López Obrador… ¡y contra la candidata de su propio partido!



El fracaso de la administración de Peña se debe, probablemente, a que quiso rescatar al PRI al estilo de Hank González: la política al servicio de los negocios personales, un flujo de miles de millones que surgen de los contratos de obra pública, concesiones, autorizaciones y permisos, las complicidades con la delincuencia organizada y los gastos de campaña como vía regia.

¿Por qué no hemos llegado a la democracia? Como dice Salmerón "A pesar que la sociedad y la oposición política lograron (tras años de luchas y cientos de muertos) que se construyera una ley electoral aceptable y un árbitro confiable y se realizaran 3 elecciones correctas: 1997, 2000 y 2003. Sin embargo, ni el PAN, PRI, ni PRD estuvieron a la altura contribuyeron a calcular la breve primavera" y concretaron el golpe en el llamado *Pacto por México* que le otorgaba al PRI la posibilidad de restaurar la presidencia hegemónica.

La ausencia de las reformas políticas no sólo ha significado el inmovilismo sino decadencia. En el plazo de 40 años la situación económica ha empeorado: el peso que valió 12.50 frente al dólar hoy si le quitamos los ceros vale 20 mil. Todos los índices de crecimiento económico, en PIB y producto per cápita han ido en picada. Las clases trabajadoras y la clase media tienen entre 5 y 7 veces menos capacidad de comprar que hace 4 décadas. No hay estabilidad política ni hay paz. Han gobernado 8 presidentes 6 priistas y 2 del PAN con la misma política económica y crisis financieras recurrentes. Méxi-

> El fracaso de la administración de Peña se debe, probablemente, a que quiso rescatar al PRI al estilo de Hank González: la política al servicio de los negocios personales, un flujo de miles de millones que surgen de los contratos de obra pública, concesiones, autorizaciones y permisos, las complicidades con la delincuencia organizada y los gastos de campaña como vía regia.

co ha perdido soberanía y autonomía. Hemos navegado sin rumbo haciéndonos ilusiones que cada nuevo sexenio iba a mejorar las cosas, pero mejoran, hoy el 1% se queda con el 40% del ingreso colectivo. Esta decadencia no se debe a que seamos de mala raza, ni católicos providencialistas, ni fiesteros, ni que ha que carezcamos de buenos economistas.

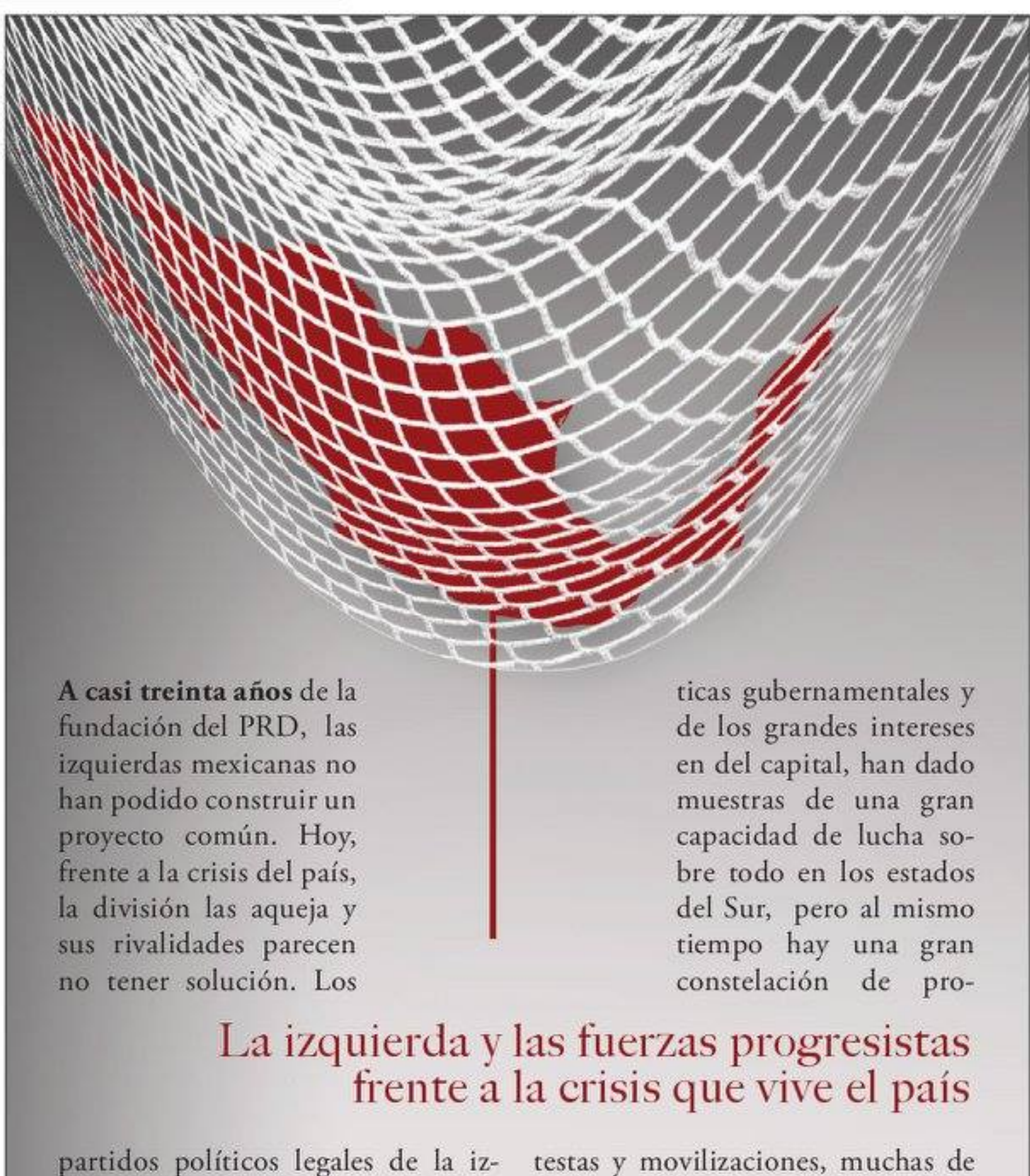
La verdadera razón está en que el control político se ha mantenido dentro de una estrecha oligarquía de ahí la contradicción grotesca entre las instituciones formalmente orientadas a la justicia o al bien común que funcionan a favor de los criminales, de la corrupción/impunidad y de la concentración del ingreso. La pieza maestra es la política.

Una estructura así no es una novedad en México. Las elites han gobernado y explotado al pueblo de la época colonial. El modelo del porfiato es muy parecido al cual. Antes se hablaba de liberalismo y de la administración científica. Hoy se habla de neoliberalismo. En realidad el sistema descansa en el poder lo los oligopolios y monopolios para eliminar la competencia, no es una propuesta ideológica, sino una reedición de orden histórico como señalan Acemoglu y Robinson, refiriéndose específicamente a México (Por qué fracasan los países; critica).

Y ¿cuál puede ser el desenlace? Una salida violenta, indeseable, no puede descartarse. Tampoco un nuevo fraude electoral que provoque una vasta fragmentación política y el agotamiento de nuestra precaria legalidad.

Si queremos democracia tenemos que organizarnos y retar al impresionante conjunto de burocracias partidarias, a los medios electrónicos, la prensa venal, la compra y coacción del voto, mecanismos de este sistema enfermo. Nuestro futuro depende del despertar de un nuevo segmento que incluya a los trabajadores organizados, a los jóvenes, a la clase media y a los empresarios verdaderos, asfixiados por la complicidad entre los conjuntos monopólicos y la clase política. Reconozco que es difícil ser optimista. Sólo si cambia la política podemos darnos el lujo de la esperanza ■

SAÚL ESCOBAR TOLEDO



La izquierda y las fuerzas progresistas frente a la crisis que vive el país

A casi treinta años de la fundación del PRD, las izquierdas mexicanas no han podido construir un proyecto común. Hoy, frente a la crisis del país, la división las aqueja y sus rivalidades parecen no tener solución. Los partidos políticos legales de la izquierda se enfrentan y rivalizan por los votos tratando de convertirse la opción más importante de cara a los comicios presidenciales del 2018.

Del otro lado, el amplio movimiento social que resiste a las políticas gubernamentales y de los grandes intereses en del capital, han dado muestras de una gran capacidad de lucha sobre todo en los estados del Sur, pero al mismo tiempo hay una gran constelación de protestas y movilizaciones, muchas de ellas inconexas, fragmentadas, buscando cada quien su camino.

Sin duda, los partidos políticos de la izquierda y en particular el PRD, por ser el partido más importante, fueron los principales

responsables de la caída de un proyecto viable y unitario. Después de haber arañado el poder presidencial en 2006 y con ello cambiar el rumbo de la historia, las izquierdas partidarias fueron perdiendo la capacidad de respuesta. Todavía en 2012 se quedaron cerca, pero también fue el momento en que se inició su división y se agudizaron sus disputas internas.

Hoy, frente a la crisis del país, la división las aqueja y sus rivalidades parecen no tener solución. Los partidos políticos legales de la izquierda se enfrentan y rivalizan por los votos tratando de convertirse la opción más importante de cara a los comicios presidenciales del 2018.

Por su parte, en algunas corrientes del movimiento social, se han extendido la idea de que la lucha popular tiene una confrontación con el Estado, así en general, trátese de gobiernos municipales, estatales o el nacional, los partidos políticos, el parlamento y todas las instituciones púbicas. También se ha fortalecido el punto de vista de que las elecciones no resuelven nada, no sirven para construir un proyecto de transformación profunda del país. Muchas organizaciones ven con gran desconfianza y escepticismo a los partidos y a sus legisladores.

Las divergencias no son estratégicas: ninguna organización ha llamado a una revolución armada para derrocar al gobierno, si bien algunas creen que la movilización social debe llevar a cabo acciones más fuertes como el boicot electoral, la confrontación violenta con la policía, o la creación de autodefensas armadas para proteger a sus comunidades de la delincuencia.

Al final, sin embargo, asumen la vía pacífica por el cambio, si bien no está claro cómo se puede lograr construir una opción transformadora al margen de las elecciones y de las instituciones estatales.

Desde luego, estas posiciones responden a la situación del país. La guerra contra el crimen organizado desató una violencia generalizada, lo que ha provocado un enorme costo humano: miles de muertos, desaparecidos, secuestrados y abusados tanto por los sicarios como por las fuerzas del Estado.

Por otra parte, la movilización social se ha enfrentado a decisiones tomadas por el Congreso, en algunos casos con el voto favorable de los partidos de izquierda como el PRD, sin haber escuchado ni tomado en cuenta las opiniones de las organizaciones y de los ciudadanos afectados. El caso más evi-

dente ha sido la reforma educativa, pero hay otros ejemplos.

Tenemos así una contradicción: los partidos de izquierda son vistos como aliados del gobierno o de la delincuencia organizada, pero no existe por lo menos hasta hoy, una estrategia de cambio alternativa, por fuera de los cauces el corales, que parezca viable, fuerte y unificadora. En los últimos años hemos visto cómo los movimientos surgen y avanzan pero con el riesgo de caer en el reflujo o quedar aislados. A veces la movilización se detiene pero luego recobra fuerza en otro lugar o en otro momento para volver a transitar el mismo ciclo sin que ello parezca propiciar un cambio en la acumulación de fuerzas que permita desatar un proceso de transformación del país.

Se podría decir que todos los actores sociales y políticos de la izquierdas están a favor del cambio por la vía pacífica. Pero no hay un proyecto, un camino, ni siquiera un programa común. Se sostienen, en cambio, diversas propuestas de formas de acción, estrategias y tácticas de lucha.

En los últimos años hemos visto cómo los movimientos surgen y avanzan pero con el riesgo de caer en el reflujo o quedar aislados. A veces la movilización se detiene pero luego recobra fuerza en otro lugar o en otro momento para volver a transitar el mismo ciclo sin que ello parezca propiciar un cambio.



Y, sin embargo, la movilización por los 43 y el repudio a los crímenes de Iguala, abrió algunos caminos. Logró unir y movilizar a amplios sectores de la población; poner en evidencia la corrupción y las prácticas delictivas de diversas instituciones del estado; y atrajo la atención mundial sobre la situación de México en materia de derechos humanos.

Posteriormente, la movilización de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educción (CNTE) en estos últimos meses, también ha logrado ya triunfos muy importantes. Su lucha movilizó a comunidades y pueblos en diversas regiones del país; desató una amplia resistencia en casi todo el territorio nacional; demostró que para el gobierno hay ciudadanos y no ciudadanos (simplemente gente) pues a los empresarios que protestaron el Presidente les concedió la revisión de una ley aprobada por el Congreso, mientras que eso mismo les ha negado a los maestros.

Estos movimientos y otros más, como el de los jornaleros de San Quintín, están mostrando las nuevas señas de identidad de un nuevo proyecto para las izquierdas y la transformación del país.

Un conjunto de temas deben ser revisados: primero, el papel que ha jugado y está jugando la comunidad internacional en los asuntos de México; segundo, la magnitud y dimensión de la crisis de nuestro país y, en particular, la situación de los derechos humanos; y tercero, la relación entre los partidos de izquierda, sus gobiernos y legisladores, con el movimiento social.

Sobre el primer asunto, hay que resaltar que la comunidad internacional, entendida como un conjunto de instituciones reconocidas por el derecho internacional; gobiernos (incluyendo el de Estados Unidos); así como organizaciones, medios de comunicación y personalidades de prestigio mundial, han enfocado su atención hacia México, preocupados por la violencia, la práctica de la tortura, la corrupción, la situación laboral y el hecho de que, por lo menos en algunas regiones, las bandas criminales controlan ciudades y pueblos enteros. Se ha puesto en duda la capacidad del Estado para imponer la ley y, sobre todo, para evitar un mayor deterioro de la situación. Hoy, desde la observación internacional, está en tela de juicio la gobernabilidad del país y la vigencia de sus instituciones. No encuentran ningún indicio de que algo realmente serio se esté haciendo para evitar la prolongación de esta crisis que puede llevar a una instabilidad general de dimensiones insospechadas.

La presión internacional ha dado ya algunos resultados. La intervención directa de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) a nivel de coadyuvante en la investigación de los hechos del 26 de septiembre de 2014 ha sido muy importante. Gracias a ello, la investigación oficial ha tenido que replantearse y sigue en curso, y con ello, la posibilidad de encontrar la verdad.

Por otro lado, la denuncia, condena y vigilancia de la ONU a través del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la situación de que vive el país se ha vuelto permanente. La comunidad internacional ha manifestado severas críticas por la práctica "generalizada" de la tortura por parte de las policías; los asesinatos de civiles indefensos; el número tan elevado de víctimas por muertes violentas, desapariciones forzadas y secuestros; las masacres de migrantes centroamericanos; los

ataques a los periodistas; y las condiciones deplorables en materia laboral (salarios, libertad sindical y justicia laboral).

A pesar de ello, las izquierdas partidarias mantienen todavía cierta indiferencia o no han tomado una posición clara sobre las denuncias de la comunidad internacional y su intervención en nuestros asuntos domésticos.

Hay que reconocer, sin embargo, que la reforma al artículo primero de la Constitución que tuvo lugar en 2011 abrió la puerta a una nueva relación del país con el mundo y a una nueva visión sobre los derechos humanos.

Pero la pregunta es : ¿Vive México una situación tan grave como la que han diagnosticado estos organismos internacionales? ¿Hay una "violación masiva y generalizada" de los derechos humanos? Si la respuesta es afirmativa, ello debe llevarnos a la conclusión de que, en el futuro mediato, la colaboración internacional es y será imprescindible y que por lo tanto debe ampliarse y fortalecerse para coadyuvar a las reformas de las instituciones del estado mexicano. Es evidente que, por sí sola, esta colaboración no será suficiente para cambiar la situación del país. Pero puede facilitar, como ya está sucediendo, la adopción de leyes y políticas más eficaces, así como respuestas más expeditas a los reclamos ciudadanos. Las izquierdas deberán reconocer entonces que su papel debe ser el de fomentar y facilitar esa intervención foránea.

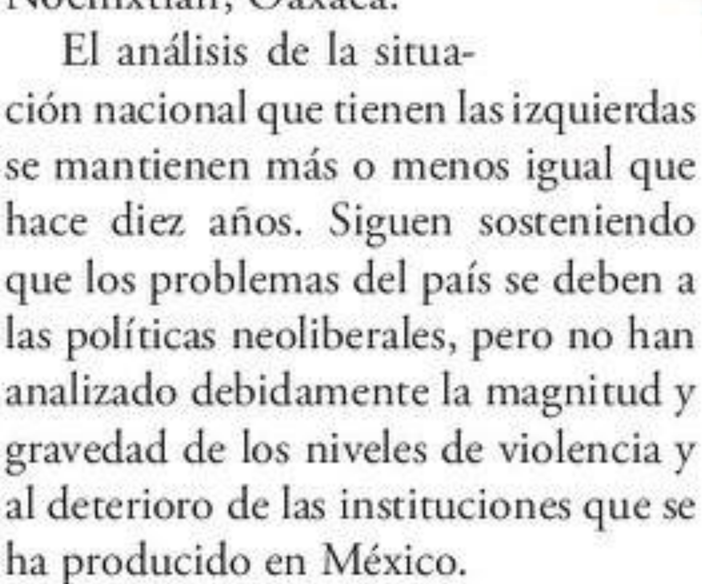
Las izquierdas deben también revisar su posición sobre los derechos humanos en México. Después de más de diez años de haberse declarado la guerra contra la delincuencia organizada, defender el derecho a la vida, a la integridad de las personas y a su patrimonio, se ha vuelto un asunto crucial. El derecho elemental a no ser asesinado, secuestrado, vejado, desaparecido. Parecerían ser derechos obvios e indiscutibles, pero hoy son violados sistemáticamente en el territorio nacional tanto por el crimen organizado como las instituciones del Estado. En las últimas semanas estas prácticas se

El derecho elemental a no ser asesinado, secuestrado, vejado, desaparecido. Parecerían ser derechos obvios e indiscutibles, pero hoy son violados sistemáticamente en el territorio nacional tanto por el crimen organizado como las instituciones del Estado. En las últimas semanas estas prácticas se han extendido con la criminalización y represión de la protesta social.



han extendido con la criminalización y represión de la protesta social, como en el caso de Nochixtlán, Oaxaca.

El análisis de la situación nacional que tienen las izquierdas se mantienen más o menos igual que hace diez años. Siguen sosteniendo que los problemas del país se deben a las políticas neoliberales, pero no han analizado debidamente la magnitud y gravedad de los niveles de violencia y al deterioro de las instituciones que se ha producido en México.



Desde luego, las políticas neoliberales y la inserción desventajosa de México en la globalización, principalmente a través de la su integración a la economía norteamericana, han sido la causa de muchos de nuestros problemas, sobre todo la falta de crecimiento, el aumento de la pobreza y de la desigualdad.

Pero el examen no puede concluir aquí. La violencia que ha vivido el país, ahora se puede observar más claramente, está relacionada directamente con la estrecha y extendida asociación de la delincuencia organizada con los responsables políticos de las instituciones del Estado. No sabemos bien a bien hasta dónde llega y quienes están implicados, pero casi diariamente salen a la luz nuevos datos que revelan la gravedad de este fenómeno. Parece claro, además, que esta asociación es la que ha desatado una violencia sin precedentes históricos en la vida del país, ha deteriorado la gobernabilidad y ha impedido encontrar soluciones de fondo para revertir la crisis.

Se debe reconocer también la magnitud de esta violencia y el daño irreversible que ya ha causado a cientos de miles o quizás millones de mexicanos. Al dejar inermes a los ciudadanos, que en lugar de encontrar en las instituciones un defensor de sus derechos se topa con sus verdugos, se provoca una sensación general de miedo, incertidumbre y desesperanza. El deterioro de las instituciones ha desalentado la protesta social al mismo tiempo que la ha exacerbado en algunos casos. Al final, sin embargo, quizás podría afirmarse que amplios sectores de la sociedad han venido cayendo en comportamientos extremos: o se resignan frente al terror cotidiano, o adoptan un repudio generalizado de las instituciones.

Todo ello debe llevar a una conclusión: no sólo se requiere cambiar las políticas neoliberales sino también una reconstrucción de las instituciones públicas.

Ambas cosas, la definición de un nuevo rumbo alejado de las políticas neoliberales y la reforma del Estado deben apoyarse en una nueva visión política y programática. Para empezar, es necesario que se reconozca la importancia de construir y fomentar una *ciudadanía mundial* entendiendo por ello que los mexicanos no sólo podemos y tenemos que reclamar justicia al Estado mexicano, sino que también debemos recurrir a los organismos internacionales. Ello no sólo por la existencia de las normas vigentes en el derecho internacional y de organismos supranacionales encargados de implementarlas , sino sobre todo porque se parte de la idea de que todos las personas tenemos los mismos derechos independientemente del territorio en el que hayamos nacido o de nuestro lugar de residencia. La simple condición humana es la que proporciona la titularidad de los derechos humanos. Al exigir justicia a nivel internacional declaramos nuestra pertenencia a una comunidad global, una sociedad civil universal que se puede movilizar por las mismas causas y que gradualmente está tomando conciencia de esta identidad supranacional.

Frente a todo ello, los partidos tampoco se han definido claramente. La defensa de los derechos humanos debería ser el eje de articulación de sus programas y acciones de gobierno. Esta defensa es una tarea indispensable para detener la violencia y para orientar el cambio político en México.

Ello, bajo el entendido de que los derechos humanos no se agotan en la defensa de los derechos más elementales. También lo son el derecho a un ingreso y a un empleo digno, a la salud, a la habitación, al medio ambiente, a la alimentación, a migrar de un país a otro, de una región a otra dentro de México etc. Todos los derechos son derechos humanos y con ello, la desigualdad y la pobreza significan la violación reiterada de esos derechos. Desde este enfoque, las políticas neoliberales y la forma en que México se ha integrado a la globalización a través del poder de los grandes capitales, representan violaciones a los derechos

> Todos los derechos son derechos humanos y con ello, la desigualdad y la pobreza significan la violación reiterada de esos derechos. Desde este enfoque, las políticas neoliberales y la forma en que México se ha integrado a la globalización a través del poder de los grandes capitales, representan violaciones a los derechos humanos. Las reformas estructurales como la reforma a la Ley Federal del Trabajo del 2012, son una violación a los derechos humanos laborales.

humanos. Las reformas estructurales como la reforma a la Ley Federal del Trabajo del 2012, son una violación a los derechos humanos laborales porque dificultan el acceso a un trabajo digno y fomentan la precarización laboral. Con ello, se violan también disposiciones internacionales (de la OIT) y la propia Constitución mexicana. El enfoque de derechos humanos también plantea la necesidad de hacerlos exigibles al estado y que no queden, como hasta ahora, en meros enunciados con buenas intenciones.

Si se adopta este punto de vista, el eje de la línea política y programática debe cambiar. Temas como la democracia, la justicia social, o el desarrollo económico se convierten en asuntos que deben girar alrededor de los derechos humanos. No bastaría entonces proponerse la alternancia en el poder o la celebración de elecciones libres. Esto debe servir para que los gobiernos puedan comprometerse a construir una política y una cultura de respeto a los derechos humanos, independientemente de los colores partidarios de los candidatos.

Temas como la democracia, la justicia social, o el desarrollo económico se convierten en asuntos que deben girar alrededor de los derechos humanos. No bastaría entonces proponerse la alternancia en el poder o la celebración de elecciones libres. Esto debe servir para que los gobiernos puedan comprometerse a construir una política y una cultura de respeto a los derechos humanos, independientemente de los colores partidarios de los candidatos.

El tercer asunto es la relación entre los partidos de izquierda y los movimientos sociales. Esta relación sufrió una severa fractura con la firma del Pacto por México y, en particular con la aprobación de la reforma educativa. Aunque uno de los logros de la movilización magisterial es haber forzado a algunos partidos y legisladores a reconocer la necesidad de una *reforma de la reforma* educativa, después de cuatro años de movilizaciones, es evidente que se requiere sentar nuevos modos de entendimiento y de diálogo. No sólo con el movimiento magisterial o con otros movimientos organizados, sino con las muy diversas formas de expresión de la protesta ciudadana.

El debate de estos temas puede chocar con algunas ideas tradicionales que algunas organizaciones y personas en las izquierdas sostienen o sostenían como verdades incuestionables.

La primera, que el cambio en México es un asunto solamente de los mexicanos. Poner en acción a los or-

ganismos internacionales y a la sociedad civil mundial y permitirles que intervengan en nuestra vida política interna es, o era considerado, hasta que el caso de Iguala nos demostró lo contrario, una forma de darle oportunidad al imperialismo para meterse en nuestros asuntos, violar la soberanía nacional, o cometer un acto indigno porque significa reconocer que los mexicanos no podemos resolver nuestros problemas.

El segundo paradigma que ha dominado el pensamiento de algunas personas depresiones de las izquierdas es que la violencia es un problema derivado de… la pobreza, la injusticia, la corrupción, el mal gobierno, etc. Por ello, se afirma, si resolvemos estas causas, la violencia irá cediendo. Pero otra vez, las masacres de todos los días, nos dicen que puede ser al revés: si no paramos la violencia tampoco podremos construir un país más justo, menos pobre, más desarrollado. Si la prioridad es detener la guerra, no basta proponerse corregir estos males sino que hay que reconstruir las instituciones del poder público.

> Es más importante propiciar un cambio que empiece por romper la alianza entre el poder público y el crimen organizado pero que llegue más allá, hasta la creación de un nuevo orden institucional y, si es posible y necesario, a una nueva Constitución que tenga como base la defensa y construcción de una cultura y una política de respeto y ampliación de los derechos humanos.

Desde esta posición, no es suficiente ganar elecciones o acceder al poder, incluso el presidencial. Es más importante propiciar un cambio que empiece por romper la alianza entre el poder público y el crimen organizado pero que llegue más allá, hasta la creación de un nuevo orden institucional y, si es posible y necesario, a una nueva Constitución que tenga como base la defensa y construcción de una cultura y una política de respeto y ampliación de los derechos humanos.

La tercera cuestión que choca con las ideas de algunas corrientes de izquierda es que hay que *construir una mayoría social para el cambio político*. No pueden ser los partidos, tal y como están ahora, ni las elecciones, tal y como funciona hoy el sistema, pero tampoco las luchas de resistencia social y popular aisladas por más combativas y decididas que sean. O la participación ciudadana independiente y crítica del poder si se mantiene dispersa. La construcción de esta mayoría no consiste en crear una organización o varias comandadas por un líder o un grupo de notables (políticos, académicos o ciudadanos independientes). Se trata de crear un amplio movimiento que incluya a todos,

que se coordine de manera horizontal, y sobre todo que responda a una causa que pueda mover la conciencia nacional en una sola dirección y con un programa mínimo (no elemental, sino comprensivo para todos).

El propósito inmediato sería detener la guerra, la violencia cotidiana y la crisis humanitaria, y también revertir algunas de las llamadas reformas estructurales como la educativa, la energética y la laboral. La meta, a más largo plazo, sería la de construir un régimen basado en la defensa de todos los derechos humanos.

Con estos propósitos pudieran confluir un amplio número de personas y de organizaciones. Se podría construir un gran movimiento que, más allá de partidos, elecciones y formas de movilización e intereses gremiales o locales, pudiera adoptar acuerdos fundamentales. Una alianza de todos las organizaciones y personas que busquen transformar al Estado y construir nuevas instituciones

Mucha gente ya no cree en nada ni en nadie y está perdiendo la esperanza. Muchos mexicanos luchan con gran decisión pero se corre el riesgo de que sus acciones sean coyunturales o se queden aisladas. Si se logra construir una mayoría social con estas características, el cambio político y la reforma del Estado pueden ser exitosos.

México está profundamente herido. El sufrimiento ha llegado a millones de personas. Los partidos de las izquierdas deberían ser más sensibles a la tragedia actual que significa la crisis de los derechos humanos. De igual manera tienen que abrir un ejercicio de diálogo permanente desde el Congreso y los gobiernos con la sociedad. Un diálogo que reconozca sus iniciativas y propuestas. El recién formado frente legislativo para revisar la reforma educativa puede ser un ejemplo para el futuro.

Si los partidos de las izquierdas se deciden a actuar por encima de cálculos políticos de corto plazo, de correlaciones de fuerza que se miden por votos o encuestas y se propusieran construir una nueva alianza con la sociedad, habría mayores perspectivas para derrotar al PRI en las elecciones del 2018, pero sobre todo, lo más importante, para que ello se traduzca en un verdadero proceso de cambio y no una simple alternancia de siglas y personas.

La crisis del país y la enorme capacidad de resistencia que han mostrado millones de mexicanos están provocando nuevas ideas, nuevas conciencias, nuevas formas de acción. De aquí deben aprender las izquierdas partidarias y los liderazgos sociales para cambiarse a sí mismas, buscando nuevas señas de identidad para participar en el cambio de México ■

FRANCISCO HERNÁNDEZ JUÁREZ



Izquierda y fuerzas progresistas

Construir una idea

A finales del siglo pasado se inició en América Latina un cambio político desde la izquierda. Este cambio político creció y se consolidó en varios países de Sudamérica y Mesoamérica como una respuesta al avance de las teorías de mercado y la globalización y como una forma de crecimiento económico con el apoyo de las exportaciones de materias primas. Esto, que se llamó progresismo, no se planteó enteramente como una forma anticapitalista, sino como economías insertadas en al capitalismo globalizado.

El progresismo de izquierda del siglo pasado se planteó tam-

bién como un proyecto político para la profundización de la democracia más allá de las elecciones nacionales. Sin embargo, contrario a esos ideales, se conservó únicamente el proceso electoral como la vía de lucha y, peor aún, terminó contaminándose con la corrupción de figuras claves de los gobiernos, un manejo inadecuado de la relación de estos con fondos o empresas públicas y, lo más crítico, fue que la búsqueda del crecimiento económico y la reducción de la pobreza extrema como proyecto básico, cegó al progresismo al grado que terminó olvidándose del valor de los movimientos sociales al desmovilizarlos. Se perdieron los nexos sociales.

Gracias a los altos precios de las materias primas la ruta escogida tuvo un éxito impresionante. Empero, cuando llega la crisis de 2008-2009, estos precios se derrumban y todo se viene abajo como un castillo de naipes. La corrupción y el haberse alejado de los movimientos sociales, deja a los gobiernos sin capacidad de control de crisis y a las protestas les sigue la represión. Los avances que se tuvieron en justicia redistributiva económica, mayores servicios y, sobre todo, mayor consumo, terminan por revertirse. Los menores ingresos públicos resultaron insuficientes para mantener ficticiamente ese nivel de consumo. Comprar mas autos o televisores no son exactamente las demandas básicas.

La corrupción y el haberse alejado de los movimientos sociales, deja a los gobiernos sin capacidad de control de crisis y a las protestas les sigue la represión. Los avances que se tuvieron en justicia redistributiva económica, mayores servicios y, sobre todo, mayor consumo, terminan por revertirse. Los menores ingresos públicos resultaron insuficientes para mantener ficticiamente ese nivel de consumo.

También, en el contexto de la lucha por la hegemonía mundial, se lograron avances para situarse en un espacio donde hubo cierta independencia de movimiento. Se lanzaron y consolidaron varias alternativas en esa dirección pero sin salirse del proyecto globalizador hegemónico determinado por los EE.UU y sin cuestionar al dominio del mercado. Se intentaron respuestas en el conjunto

latinoamericano y en el contexto nacional, sin considerar algo que se dijo repetidamente, pero sin tomarse en cuenta, esto es, que el progresismo había tomado el gobierno, más no el poder y, por lo tanto, hacer los cambios sociales y económicos profundos, además de que no estaban en el programa, era casi imposible realizarlos.

Después de estas realidades, es claro, pues, de que a pesar de que el progresismo tiene una matriz de izquierda, ambos terminaron caminando por sederos diferentes. La causa es no haberse salido del modelo neoliberal mercantil y financiero y envolverlo con políticas asistencialistas y de consumo. La causa fue permanecer subordinados al mercado, dependientes de la exportación de materias primas y sin estrategias claras para enfrentar las crisis internacionales. Se creo, entonces, el espacio para que la derecha conservadora retomara la dirección los diferentes gobiernos. El progresismo mostró virtudes pero no pudo enfrentar sus debilidades. Mantuvo las mismas instituciones, las mismas prácticas corruptas y al final se encontró con que la concentración de la riqueza y del ingreso se concentró al grado de que el 90% de la población se queda con la menor parte.

La concepción de un nuevo Estado social que la izquierda mexicana debe impulsar en nuestro país, tiene que alejarse del neoliberalismo para transformarse en uno nacional, democrático, representativo, participativo y que impulse decididamente el desarrollo nacional y regional.

Por estas razones, la concepción de un nuevo Estado social que la izquierda mexicana debe impulsar en nuestro país, tiene que alejarse del neoliberalismo para transformarse en uno nacional, democrático, representativo, participativo y que impulse decididamente el desarrollo nacional y regional. Tiene que tener transparencia y cuidar no caer en actos de corrupción. También debe considerar que muchos liberales y conservadores mexicanos, a lo largo de los últimos años, se han ostentado como progresistas bajo la idea de que el capital extranjero y nacional es necesario sin condiciones y controles democráticos y cuidando no asustarlos con leyes estrictas e inestabilidad social. De igual manera, piensan que la izquierda mexicana es retrograda cuando defiende la apli-

cación constitucional e, incluso, van más allá al aconsejarnos cómo debería ser para ser considerada moderna.

Por tanto, afirmarse como de izquierda o ser una fuerza progresista en México, se corre el riesgo de verse envuelto en ese discurso falso que domina muy bien la derecha mexicana y que se difunde profusamente en los diferentes medios de comunicación. Decirse de izquierda y progresista en estos momentos cuando en América Latina las mencionadas posiciones políticas entraron en una severa crisis y los gobiernos que subieron al poder surgen de la derecha conservadora y con una actitudes revanchistas, existe el peligro de que la derecha mexicana utilice esos ejemplos para continuar desprestigiando los propósitos que buscan la construcción de gobiernos progresistas y de izquierda.

Más aún, nuestro país, en el marco del Plan de Seguridad Nacional de EE.UU, caminó en estos últimos años en sentido contrario de los gobiernos progresistas y junto con Perú, Colombia y Chile se incrustó, por así convenir a las transnacionales comerciales y financieras, en estrategias comerciales dirigidas a reducir el poder regional y mundial del BRICS y particularmente de China y Rusia. México, a pesar de hablar de buenas relaciones con esos gobiernos sudamericanos, en la práctica jugó abiertamente a favor de la estrategia norteamericana para que EE.UU. recupere la hegemonía mundial.

Lo que hemos ganado en la práctica como mexicanos con las políticas públicas neoliberales, son políticas de austeridad con recortes al gasto publico, reformas estructurales, particularmente la laboral y de seguridad social y un enorme deterioro del mundo del trabajo. Salarios bajos, contratos de trabajo favorables al patrón, pérdida de protección social, disminución de prestaciones. En pocas palabras un deterioro del mercado de trabajo, frente a

Lo que hemos ganado en la práctica como mexicanos con las políticas públicas neoliberales, son políticas de austeridad con recortes al gasto publico, reformas estructurales, particularmente la laboral y de seguridad social y un enorme deterioro del mundo del trabajo. Salarios bajos, contratos de trabajo favorables al patrón, pérdida de protección social, disminución de prestaciones.

grandes ganancias de los capitales nacionales y extranjeros.

Como respuesta a la situación que vivimos en los últimos años en nuestro país y al incorporarnos a la estrategia norteamericana de manera acrítica y sin negociar salvaguardas que disminuyeran asimetrías en nuestro país, decidimos presentar una propuesta de salida a la crisis, que hemos impulsando desde la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) a partir el año dos mil y actualmente en conjunción con de el Frente Amplio Social Unitario (FASU). En ella, nos hemos propuesto promover, en alianza con campesinos, sociedad civil y partidos políticos de izquierda, un nuevo modelo de desarrollo sustentado en la reactivación del mercado interno y la mejora sostenida y progresiva del poder adquisitivo de los salarios. Aspiramos a que México transite hacia una nueva economía enfocada al bienestar de todos los mexicanos.

En ella, nos hemos propuesto promover, en alianza con campesinos, sociedad civil y partidos políticos de izquierda, un nuevo modelo de desarrollo sustentado en la reactivación del mercado interno y la mejora sostenida y progresiva del poder adquisitivo de los salarios. Aspiramos a que México transite hacia una nueva economía enfocada al bienestar de todos los mexicanos esa realidad impuesta.

Los avances que se han obtenido ha sido pocos dado que todavía no conjuntamos una fuerza capaz de modificar la correlación de fuerzas. Por ello estamos buscando alianzas más amplias, donde se incorporen más sectores y podamos conjuntar esfuerzos, experiencias y bases sociales de apoyo que nos permitan influir las políticas públicas de nuestro país. En esa medida, hemos estado trabajando en una articulación de agendas que permita elaborar un proyecto eje de convergencias que permita acoger los diferentes conflictos y propuestas que la compleja sociedad mexicana ha venido desarrollando en los últimos años de crisis y dar espacios para canalizar a los movimientos sociales.

Se ha planteado construir en esa articulación de agendas, una forma de organización horizontal, amplia e incluyente, donde cada organización pueda expresarse con libertad y los acuerdos se tomen por consenso. Construir una articulación lo más amplia posible. En

la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) y el Frente Amplio Social Unitario (FASU) estamos convencidos, como lo están todas las organizaciones que se han incorporado a este esfuerzo, que aislados o en alianzas restringidas es poco lo que se puede lograr. Si no nos planteamos un amplio acuerdo que contenga la pluralidad y la multiplicidad de actores, las protestas de numerosos sectores sociales afectados y descontentos con la situación, seguirán sucediendo sin una conexión programática e histórica entre ellas.

Se nos ha dicho que el mundo está cambiando vertiginosamente y que tenemos que adaptarnos al cambio si no queremos terminar muertos. Que debemos comprometernos con la incesante modernidad y aceptar sin chistar los sufrimientos que conlleva. Sin embargo, en el mundo actual se han venido sucediendo una serie de movimientos populares, sindicales, sociales y campesinos de insatisfacción e inquietud social que cuestionan esa realidad impuesta. Sin embargo, estas tomas de conciencia popular, estos levantamientos, se están dando sin una organización fuerte y programática.

Se nos ha dicho que el mundo está cambiando vertiginosamente y que tenemos que adaptarnos al cambio si no queremos terminar muertos. Que debemos comprometernos con la incesante modernidad y aceptar sin chistar los sufrimientos que conlleva. Sin embargo, en el mundo actual se han venido sucediendo una serie de movimientos populares, sindicales, sociales y campesinos de insatisfacción e inquietud social que cuestionan esa realidad impuesta.

Para que estos acontecimientos no se estanquen en episodios aislados o vencidos, como han sucedido en nuestro país, particularmente en los últimos años, estamos impulsando esta articulación de agendas. Es claro que para tener orden en la organización, hay que tenerlo también en la idea. Para no terminar tropezando hay que tener una idea fuerte. Construir un Estado social que ponga fin estas situación, es posible sólo integrando una gran idea política nueva, en continuidad con nuestra historia revolucionaria.

Frente a la irritación, la desesperanza que propicia el no tener



Frente a la irritación, la desesperanza que propicia el no tener un futuro promisorio y el miedo que han inyectado en la sociedad mexicana por la vía de la lucha contra la violencia y el crimen organizado con la colaboración de los medios de comunicación, no podemos resignarnos y permanecer inmóviles.

un futuro promisorio y el miedo que han inyectado en la sociedad mexicana por la vía de la lucha contra la violencia y el crimen organizado con la colaboración de los medios de comunicación, no podemos resignarnos y permanecer inmóviles. Necesitamos recuperar la iniciativa y confianza en nosotros mismos y convencernos de que es necesario unir esfuerzos para terminar con la degradación política, económica y social que tenemos. Los últimos acontecimientos que se han venido sucediendo dañando a grupos sociales y a la sociedad en su conjunto, no pueden permanecer aislados. Se requiere una idea organizadora, integradora y programática.

Es por ello, como quedó manifiesto en el documento aprobado en el Diálogo para la Articulación de Agendas, impulsado por la UNT y el FASU, que "personalidades políticas y organizaciones de la academia, campesinos, defensores de los derechos humanos, del mundo del trabajo, entre otros, hemos decidido unir nuestra voces y nuestros esfuerzo para construir un espacio de diálogo que contribuya a formar la imprescindible alianza estratégica, en torno a objetivos comunes, fortaleciendo puntos de coincidencia que se traduzcan en acciones convergentes".

Por último, nosotros en la UNT y el FASU creemos que las fuerzas progresistas desde izquierda deben respetar nuestra historia con una perspectiva de lucha inmediata y futura. Si queremos los mexicanos nos plantearnos un modelo que se considere de progreso, será fundamental reflexionar sobre todos los elementos que causaron el divorcio entre la izquierda y el progresismo en nuestros países hermanos de Sudamérica y, sobre todo, si queremos que los movimientos sociales sean el nuevo despertar de la historia y los sujetos sociales del nuevo México, es necesario que estén de acuerdo con una idea. Eso es lo que estamos construyendo ■

ABRAHAM NUNCIO



La izquierda mexicana: una ausencia democrática

El grueso de la izquierda mexicana, pronto hará cuatro décadas, se concentra en el ámbito electoral. En este ámbito ha mostrado una actitud novorriquista: las elecciones y lo que de ellas se deriva deja dinero. México está considerado como uno de los países en los que la democracia electoral resulta más cara que en cualquier otro país de América latina, y acaso del planeta. Como lo ha declarado el presidente del Instituto Nacional Electoral, Lorenzo Córdova: la democracia cuesta. La democracia (la llamada "democracia sin adjetivos"), en esta interpretación sustituye a la democracia como régimen político y conjunto de relaciones sociales.

Ni los partidos de derecha ni, obviamente, sus gobiernos han descubierto un silogismo elemental: si en México hubiera democracia, su ejercicio político apenas nos costara. Tampoco la izquierda lo ha descubierto: por regla, los líderes y los gobernantes que ha producido ninguno se circunscribe a la austeridad que supone una república y, sobre todo, una república democrática. Las excepciones, que las hay, son para confirmar la regla.

La participación de la izquierda ha sido mediocre –salvo honrosas excepciones, sirva la reiteración–, y en su participación parlamentaria por lo general no ha hecho sino desdoblar la antidemocracia que rige en su vida interna. Es esa antidemocracia la que define, aquí sí sin excepción, a los partidos de la izquierda mexicana.



¿Algunos partidos que se identifican como de izquierda o aquellos que cifran su praxis en el columpio electoral han demandado el abatimiento de los costos electorales al grado que lo exige una república democrática y, para las circunstancias fangosas en que nuestro país ha sido colocado por la corrupción, han advertido que una de las principales matrices de los actos cometidos por corruptores y corruptos son, precisamente, los recursos que se invierten en las campañas electorales?

La izquierda ha tenido gobernadores en algunos estados. Ninguno, hasta ahora, se ha distinguido por su combate a la corrupción y, menos aún, por lo que ideológicamente de ellos se habría podido esperar: el combate a la desigualdad. Más bien se han avenido, con algún matiz, a seguir los patrones dictados por el neoliberalismo sin haber conseguido algún avance módico en ganarle espacios al capitalismo salvaje que se práctica en todo el país; tampoco en materia de defensa y desarrollo de los derechos humanos, de la sustentabilidad ecológica, de la seguridad social ni de otras dimensiones que la izquierda históricamente ha reivindicado en favor de la mayoría y, más específicamente, de los trabajadores.

En el ámbito legislativo, la participación de la izquierda ha sido mediocre –salvo honrosas excepciones, sirva la reiteración–, y en su participación parlamentaria por lo general no ha hecho sino desdoblar la antidemocracia que rige en su vida interna. Es esa antidemocracia la que define, aquí sí sin excepción, a los partidos de la izquierda mexicana.

En su estancamiento, nostalgia y hasta regresión, esa izquierda ha reproducido puntualmente, por una parte, el viejo caudillismo que ha alimentado al régimen hiperpresidencialista (au-

toritario y antidemocrático donde los haya) y su entramado ejecutivista, y por la otra relaciones mafiosas que revelan la ausencia de debate político, la inexistencia de la asamblea como órgno axial de dirección y el divorcio entre dirigencias y bases partidarias. Para no hablar de ese divorcio con los intereses de las mayorías y los movimientos sociales, que continúan siendo las mitocondrias de las trasformaciones sociales.

Casi asustada mantiene la derecha de la burguesía mexicana a los partidos de la izquierda con darles una desconocida si intentan acercarse a esos movimientos (el de los maestros, recientemente, por ejemplo). Ha destacado la voz, desde luego, de Andrés Manuel López Obrador en solidaridad con las demandas magisteriales. Nada más natural en un dirigente de izquierda –liberal, digámoslo así. Natural era, antes de que el Leviatán electoral diera cuenta de la izquierda y sus partidos, que éstos marcharan codo a codo con los movimientos sociales. Pero una voz es golondrina que no hace verano. Morena, como partido, carece, como las demás organizaciones partidarias de la izquierda mexicana, de una vida democrática interna. El caudillismo podrá cualquier cosa, menos crear condiciones para aportar a la vertebración de un partido que busque, desde la praxis de su militancia, la democratización de la sociedad.

Sartre decía que nunca los franceses habían sido más libres que durante la ocupación nazi. Algo semejante ha dicho Manuel Vázquez Montalván, que podría sonar a sacrilegio: estábamos mejor con la dictadura. ¿Por qué estas miradas? La respuesta es simple: tener una idea clara de quienes son de los mismos, quienes aliados y quienes son adversarios, permite tener una identidad que no deje lugar a dudas. La izquierda centrista no puede verse así misma en el espejo de su negación. El centro es una invención de quienes estando en la izquierda se han corrido a la derecha. Estar en el centro es estar disimuladamente en la derecha. Vaya, si tu definición es de izquierda nada tienes que hacer en el centro donde las identidades políticas se diluyen en supuestos consensos y sospechosos pactos.

La aparición de los candidatos independientes, sobre todo con el triunfo de uno de ellos a la gubernatura de Nuevo

La izquierda centrista no puede verse así misma en el espejo de su negación. El centro es una invención de quienes estando en la izquierda se han corrido a la derecha. Estar en el centro es estar disimuladamente en la derecha. Vaya, si tu definición es de izquierda nada tienes que hacer en el centro donde las identidades políticas se diluyen en supuestos consensos y sospechosos pactos.

León hizo que los partidos de izquierda subrayaran su tendencia, ya presente de los años ochenta, a buscar fuera de sus filas a quien pudiera parecer más destintado para ofrecerle una candidatura de cierta jerarquía. Hoy sigue en lo mismo, a pesar de que las candidaturas independientes se desdibujaron en el curso de las elecciones de este año. Sólo a un centrista salido de la izquierda y cercano a la derecha se le ocurre, como lo escribió Jorge Castañeda en su panfleto. Solo así, que un candidato único e independiente podrá hacer la gran diferencia y convertirse en piedra imán de los electores en 2018. Y que, aún hay más, con su triunfo se producirá el cambio político, ya menos esperado que anunciado. Ni Jorge Castañeda ni otros aspirantes a la Presidencia de la República podrán tener mayor impacto en el electorado que el que tuvieron en los comicios de 2016. O sí, no les faltarán patrocinadores a tales aspirantes, que pudieran ver acompañadas sus candidaturas de fuertes inversiones. Será para restarle votos a la candidatura de Andrés Manuel López Obrador, que es no sólo la única que aparece definida en el horizonte y la que, llegado el momento, volverá a captar una significativa cantidad de sufragios como para disponerse a entrar triunfante en Palacio Nacional.

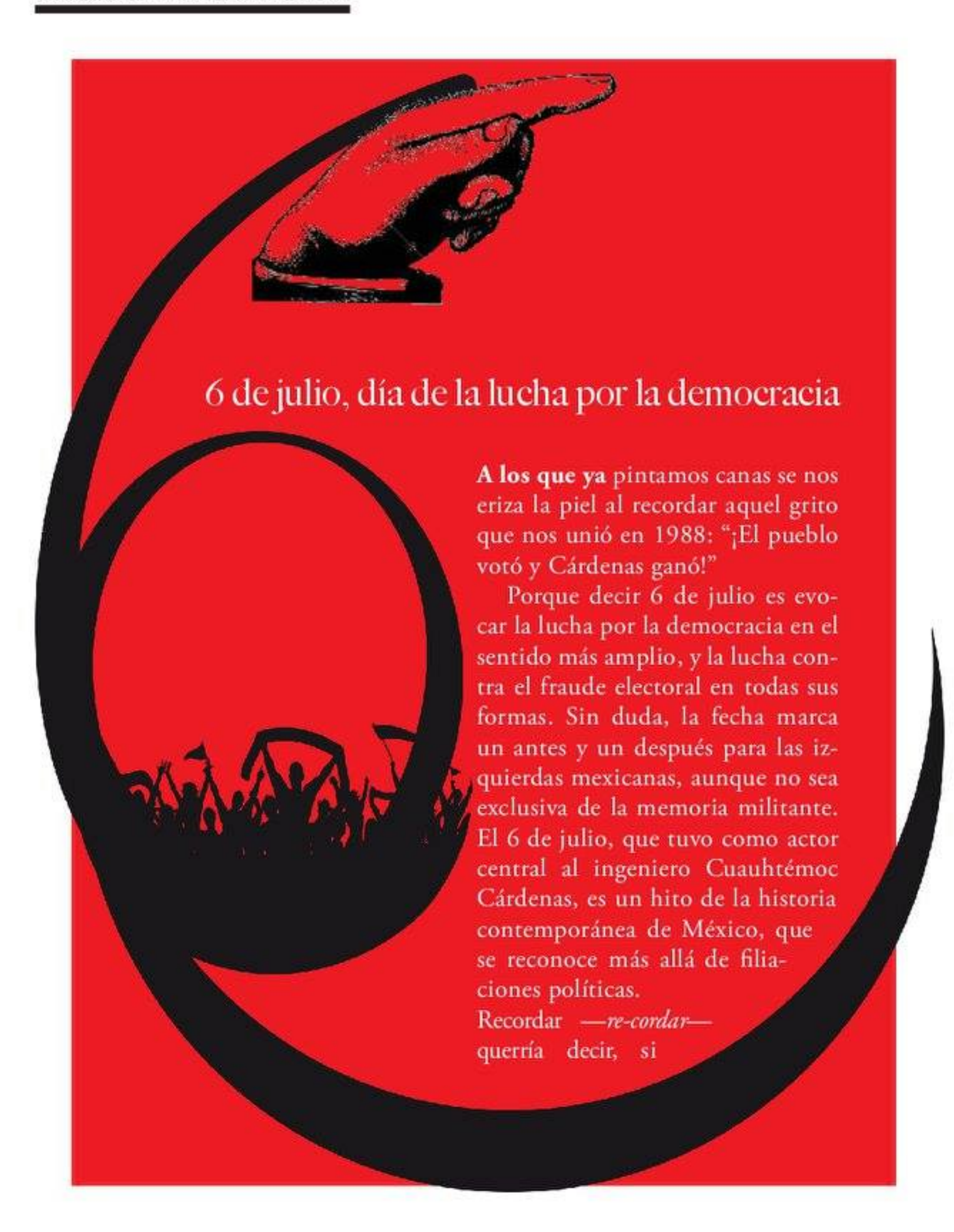
Un candidato único e independiente podrá hacer la gran diferencia y convertirse en piedra imán de los electores en 2018. Y que, aún hay más, con su triunfo se producirá el cambio político, ya menos esperado que anunciado. Ni Jorge Castañeda ni otros aspirantes a la Presidencia de la República podrán tener mayor impacto en el electorado que el que tuvieron en los comicios de 2016.



Si pudiéramos visualizar un cambio profundo como el que requiere México esto sería imposible sin la convergencia de movimientos sociales, que como el de los maestros, se quiten el temor de encima y asuman, como lo dice Juan Carlos Monedero, que las luchas de ayer son los derechos de hoy –menguados como lo están– y que los derechos de mañana radican en las luchas de hoy.

Por lo que hace estrictamente a los partidos políticos, el cambio en su vida interna para democratizarse es la condición necesaria de que esta democratización pueda irradiar hacia la sociedad y las instituciones y poderes públicos. Para ello tendrían que verse a sí mismos como la primera instancia de representación política de los mexicanos y actuar en consecuencia. Algo sumamente difícil en el contexto que padecemos, pero no imposible ■

DOLORES PADIERNA LUNA



6 de julio, día de la lucha por la democracia

A los que ya pintamos canas se nos eriza la piel al recordar aquel grito que nos unió en 1988: "¡El pueblo votó y Cárdenas ganó!"

Porque decir 6 de julio es evocar la lucha por la democracia en el sentido más amplio, y la lucha contra el fraude electoral en todas sus formas. Sin duda, la fecha marca un antes y un después para las izquierdas mexicanas, aunque no sea exclusiva de la memoria militante. El 6 de julio, que tuvo como actor central al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, es un hito de la historia contemporánea de México, que se reconoce más allá de filiaciones políticas.

Recordar —*re-cordar*— querría decir, si

atendiéramos a los orígenes, volver a pasar por el corazón. Conmemorar, hacer memoria colectivamente. La mejor forma para realizar ambos actos —la memoria colectiva y pasar un hecho por el corazón nuevamente— es acudir a la historia. Si están instituidas las efemérides es para que regresemos al principio de las cosas, a su origen y sus valores: nuestra necesidad de saber de dónde venimos para fijar la mira del porvenir. El momento de México nos lo exige.

Recordar, por ejemplo, un pasaje del *Llamado por la democracia* que hicieran Cárdenas, Manuel Clouthier y Rosario Ibarra: "Los mexicanos decidimos el 6 de julio vivir en democracia, abolir el autoritarismo y establecer normas de convivencia digna y civilizada. El voto popular dio a los candidatos y dirigentes políticos el mandato de encabezar la lucha por la legalidad y de crear las condiciones para que el próximo gobierno de la República se sostenga en una legitimidad indiscutible".

Creo que esta cita sintetiza la importancia de la fecha y su mandato, que está todavía por cumplirse. Hace 28 años, en 1988, la izquierda mexicana dio inicio a la gesta democratizadora que habría de culminar parcialmente en 1997.

El 6 de julio de 1988 abrió la puerta del cambio político; lo hicimos millones de ciudadanos antes y después de un fraude electoral de dimensiones monumentales, que algunos de sus perpetradores han terminado por confesar con el paso de los años. En 1988, el gobierno federal y los gobernadores del PRI recortaron padrones, impidieron votar a mucha gente, fabricaron casillas zapato, suspendieron el flujo de datos para arreglarlo a su conveniencia, pusieron en práctica, en fin, cuanta trapacería pudieron para mantenerse en el poder. Miguel De la Madrid lo aceptó en un libro de la periodista Martha Anaya: estaban dispuestos a hacer disparar al Ejército con tal de "no dejar llegar" a Cárdenas a la Presidencia de la República.

El fraude, una dolorosa experiencia para todo el país, abrió paradójicamente el camino a muchos cambios que nos fueron permitiendo hablar de transición a la democracia: se limitó una presidencia omnipotente, la pluralidad ingresó a un Senado que hasta entonces sólo tenía representantes del gobierno, se comenzó a instalar el federalismo donde antes había sólo gobiernos estatales absolutamente subordinados y, lo más importante, se transformó un sistema electoral en que los votos no se contaban bien, las irregularidades se impugnaban ante una autoridad electoral nombrada por el gobierno y el PRI mismos, y la elección era calificada por los diputados, es decir, los beneficiarios del fraude. Fue gracias a la insurgencia cívica de 1988 que eso quedó atrás. O eso creímos durante algún tiempo.

Para la izquierda, en particular, el significado de 1988 es mucho más profundo y pueden encontrarse varias claves

que deberíamos destacar en el momento en que vivimos. Son por lo menos tres: a) fue un momento político de excepcional unidad de las izquierdas, b) se caracterizó por el ascenso de una vocación hegemónica y c) significó una síntesis programática de las luchas que surgieron en esos años con otras que venían de la mitad del siglo; hubo entonces claridad de por lo menos dos tareas históricas: la derrota del neoliberalismo y la toma del poder por la vía electoral. Se entendió que, a menos de que se apostara por una insurrección armada, lo primordial para conseguir los objetivos era garantizar que se contaran los votos y que se contaran bien.

Nueve años después, el 6 de julio de 1997, obtuvimos una importante victoria, en gran parte debida a que logramos arrancar al régimen una larga sucesión de reformas electorales que derivarían en la creación del IFE y en múltiples mecanismos para garantizar la certeza de los comicios. Ese año, el PRI perdió la mayoría en la Cámara de Diputados, donde el PRD –presidido por Andrés Manuel López Obrador- llegó como segunda fuerza y, claro, ganamos el gobierno del Distrito Federal, que se elegía por vez primera, con nuestro entrañable compañero de causa, el ingeniero Cárdenas.

Pese al deber cumplido —o quizá precisamente por las inercias que generó— el panorama actual es mucho menos alentador: se ha perdido la **unidad de las izquierdas**, se ha dispersado la **vocación hegemónica** y se ha diluido la **claridad de las tareas históricas** del momento presente. Revisar estas condiciones, que estaban y ya no están, puede ser la base para la reformulación de nuestro presente. Es decir, los tres elementos mencionados son nuestros retos de la actualidad.

Tanto la unidad de las izquierdas como la vocación hegemónica —que no es otra cosa que la vocación de triunfo, la única que una izquierda que aspire a representar a la mayoría social puede permitirse—, pueden explicarse a la luz de la síntesis programática que significó el Frente Democrático Nacional y que se remonta, a su vez a las demandas históricas de la izquierda mexicana. No se trató de una casualidad o un hecho fortuito, aunque haya sido primordial la importancia de la Corriente Democrática del viejo partido hegemónico para que la confluencia sucediera.

En el Frente, como lo ha reconocido el ingeniero Cárdenas, hubo una fuerte inspiración nacida de lo que en su tiempo fue el Movimiento de Liberación Nacional, una prefiguración de los momentos de unidad que vendrían después y que incluía ya a priistas inconformes y socialistas de diferentes partidos y agrupaciones, incluyendo a su militante más destacado, el general Lázaro Cárdenas del Río.

Fue a partir de entonces que se consolidó un programa democratizador que incluía establecer un sistema de repre-

sentación proporcional, la presencia de todos los partidos en la autoridad electoral, la igualdad de derechos políticos para las mujeres y el gobierno democrático de la Ciudad de México. Casi todo lo que se conseguiría después. Asimismo, se reivindicó el fortalecimiento de la soberanía económica y del mercado interno, al igual que la intervención del Estado para propiciar el desarrollo económico.

Cuando esta agenda se conoció en aquellos años del General Cárdenas, no pudo triunfar en gran medida porque el país se encontraba en un momento de crecimiento y estabilidad económica, que mantenía fuera de discusión la vigencia del modelo, pero también porque muchos nacionalistas no habían decidido todavía plantearse la disyuntiva de democratizar el PRI —particularmente la elección de su candidato presidencial— o abandonarlo. El mismo crecimiento económico fue el causante de que la democracia pasara a un segundo término y se tolerara el autoritarismo. La legitimidad del sistema, en esos años, descansaba en una retórica nacionalista y a veces hasta de izquierda, que dejaba los aspectos más elementales del cambio democrático para otro momento que pocos vislumbraban.

Ese momento llegó en 1988, año que presentó condiciones radicalmente diferentes que hicieron aflorar una unidad que de hecho ya tenían en su programa las corrientes cardenistas del PRI y la izquierda de raíz socialista.

Ante el embate del neoliberalismo, las privatizaciones, el recorte en el gasto social y todas las políticas que siguieron al violento ajuste de 1982 —que hoy se reeditan de forma virulenta—, se puso en cuestión el modelo económico y se dio pie para que esta convergencia entre nacionalistas y socialistas —que, por otro lado, había ya comenzado en el Partido Mexicano Socialista— se abocara a la disputa democrática del poder. El fraude que impidió el cambio, por su parte, inclinó la balanza de la nueva fuerza unitaria hacia la urgencia de los elementos procedimentales de la democracia.

Ante el embate del neoliberalismo, las privatizaciones, el recorte en el gasto social y todas las políticas que siguieron al violento ajuste de 1982 —que hoy se reeditan de forma virulenta—, se puso en cuestión el modelo económico y se dio pie para que esta convergencia entre nacionalistas y socialistas.



De aquí podemos obtener varias lecciones, útiles porque enfrentamos otro momento de crisis política del régimen neoliberal. La primera: que la unidad de las izquierdas debe

suponer, en principio, un programa común y no sólo conjuntar siglas con la aspiración de abultar resultados; en segundo lugar, que además de ese programa, son las bases y no las cúpulas partidistas las que deben empujar los momentos de unidad —como sucedió en el PMS, que además contó con la generosidad de Heberto Castillo del PMT—; en tercer lugar, que la vocación hegemónica no se funda principalmente en la ambición de ocupar cargos y puestos —lo que usualmente lleva al pactismo y a las concesiones programáticas—, sino en la aspiración de instalar un proyecto nuevo, un modelo alternativo surgido de las demandas y necesidades populares y pertinente con el momento que se vive. Esa fue una aportación fundamental del cardenismo de 1988.

El Frente Democrático Nacional y nuestro posterior avance en 1997 y 2006 nos mostraron que la labor más importante de los dirigentes de izquierda no es pedagógica sino interpretativa y articuladora. No se trata de revelar al pueblo sus verdaderos intereses, pues los conoce mejor que nadie, sino de interpretar sus demandas y aspiraciones. Por eso haríamos mal en volver a entrar en un debate sobre etiquetas, muchas de ellas caducas y desprestigiadas. Más que construir nuevas aspiraciones socialdemócratas, por ejemplo, se trata de interpretar el actual momento histórico, afirmar nuestros valores seculares —la igualdad y la libertad entendida como no-dominación— y reivindicar el carácter popular, social y distributivo de la democracia.

La labor más importante de los dirigentes de izquierda no es pedagógica sino interpretativa y articuladora. No se trata de revelar al pueblo sus verdaderos intereses, pues los conoce mejor que nadie, sino de interpretar sus demandas y aspiraciones.



Creo que ha quedado claro el punto de que lo fundamental para enfrentar los retos presentes de la izquierda (su unidad, su vocación hegemónica y la claridad de las tareas históricas) pasa por reformular nuestro programa y por tener capacidad organizativa en torno a él.

Los avances en los aspectos formales de la democracia electoral no deben conducirnos a pensar en que vivimos en democracia plena, ni a permitir que en las filas de las izquierdas prevalezcan quienes buscan alternancias sin alternativa, que se prestan a claudicaciones para obtener parcelas de poder sin aspirar a transformar el sentido común del poder y las condiciones de vida de la gente. Estas posturas reducen todo entonces a un debate de minucias de política pública, pero sin

tocar las aristas filosas del neoliberalismo. Son los que hemos calificado como la falsa izquierda, quienes tuvieron un momento estelar en el llamado Pacto por México.

Están por otro lado quienes, también pensando que ya hemos llegado a una normalidad democrática, creen que lo que se abre es la disputa frontal y leal de proyectos que —siendo ese el caso— debemos formular de modo que no asusten a la gente, corriéndonos al centro, y flexibilizando nuestras posturas. Son quienes han apostado por retomar la maltrecha etiqueta socialdemócrata —tan desprestigiada en Europa y tan poco significativa hoy que hasta el PRI la reivindica en sus estatutos— y blandirla en elecciones, lo que —como se ha visto— parece no entusiasmar a nadie. Los resultados de este repliegue están a la vista.

Creo que el equívoco, que ha llevado al pasmo al PRD en particular, se debe a que, de tanto insistir sólo en los aspectos esenciales y más formales de la democracia, muchos acabaron por creer que ésta se agotaba en ellos, como si se tratara solamente de formular un medio que permita la rotación pacífica de las elites. Una vez dejado el socialismo y alcanzada la democracia, el futuro parece cerrarse. En esto han hecho su parte algunos intelectuales de la transición a la democracia, quienes sostienen que todo aquel que pida de ésta más que elecciones razonablemente libres de fraudes está confundiendo la democracia con el paraíso, en lugar de considerarla un régimen político.

Para nosotros, la base de la legitimidad de la democracia va mucho más allá de la libertad de votar cada tres o seis años. Para nosotros, aceptar el concepto minimalista sería asumir nuestra derrota y caer en la trampa de quienes quieren monopolizar el término, quitarle toda su carga igualitaria y libertaria y mandarnos a bregar por el desierto, en busca de una nueva palabra que designe un ideal tan hermoso, tan legítimo y con el que haya tanto acuerdo en las sociedades como el de la democracia. Si aceptamos ese camino impuesto, estamos perdidos.

Los invito a hacer lo contrario, a poner sobre la mesa cuáles son para nosotros los criterios que definen una democracia y denunciar que nuestro actual régimen político no cuenta con lo necesario para ser considerado como tal. Es cierto, hay pluralismo político y libertades que antes no había, nos los hemos ganado a pulso a los largo de muchos años y es mucho mejor tenerlos que carecer de ellos, pero eso no basta para decir que se tiene una democracia con todas las de la ley.

En 1994, el ingeniero Cárdenas fue nuevamente nuestro candidato a la presidencia. Pasada la elección, el premio Nobel Octavio Paz escribió entusiasmado: "Estamos ante un fenómeno que revela una mutación en la conciencia nacional y que, probablemente, señala el principio de un cambio de rumbo de la nación… [Las elecciones] parecen in-

dicar que en las profundidades del alma popular aparecen actitudes ante la vida pública que son la negación de las tradicionales. Emerge, todavía entre brumas, un México de ciudadanos". (Paz, Octavio, "Doble mandato", *Vuelta*, no. 215, México, octubre de 1994).

El poeta no vivió para ver cómo la transición se iba reduciendo a reformas graduales y controladas del andamiaje electoral. Cierto, disminuyeron las facultades del gobierno en los procesos electorales, pero arribamos al año 2006, consumada la alternancia, con los pilares del régimen antidemocrático prácticamente intactos. El simple cambio de colores en la Presidencia sentó las bases para el regreso de los autoritarios, con las consecuencias que hoy estamos viviendo.

¿Podemos llamar democracia a un régimen en que una protesta contra una reforma educativa puede terminar con 10 muertos, donde la lista de gobernadores es una galería de corruptos impunes o cuando vivimos la vergüenza de ser el tercer país del mundo con más asesinatos de periodistas en los últimos 25 años?

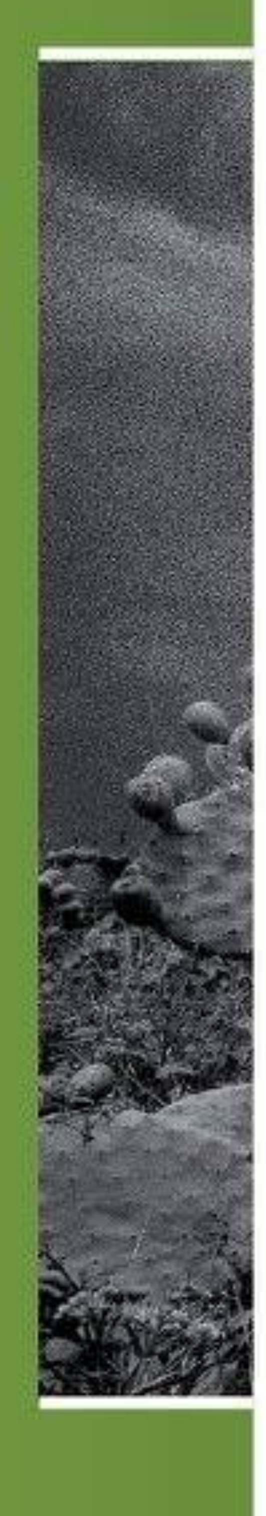
Los gobiernos del PAN fueron incapaces de derribar los muros del viejo régimen. Al contrario, entraron en componendas con actores clave del antiguo partido hegemónico y se sometieron a los poderes fácticos. La alternancia sin transición nos condujo al regreso del PRI a la presidencia, y de un PRI empeñado, como dijera Manuel Camacho, en "restaurar la Presidencia más que reformar el régimen presidencial... un proyecto de orden no de cambio".

La democracia debe ser el punto de partida de nuestro proyecto y la disputa por su significado y realización debe ocuparnos de tiempo completo. Somos igualitari@s y somos libertari@s, y es precisamente por ello que el nombre que mejor nos define es el de demócratas. Queremos democracia, no sólo este pluralismo autoritario que se nos quiere ofrecer como si lo fuera. La democracia es mucho más y debemos estar dispuestos a reclamarla. Habrá quien en ese camino nos llame eternos inconformes. No importa, pues en cierto sentido tendrán razón: somos —diría Jesús Silva Herzog—, como todos los progresistas, inconformes con lo que es porque soñamos con lo que debería ser.

"Democracia ya, patria para todos" es un lema que sigue sintetizando las más altas aspiraciones nacionales. Queremos democracia porque la entendemos como el sistema político y social que no sólo garantiza cambios en los gobiernos de manera civilizada, sino porque satisface las necesidades y derechos de todos a la educación, la salud, la alimentación, la vivienda, el trabajo y el salario decente entre muchos otros aspectos que definen a una vida digna; y sin una Patria para tod@s, no habrá nunca soberanía y las libertades que hemos anhelado siempre ■

MARCO ANTONIO CRUZ

MÉXICO PROFUNDO



Retomo el título de *México profundo* del libro de Guillermo Bonfil Batalla, porque es la descripción más cercana a los momentos que he retratado a lo largo de más de tres décadas sobre los indígenas y campesinos; que son el alma y corazón de México.

He documentado fiestas, rituales, intensas jornadas de trabajo en el campo. así como la explotación a los indígenas migratorios en el sur.

La fotografía ha sido testigo de la lucha histórica por mejores condiciones de vida y contra del olvido de los diversos gobiernos en turno, que responden con la miseria, explotación, encarcelación y muerte.

En enero de 1994, en Chiapas, tal vez los más olvidados y despojados, los que mueren por enfermedades curables se alzaron en una sola voz para mostrar al mundo que la dignidad existe y nunca caduca.

El valor de la fotografía documental es registro y memoria visual para la presente y futuras generaciones, esperando que el portafolio de 20 imágenes aporte a la reflexión del México profundo; pilar de nuestra nación.



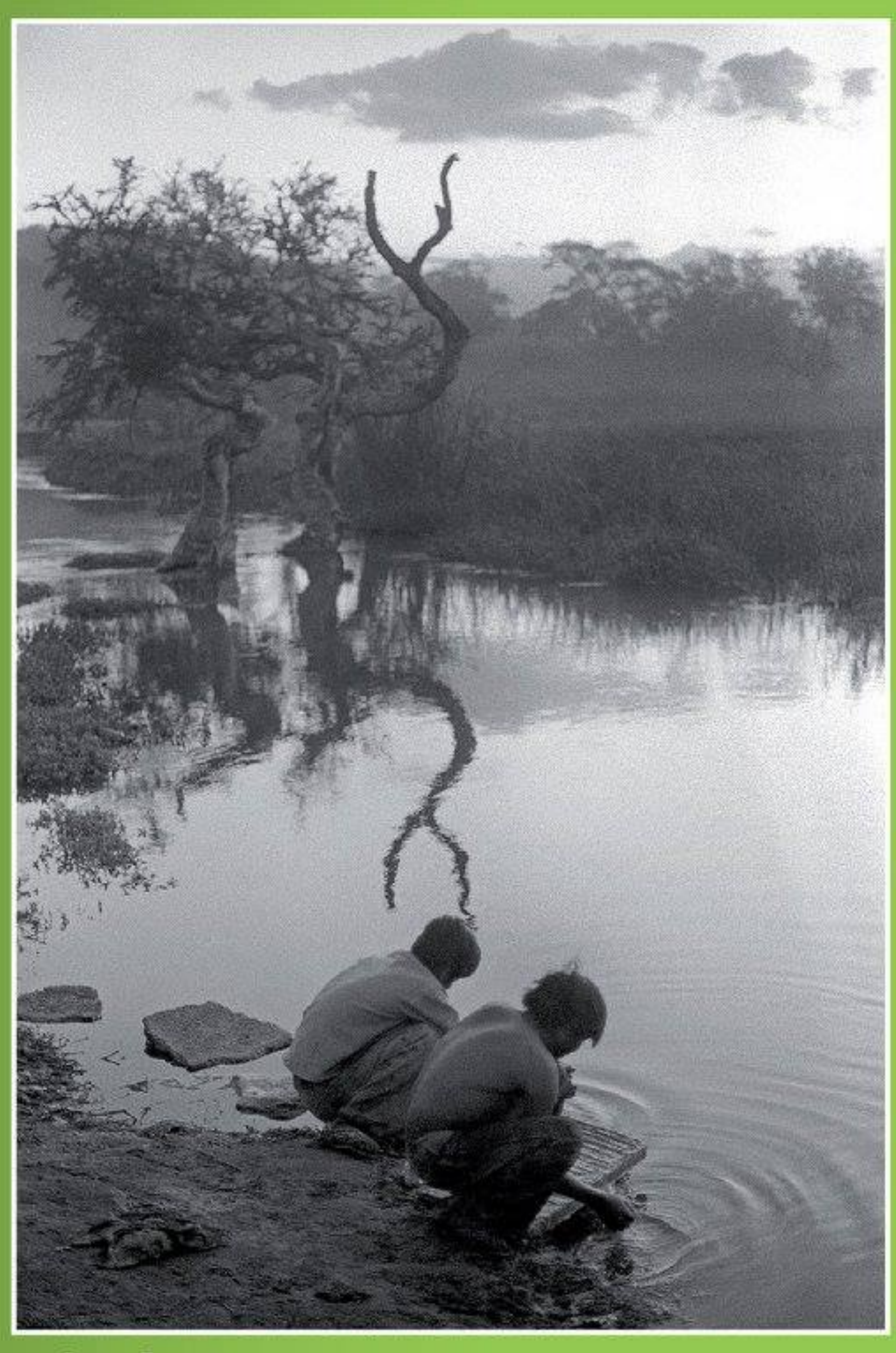
Andrea Islas 94.



Huasteca_Hgo



Sta_fe_laguna_Mich



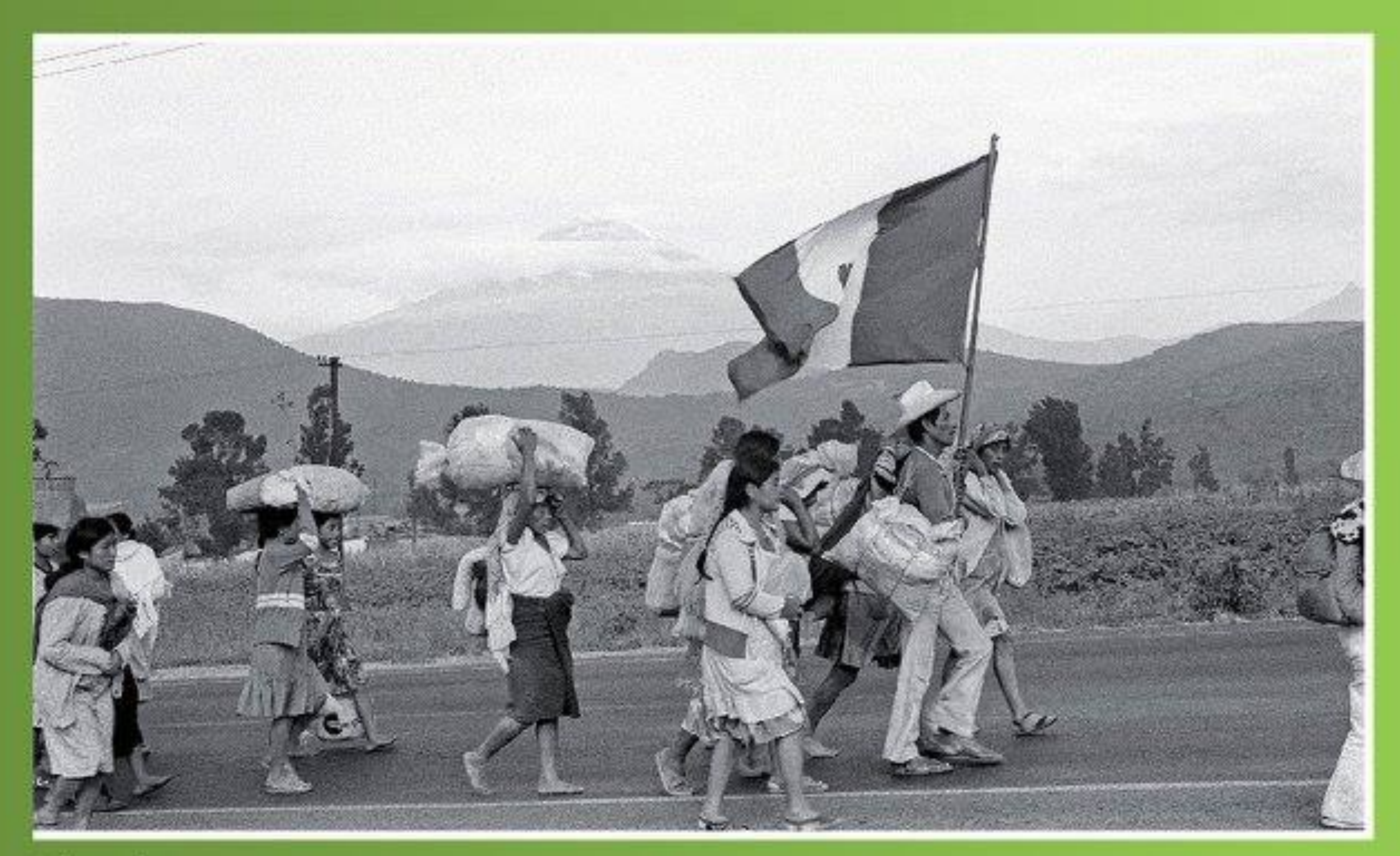
Caneros_Zacatepec



Zacatepec_Mor



Cafetaleros



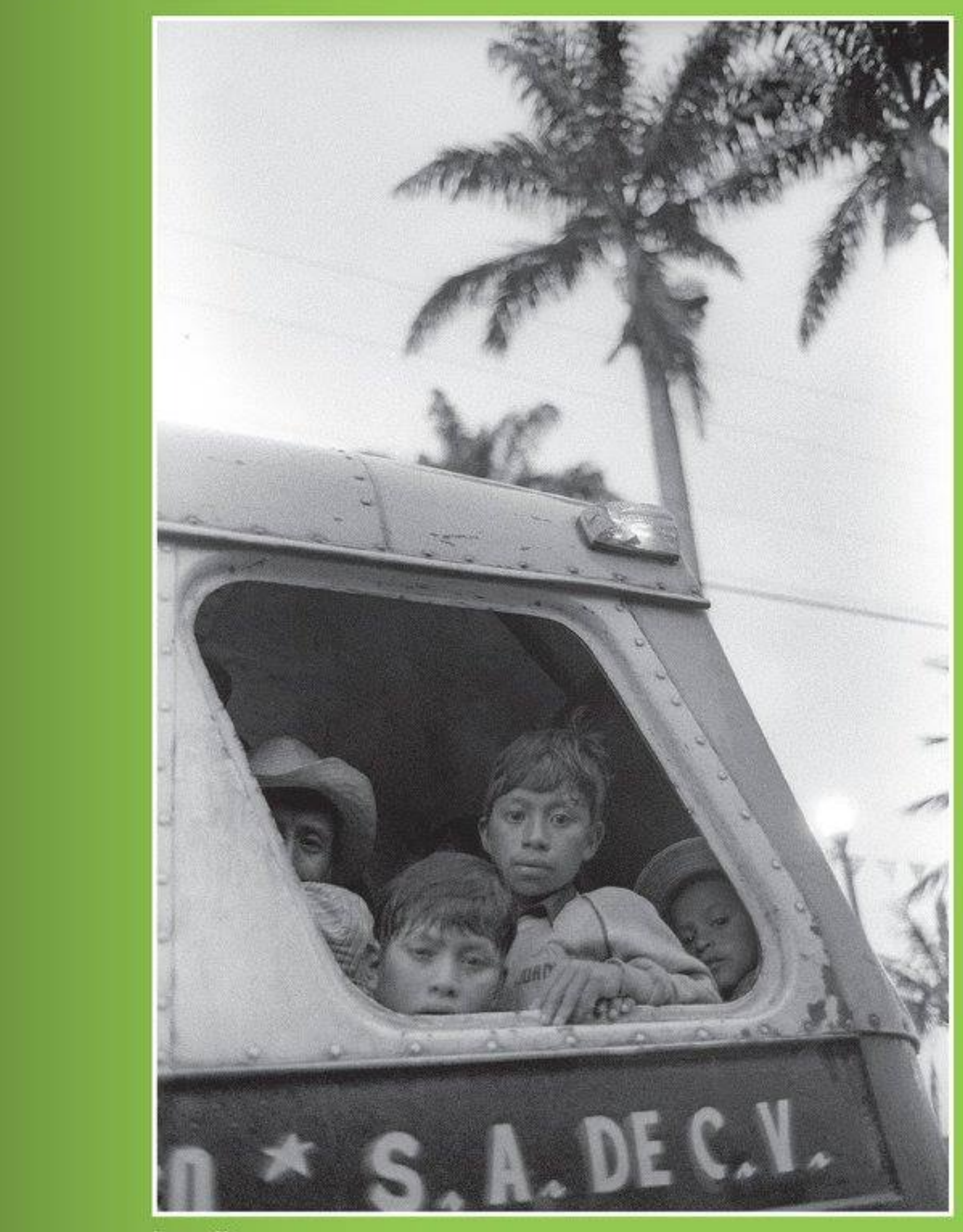
Atlixco_Chi



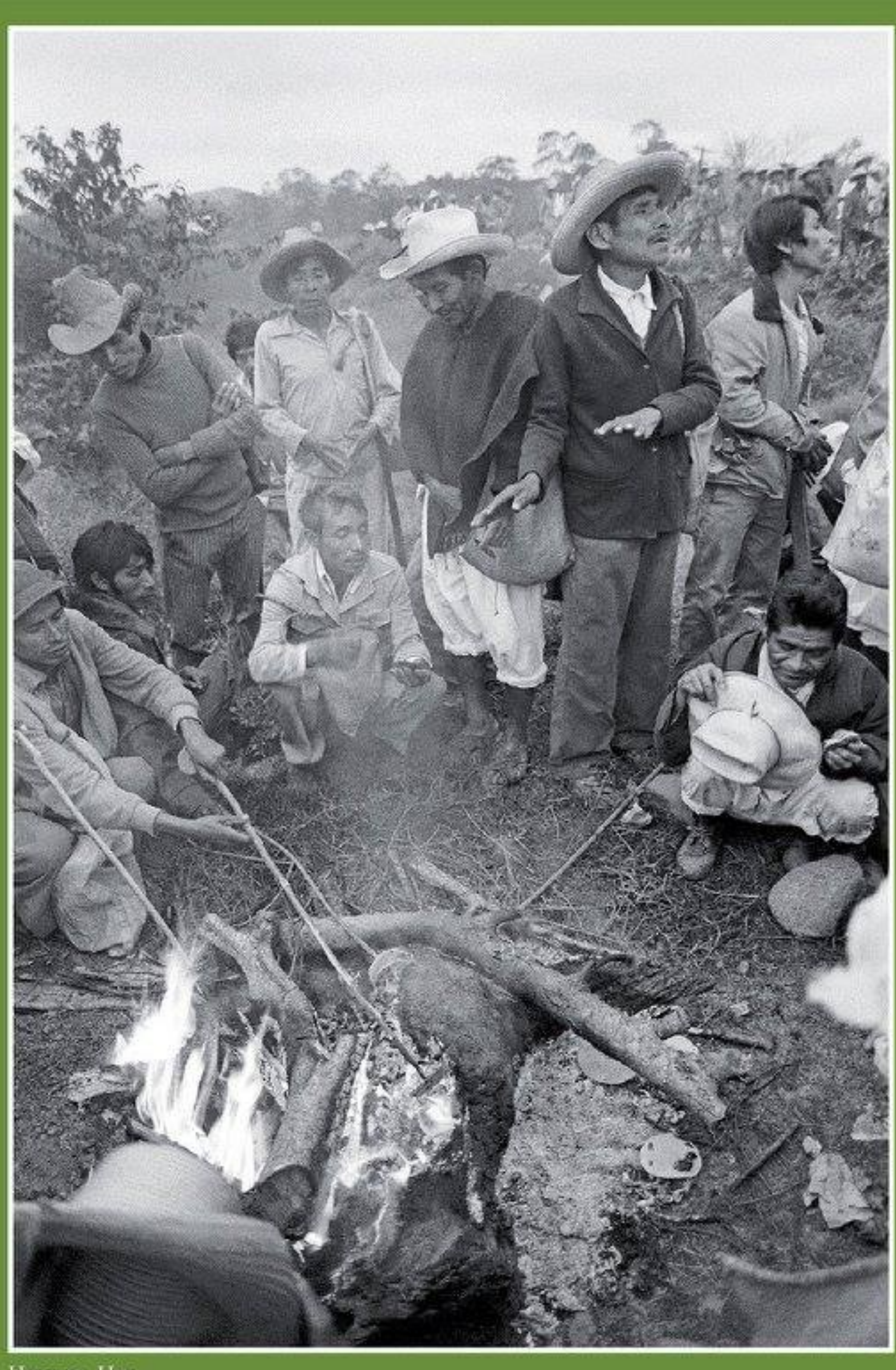
Pahuatlan_Pue



Cafetaleros



Juarez_Chis



Huasteca_Hgo



Apizaco_Tlax



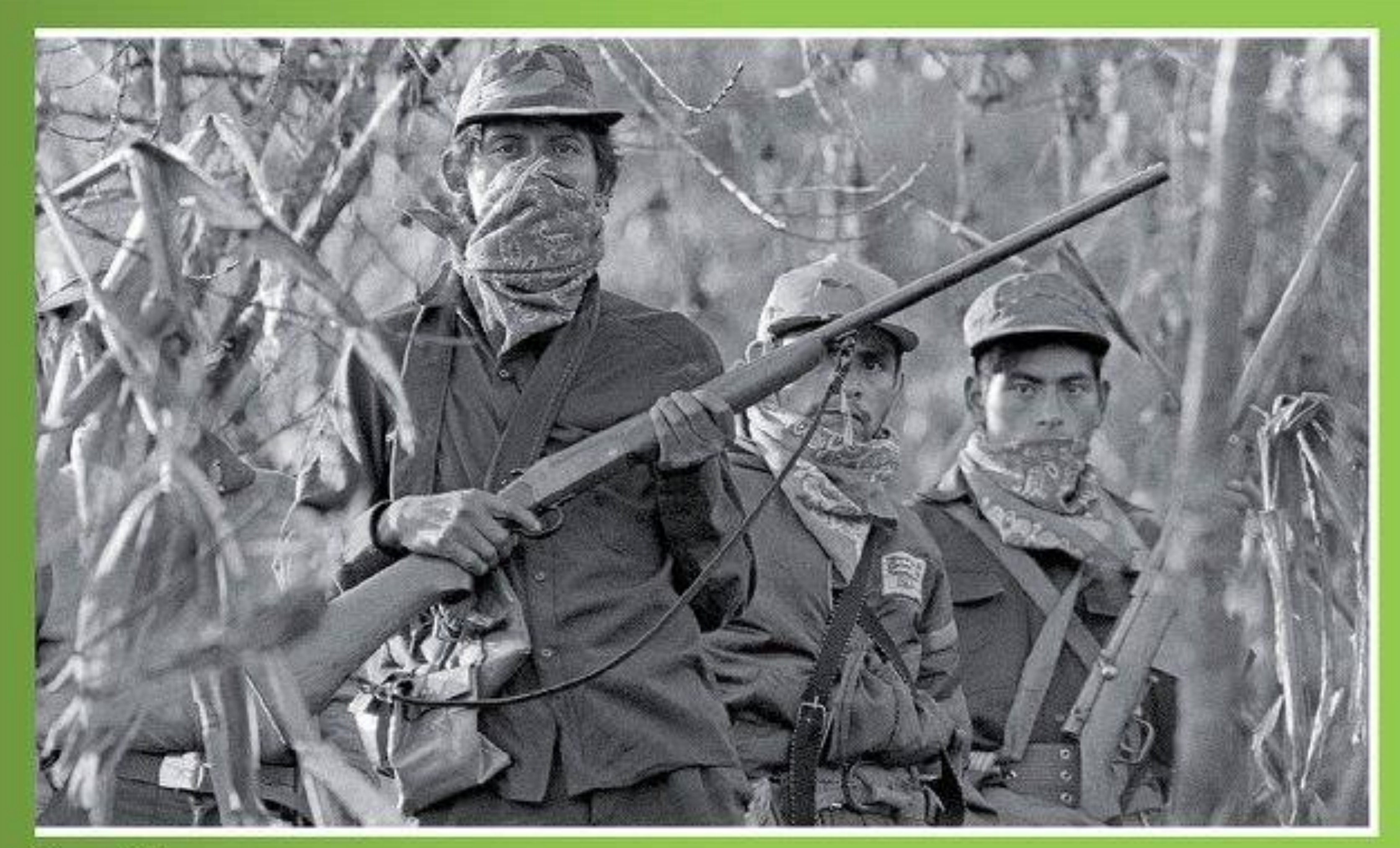
Pahuatlan_Pue



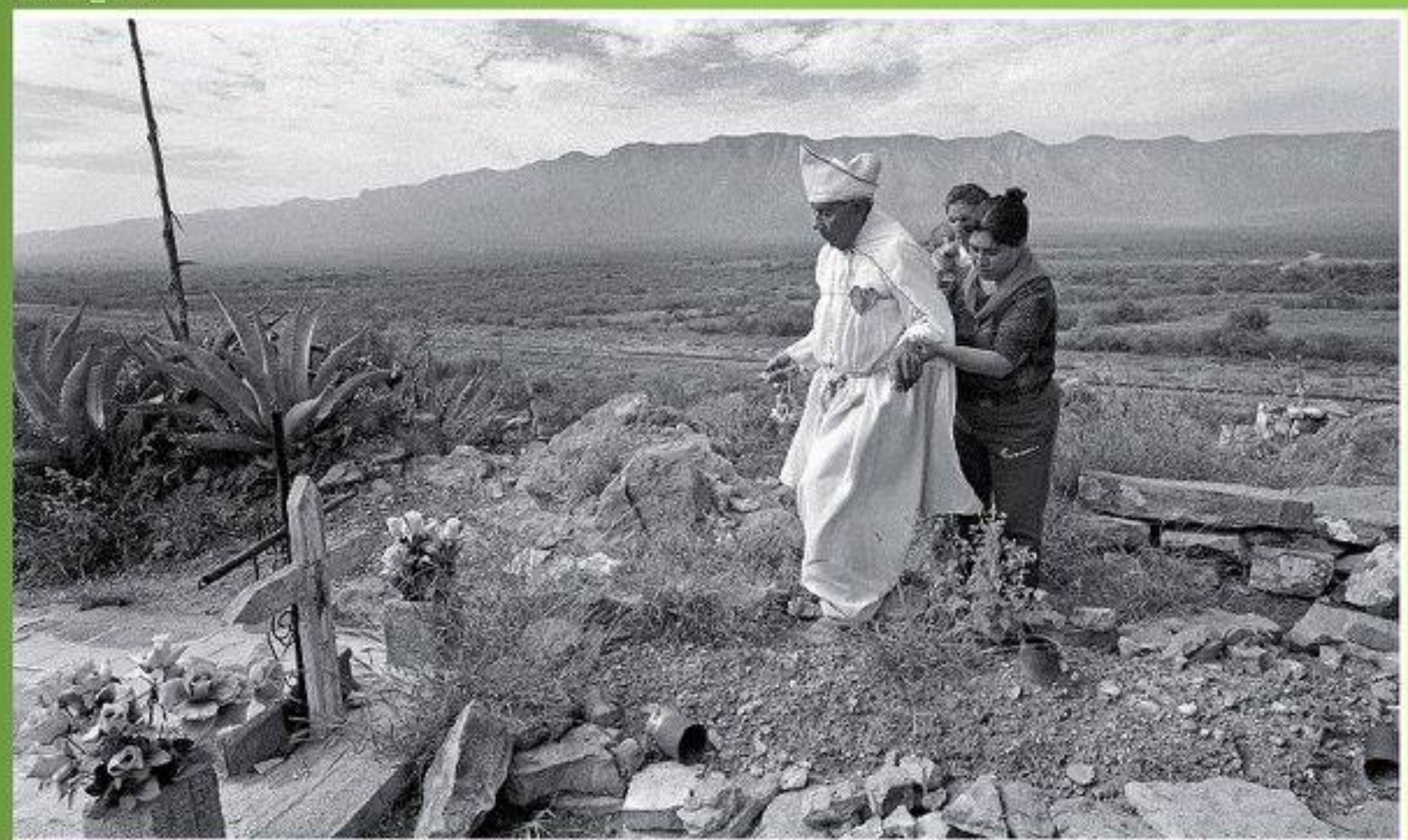
Altamirano_Chis



Acatlan_Pue



Guerra_Chis



Fidencio



Otumba_Edo_Mex.



Xacapoaxtla_Pue.

JORGE YEVERINO



La Democracia en América a revisión: Trump y Clinton vs. Sanders

Alexis de Tocqueville, el aristócrata y diplomático francés, quien visitara Norteamérica en la década de 1830 se preguntaba si era posible que una sociedad pluriracial, multiétnica, con diferentes concepciones religiosas podría mantener vivo el espíritu de la democracia. Esa pregunta formulada hace casi 200 años en su texto clásico *Democracia en América*, aún sigue vigente en el actual contexto de la lucha interna de los candidatos que aspiran a representar los dos partidos hegemónicos en los EE.UU. El origen de los dos principales partidos se remonta a los denominados "Padres fundadores". Mientras Washington, Hamilton y Adams apelaban por un gobierno central con sede en una capital federal fuerte; Jefferson, por su parte, creía en estados autónomos fuertes y centrados en el equilibrio de poderes como la mejor opción de gobierno. Los primeros emigrantes que se establecieron en las colonias norteamericanas trajeron consigo la tradición liberal del pensamiento político inglés. Este

conjunto de ideas formuladas principalmente por el filósofo John Locke hacían énfasis en la tolerancia religiosa, en los derechos civiles y en una firme oposición al derecho divino de los reyes a gobernar como monarcas absolutos. La carta de Independencia de la nueva nación de 1776 retomaba ese espíritu liberal proclamando que todo individuo tenía derechos naturales inalienables como el derecho a la vida, la libertad y a la felicidad. Sin embargo, hacia 1789 existía una profunda división interna en torno a la forma y funcionamiento del gobierno de la nueva república.

De hecho, de acuerdo con Samuel Huntington, el partido político es la mayor institución política inventada por los EE.UU. Al igual que el diseño de una Constitución para la nueva nación, los partidos representaron meros experimentos políticos que a pesar de un inicial escepticismo, demostraron una gran fuerza y fueron modelos de imitación por otros sistemas democráticos.

A pesar de la renuencia inicial para crear facciones políticas dentro de la incipiente y débil nación, fueron Madison y Jefferson los que impulsaron la creación del primer partido político en una democracia occidental. De hecho, de acuerdo con Samuel Huntington, el partido político es la mayor institución política inventada por los EE.UU. Al igual que el diseño de una Constitución para la nueva nación, los partidos representaron meros experimentos políticos que a pesar de un inicial escepticismo, demostraron una gran fuerza y fueron modelos de imitación por otros sistemas democráticos en varias regiones del mundo.

El partido denominado Democrático-Republicano de Jefferson tenía como base político-ideológica a los pequeños agricultores propietarios independientes, mientras el partido Federalista que posteriormente se convertiría en el moderno partido Republicano, se sustentaba en los grupos de comerciantes y pequeños industriales asentados principalmente en la costa este del país. Después de una amplia campaña de convencimiento por los territorios de la naciente nación, en las elecciones del año 1800, el partido de Jefferson se impuso a los Federalistas, constituyendo el primer caso histórico de sucesión exitosa pacífica de un partido sobre otro. Lo anterior también demostró que dos partidos nacionales en competencia podían sustentarse sobre una amplia base social proveyendo un estrecho vínculo entre el ciudadano común y los líderes de una nación. Lo anterior que en la ciencia política se denomina como el grado de eficacia política, se ha perdido considerablemente en la unión americana el día de hoy. De acuerdo a una reciente encuesta del *Washington Post*, una significativa pro-

porción de norteamericanos sienten que su participación política a través del complicado sistema electoral es irrelevante y nula. Una manifestación clara son los altos índices de abstención y apatía electoral de las últimas décadas en los EEUU.

Paradójicamente, lo anterior ha sido clave en el éxito de la campaña de Donald Trump. Este candidato ha arremetido contra el cinismo político y anquilosado sistema ubicado en Washington D.C., Trump ha argumentado que él no necesita del financiamiento de los intereses corporativos ligados a obscuros intereses que permean en el Capitolio. En una economía de lento crecimiento, Trump ha podido atraer a un segmento importante de la sociedad norteamericana con su discurso de reestablecer millones de empleos que se han desplazado a China o México. Su discurso nacionalista y proteccionista ha llamado la atención de millones de norteamericanos cuyo perfil típico es la de poseer una escasa a mediana educación y el ferviente anhelo de recuperar el orgullo de ser parte de la otrora potencia mundial hegemónica sin rivalidad en el exterior. De este modo, Donald Trump utilizando hábilmente herramientas de un mercadólogo político se ha apoderado, contra todos los pronósticos, prácticamente de la nominación republicana. Esto ha producido una profunda crisis al interior del partido conservador. Este partido, que a pesar de su evidente elitismo y que, desde los tiempos de Hamilton, temía por la amplia participación democrática popular, ha contribuido al desarrollo político de los EE.UU. a través v.g. del acta de los derechos civiles que contienen las 10 primeras enmiendas a la Constitución; la abolición de la esclavitud encabezada por Abraham Lincoln; el voto a favor de la terminación de la guerra fría; entre otros hitos históricos. Sin embargo, Trump y los líderes del partido no cuestionan en absoluto el estatus quo del denominado *establishment* que rige actualmente los EE.UU. Desde la crisis del 2008, millones de norteamericanos perdieron su activo más valioso, es decir, sus propiedades inmobiliarias; en contraste, el 1% más rico ha obtenido ganancias como nun-

Trump ha podido atraer a un segmento importante de la sociedad norteamericana con su discurso de reestablecer millones de empleos que se han desplazado a China o México. Su discurso nacionalista y proteccionista ha llamado la atención de millones de norteamericanos cuyo perfil típico es la de poseer una escasa a mediana educación y el ferviente anhelo de recuperar el orgullo de ser parte de la otrora potencia mundial.

ca antes lo había hecho a lo largo del período 2009 al 2015. De acuerdo con Joseph Stiglitz, el estímulo fiscal de US$700,000 millones aprobado por la administración Bush para reactivar la economía, benefició principalmente a la élite financiera y bancaria, quienes con una política monetaria con tasas de interés cercanas a cero, crearon nuevas burbujas especulativas que les redituaron enormes beneficios. Lo preocupante, señala Stiglitz premio Nóbel de Economía en el 2001, es que en la actualidad, la inequidad en la distribución de la riqueza en los EE.UU. es más grave que la que tenía Sudáfrica en 1960 durante la época del Apartheid.

Por el lado Demócrata, la élite del partido con sus superdelegados han inicialmente apostado por la candidata del *establishment* económico y político, la ex-Secretaria de Estado Hillary Clinton, quien a través de grandes contribuciones ha acumulado una suma de 62 millones de dólares a través de los comités de acción política -- PAC's. --. De este modo, Hillary se perfila a obtener la nominación del partido en la convención del próximo julio al contar con casi el 90% de los delegados necesarios, muchos de los cuales no son elegidos democráticamente sino simplemente son funcionarios importantes en la estructura burocrática del partido. A pesar de esta cómoda ventaja, existen signos de alarma y preocupación al interior del partido Demócrata. De acuerdo a recientes encuestas, la ventaja que poseía Clinton sobre Trump en una elección abierta se ha desvanecido rápidamente. Al parecer, el votante típico norteamericano no distingue diferencias de fondo entre las propuestas de Clinton y Trump. Dichas encuestas realizadas por el New York Times y la CBS durante el mes de abril y mayo, en cambio, otorgan hasta 13 puntos de diferencia a favor de Sanders en caso de enfrentarse en una elección abierta a Trump. Por su parte, Sanders ha evitado confrontarse abiertamente con Hillary; el mismo Senador ha señalado eufemísticamente: "No estoy en contra de Clinton, sino de los dueños de la candidata", refiriéndose a los grandes intereses corporativos ligados a las

Encuestas realizadas por el New York Times y la CBS durante el mes de abril y mayo, en cambio, otorgan hasta 13 puntos de diferencia a favor de Sanders en caso de enfrentarse en una elección abierta a Trump. Por su parte, Sanders ha evitado confrontarse abiertamente con Hillary; el mismo Senador ha señalado eufemísticamente: "No estoy en contra de Clinton, sino de los dueños de la candidata".

industrias de los combustibles fósiles, Wall Street; farmacéuticas, etc. quienes se oponen a cualquier tipo de regulación o afectación a su status quo, y quienes como ya se ha señalado, han contribuido generosamente a la campaña de la precandidata demócrata. Por citar un ejemplo, la fundación Walton, propietarios de Walmart, quienes se oponen vigorosamente, por obvias razones, a la propuesta de un aumento al salario mínimo en los EEUU, ha donado entre US $1 y $5 millones de dólares a los Clinton, con una reciente donación por US$ 353,500 dólares de parte de la hija y heredera de Sam Walton. En contraste, Sanders ha recibido contribuciones individuales con un promedio de $27 dólares hasta alcanzar un total de $212 millones de dólares. Asimismo, ha alcanzado la asombrosa cifra récord de 7.6 millones de donaciones hasta abril. Esta cifra rebasa a cualquier precandidato presidencial en campaña en la historia de los EE.UU., incluyendo a Obama que recaudó solamente 50 millones de dólares para las elecciones primarias. Asimismo representa el nacimiento revolucionario donde el donador típico para la campaña de Barnie Sanders es un estudiante de educación media superior con una edad promedio de 27 años. De este modo Sanders ha ganado 21 elecciones primarias, después que al inicio de la competencia las encuestas lo ubicaban 60 puntos porcentuales por debajo de Clinton.

La fundación Walton, propietarios de Walmart, quienes se oponen vigorosamente, por obvias razones, a la propuesta de un aumento al salario mínimo en los EEUU, ha donado entre US $1 y $5 millones de dólares a los Clinton, con una reciente donación por US$ 353,500 dólares de parte de la hija y heredera de Sam Walton. En contraste, Sanders ha recibido contribuciones individuales con un promedio de $27 dólares hasta alcanzar un total de $212 millones de dólares.



Sanders en la convención démocrata en Nevada el 14 de mayo advirtió enfáticamente que el partido Demócrata tenía dos opciones: primera, el seguir dependiendo de los denominados comités de acción política (PAC´s), poderosas maquinarias partidistas dedicadas a recaudar financiamiento entre las clases económica y políticamente dominantes; o por otra parte, retomar el mandato de los millones de votantes que han respaldado la propuesta de una mayor regulación a los magnates financieros

que provocaron la crisis de 2008, un compromiso real de parte de los EE.UU. para combatir el cambio climático, una elevación del salario mínimo a 15 dólares la hora, y un sistema de salud y educación universal. Sanders ha advertido que sería una verdadera tragedia histórica si Trump ganara la voluntad de la clase media norteamericana y triunfara en las elecciones de noviembre si el partido no retoma sus propuestas revolucionarias. Jefferson, un idealista y profundo admirador de los principios humanistas de la revolución francesa, pensaba que el partido Demócrata debía velar por los intereses de los más desprotegidos y las clases más humildes, oponiéndose a la avaricia de los banqueros y la élite financiera. El partido Demócrata actual debe por tanto, realizar un ejercicio de autocrítica serio y retomar el espíritu que le dio vida.

Sanders ha advertido que sería una verdadera tragedia histórica si Trump ganara la voluntad de la clase media norteamericana y triunfara en las elecciones de noviembre si el partido no retoma sus propuestas revolucionarias. Jefferson, un idealista y profundo admirador de los principios humanistas de la revolución francesa, pensaba que el partido Demócrata debía velar por los intereses de los más desprotegidos y las clases más humildes, oponiéndose a la avaricia de los banqueros y la élite financiera.



Alexis de Tocqueville fue un visionario que vislumbró la inminencia de la guerra civil entre las colonias progresistas del norte contra los estados esclavistas del sur; el advenimiento de los EE. UU. como potencia mundial y su confrontación en la guerra fría contra otra poderosa nación. Finalmente, en su agudo análisis se pregunta si la democracia podría sobrevivir en los EE.UU. El acuerdo institucional que durante 200 años ha permitido la continuidad de la democracia en los EE.UU. parece estar en una grave crisis. La revolución ideológica encabezada por Sanders y apoyada por millones de norteamericanos jóvenes puede brindar aires de renovación a un sistema anquilosado y con poca eficacia política. Es poco probable que el Senador Sanders sea el nominado del partido Demócrata, sin embargo, el movimiento de democracia socialista de Barnie, con el apoyo detrás de millones de jóvenes y profesionistas entusiastas pueden traer esperanza en el futuro para enfrentar la agónica crisis de la *Democracia en América* que tanto ocupó la imaginación de Alexis de Tocqueville ■

CARTEL DEL MES



Graffiti en la ciudad de Nueva York

TERMINAR CON EL NIVEL GROTESCO DE LA DESIGUALDAD

Discurso de Sanders en la Convención Demócrata de los Estados Unidos
25 de julio de 2016
https://berniesanders.com/sanders-prepared-remarks-at-democratic-national-convention/



Empezaré por agradecer a los cientos de miles de estadounidenses que participaron activamente en nuestra campaña como voluntarios. Permítanme agradecer a los 2.5 millones de estadounidenses que ayudaron a financiar nuestra campaña con un récord de 8 millones de contribuciones individuales - en promedio de $27 por cada una. Permítanme agradecer a los 13 millones de estadounidenses que votaron por la revolución política, que nos da los 1,846 delegados comprometidos aquí esta noche - el 46% del total. Y los delegados: gracias por estar aquí y por todo el trabajo que han hecho.

Y permítanme ofrecer un agradecimiento especial a la gente de mi propio estado de Vermont que me ha apoyado como alcalde, diputado, senador y candidato presidencial. Y para mi familia - mi esposa Jane, mis cuatro hijos y siete nietos - muchas gracias por tu amor y por el trabajo duro en esta campaña.

Entiendo que muchas personas en esta convención y en todo el país están decepcionados por los resultados finales del proceso de nominación. Creo

que es justo decir que nadie está más decepcionado que yo. Pero espero que todos nuestros seguidores - aquí y en todo el país - se sientan orgullosos por los logros históricos que hemos tenido.

Juntos, mis amigos y yo, hemos empezado una revolución política para transformar América y esa revolución – nuestra revolución – continúa. Los días de elección vienen y van. Pero la lucha de la gente para crear un gobierno que nos represente a todos y no sólo al 1% – un gobierno basado en los principios económicos, sociales, de justicia racial y ambiental – la lucha continua. Y quiero formar parte de esta lucha junto con ustedes.

Déjenme ser lo más claro posible. Esta elección no es sobre Hillary Clinton, o Donald Trump, o Bernie Sanders o de cualquier otro candidato que busque la presidencia. Esta elección no es sobre charlas políticas. No es sobre votaciones. No es sobre estrategias de campaña. No es acerca de recaudar fondos. No es sobre todas las cosas en la que los medios gastan mucho tiempo discutiendo.

Esta elección se trata - y debe tratar – sobre las necesidades del pueblo estadounidense y el tipo de futuro que crearemos para nuestros hijos y nietos.

Esta elección es acerca de poner fin al declive de 40 años de nuestra clase media, de 47 millones de hombres, mujeres y niños que viven en la pobreza. Se trata de entender que, si no transformamos nuestra economía, nuestra generación más joven probablemente tenga un nivel de vida inferior a la de sus padres.

Esta elección es acerca de terminar con el nivel grotesco de la desigualdad del ingreso y la riqueza que experimentamos en la actualidad, lo peor ha pasado desde 1928. No es moral, no es aceptable y no es sostenible que el uno por ciento del decil más alto posee casi tanta riqueza como la parte inferior del 90 por ciento, o de que el 1% en los últimos años ha ganado un 85% de todos los ingresos nuevos. Esto es inaceptable. Esto tiene que cambiar.

Esta elección es acerca de recordar dónde estábamos hace 7.5 años cuando el presidente Obama asumió el cargo después de ocho años de una economía de cuentagotas con los republicanos.

Los republicanos quieren que nos olvidemos de que, como resultado de la avaricia, la imprudencia y la conducta ilegal en Wall Street, nuestra economía estuviera en la peor crisis económica desde la Gran Depresión. Cerca de 800,000 personas al mes estaban perdiendo sus trabajos. Estábamos corriendo un déficit récord de $1.4 bi-

llones y el sistema financiero mundial estaba al borde del colapso.

Hemos recorrido un largo camino en los últimos 7.5 años, y gracias al liderazgo del presidente Obama y el vicepresidente Biden, hemos salido de la terrible recesión.

Sí, hemos hecho progresos, creo que todos estamos de acuerdo en mucho, pero queda mucho más por hacer.

Esta elección es sobre qué candidato entiende los problemas reales que enfrenta este país y ofrece soluciones reales - no sólo grandilocuencia, alarmismo, insultos y divisiones.

Necesitamos un liderazgo en este país que mejore la vida de las familias trabajadoras, los niños, los ancianos, los enfermos y los pobres. Necesitamos un liderazgo que traiga a nuestra gente unión y fortaleza - no el liderazgo que insulte a los latinos, los musulmanes, las mujeres, los afroamericanos y los veteranos - y que no divida.

Con estas medidas, cualquier observador objetivo concluiría que - sobre la base de sus ideas y su liderazgo - Hillary Clinton debe convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos.

Esta elección es sobre una madre soltera que vi en Nevada que, con lágrimas en los ojos, me dijo que estaba aterrorizada por el futuro porque ella y su joven hija no están saliendo adelante con el salario de $10.45 por hora que ella gana. Esta elección es sobre esta mujer y millones de trabajadores en este país que están luchando por sobrevivir con salarios inadecuados.

Esta elección es sobre una madre soltera que vi en Nevada que, con lágrimas en los ojos, me dijo que estaba aterrorizada por el futuro porque ella y su joven hija no están saliendo adelante con el salario de $10.45 por hora que ella gana. Esta elección es sobre esta mujer y millones de trabajadores en este país que están luchando por sobrevivir.

Hillary Clinton comprende que, si alguien en América trabaja 40 horas a la semana, esa persona no debería vivir en la pobreza. Ella entiende que debemos aumentar el salario mínimo a un salario digno. Y ella está decidida a crear millones de nuevos puestos de trabajo mediante la reconstrucción de nuestra desmoronada infraestructura - nuestras carreteras, puentes, sistemas de agua y plantas de aguas residuales.

Pero su oponente - Donald Trump - bueno, él tiene una visión muy diferente. Él no está de acuerdo con el aumento del salario mínimo federal de $7.25 por hora - un salario de hambre. Mientras que Donald Trump cree en los enormes recortes de impuestos para los multimillonarios, también cree que los Estados deberían tener el derecho de establecer el salario mínimo por debajo de $7.25. ¡Esto es un atropello!

Esta elección se trata de dar un vuelco a "Ciudadanos Unidos" (*Citizens United)*, una de las peores decisiones de la Suprema Corte en la historia de nuestro país. Esta decisión permite a las personas más ricas de Estados Unidos, al igual que los multimillonarios hermanos Koch, gastar cientos de millones de dólares en la compra de las elecciones y en el proceso de socavar la democracia americana.

Hillary Clinton designará a los jueces de la Suprema Corte para revocar "Ciudadanos Unidos" (*Citizens United)* y poner fin al movimiento hacia la oligarquía de este país. El Tribunal Supremo también defenderá el derecho de la mujer a elegir, los derechos de los trabajadores, los derechos de la comunidad LGBT, las necesidades de las minorías y los inmigrantes y la capacidad del gobierno para proteger el medio ambiente.

Si usted no cree que esta elección es importante, si cree que puede quedarse al margen, tome un momento para pensar en los jueces del Tribunal Supremo que Donald Trump podría nominar y lo que eso significaría para las libertades civiles, la igualdad de derechos y el futuro de nuestro país.

Esta elección es sobre los miles de jóvenes que he conocido que han salido de la universidad con una gran deuda, y los muchos otros que no pueden permitirse ir a la universidad. Durante la campaña primaria, la Secretaria Clinton y yo nos centramos en esta cuestión, pero con diferentes enfoques. Recientemente, sin embargo, nos hemos unido en una propuesta que va a revolucionar la educación superior en América. Se garantizará que los niños de cualquier familia de este país con un ingreso anual de $125,000 al año o menos - un 83% de nuestra población - podrán ir a un colegio público o con la matrícula universitaria gratuita. Esta propuesta también reducirá sustancialmente la deuda del estudiante.

Esta elección es acerca del cambio climático, la crisis ambiental más grande azota a nuestro planeta, y la necesidad de dejar este mundo en un camino que sea sano y habitable para nuestros niños y futuras generaciones. Hillary Clinton está escuchando a los científicos quienes nos dicen que – al menos que actuemos valientemente y transformemos nuestro sistema de energía en un futuro cercano – habrá más sequias, mas inundaciones, más acidificación de los océanos, más aumentos en los niveles del mar. Ella comprende que cuando logremos eso, podemos crear cientos de miles de trabajos bien remunerados.

¿Donald Trump? Bueno, como la mayoría de los republicanos, opta por rechazar la ciencia. Él cree que el cambio

climático es un "engaño", sin necesidad de abordarlo. Hillary Clinton entiende que el trabajo de un presidente es preocuparse por las generaciones futuras, no por los beneficios a corto plazo de la industria de los combustibles fósiles.

Esta campaña es sobre mover a los Estados Unidos hacia un Sistema de Salud Universal y de reducir el número de personas sin seguro o con seguro insuficiente. Hillary Clinton quiere ver que todos los americanos tengan el derecho de elegir una opción pública al intercambiar su seguro de salud. Ella cree que cualquiera con 55 años o más sea capaz de optar por el seguro médico (Medicare) y ella quiere ver que millones de americanos más obtengan acceso a cuidados primarios de salud, cuidado dental, asesoramiento a cuidados mentales y a medicamentos prescritos de bajo costo a través de una expansión de los centros comunitarios de salud.

Y ¿cuál es la posición de Donald Trump sobre el sistema de salud? No es de sorprender. El mismo menosprecio republicano de siempre para las familias trabajadoras. Él quiere abolir la Ley de Salud (Affordable Care Act), lanzar 20 millones de personas fuera del seguro de salud que tienen actualmente y terminar con el seguro médico (Medicare) de los estadounidenses de bajos ingresos.

Hillary Clinton también entiende que millones de personas mayores, veteranos discapacitados y otros están luchando contra el exageradamente alto costo de los medicamentos recetados y el hecho de que los estadounidenses pagan los precios más altos en el mundo por su medicamento. Ella sabe que el seguro médico (Medicare) deberá negociar los precios de los medicamentos con la industria farmacéutica y que las farmacéuticas no podrán tener miles de millones en ganancias mientras que uno de cada cinco estadounidenses es incapaz de pagar los medicamentos que necesitan. La avaricia de las compañías farmacéuticas debe terminar.

Hillary Clinton también entiende que millones de personas mayores, veteranos discapacitados y otros están luchando contra el exageradamente alto costo de los medicamentos recetados y el hecho de que los estadounidenses pagan los precios más altos en el mundo por su medicamento. Ella sabe que el seguro médico (Medicare) deberá negociar los precios de los medicamentos con la industria farmacéutica y que las farmacéuticas no podrán tener miles de millones en ganancias mientras que uno de cada cinco estadounidenses es incapaz de pagar los medicamentos que necesitan.

Esta elección es sobre el liderazgo que necesitamos para aprobar una reforma migratoria integral y reparar un sistema de justicia criminal. Se trata de asegurarse de que los jóvenes de este país estén en buenas escuelas y en buenos puestos de trabajo, no en la cárcel. Hillary Clinton entiende que

tenemos que invertir en la educación y el empleo para nuestros jóvenes, no más cárceles o encarcelamiento.

En estos momentos de estrés para nuestro país, esta elección debe acercar a nuestros ciudadanos y no dividirnos. Mientras que Donald Trump está ocupado por insultar a un grupo tras otro, Hillary Clinton entiende que nuestra diversidad es una de nuestras mayores fortalezas. Sí, nos volvemos más fuertes cuando los blancos y los negros, los latinos y asiáticos, los ciudadanos americanos y todos nosotros, nos mantenemos unidos. Sí, nos volvemos más fuertes cuando hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, homosexuales y heterosexuales, nativos e inmigrantes nos unimos para crear el tipo de país que conocemos y que podemos llegar a ser.

Esta elección debe acercar a nuestros ciudadanos y no dividirnos. Mientras que Donald Trump está ocupado por insultar a un grupo tras otro, Hillary Clinton entiende que nuestra diversidad es una de nuestras mayores fortalezas. Sí, nos volvemos más fuertes cuando los blancos y los negros, los latinos y asiáticos, los ciudadanos americanos y todos nosotros, nos mantenemos unidos. Sí, nos volvemos más fuertes cuando hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, homosexuales y heterosexuales, nativos e inmigrantes nos unimos para crear el tipo de país que conocemos

No es ningún secreto que Hillary Clinton y yo estamos en desacuerdo en muchas cuestiones, ese es el tema de la elección, de eso se trata la democracia. Pero estoy feliz de poder decir que en la plataforma y en el Comité del Partido Democrática, hubo una unión entre las dos campañas y que creamos una plataforma más progresiva en la historia del Partido Demócrata. Entre muchas otras disposiciones, el Partido Demócrata llama ahora a romper las principales instituciones financieras de Wall Street y aprobar la Ley *Glass-Steagall* del siglo XXI. También llama a una fuerte oposición a los acuerdos de libre comercio como el tratado Transpacífico.

Nuestro trabajo es asegurarnos de que el tratado transpacífico no llegue al Congreso. Nuestro trabajo es ver una plataforma implementada por un demócrata en el Senado, un demócrata de la Cámara y una presidencia Hillary Clinton - y voy a hacer todo lo posible para que esto suceda.

He conocido a Hillary Clinton durante 25 años. La recuerdo como una gran primera dama que tuvo un precedente en el papel que una primera dama debía cumplir al dirigir la lucha para la salud universal. Serví con ella en el Senado de los Estados Unidos y la conozco como una firme defensora de los derechos de los niños, las mujeres y los discapacitados.

Hillary Clinton hará una presidencia excepcional y estoy orgulloso de estar con ella esta noche ■



FIRMA DEL TÍTULO DE CONCESIÓN ÚNICA PARA PRESTAR SERVICIOS PÚBLICOS DE TELECOMUNICACIONES Y RADIODIFUSIÓN, A FAVOR DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

El Instituto Federal de Telecomunicaciones *(IFT) otorgó al Canal del Congreso la concesión para el aprovechamiento de las bandas de frecuencia del espectro radioeléctrico para uso público.*



"El fortalecimiento del Canal del Congreso ya no tiene vuelta atrás, porque lo que sigue es hacerlo un canal y un medio público que apueste al fortalecimiento de la democracia y la pluralidad; y sobre todo, que sea el mecanismo de comunicación, diálogo y conversación entre los mexicanos y sus legisladores."

ROBERTO GIL ZUARTH
PRESIDENTE DEL SENADO DE LA REPÚBLICA

"El pasado 3 de agosto de 2016, la Comisión Bicameral y los presidentes de las Mesas Directivas de ambas cámaras, presentaron una iniciativa de ley que reforma la Ley Orgánica del Congreso General y el reglamento del canal de televisión del Congreso General, con la finalidad establecer el andamiaje de lo previsto en la reforma constitucional de 2013. Así como el impulso de órganos de participación ciudadana, que consolidan el ejercicio público y transparente, en la figura del Consejo Consultivo y la Defensoría de la Audiencia."

DANIEL GABRIEL ÁVILA RUIZ
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN BICAMERAL DEL CANAL DE TELEVISIÓN DEL CONGRESO DE LA UNIÓN



Sabías que…



El comercio entre México y Estados Unidos es de un millón de dolares… ¡por minuto!



Allá muchos hablan español. Aquí viven y viajan miles de estadounidenses.



Te imaginas… durante el Súper Bowl, lo que más se consume es guacamole y totopos de maíz.



Nuestra región genera un tercio de la riqueza del mundo.



Nada romperá nuestra relación.



#JuntosSomosMásFuertes

www.senado.gob.mx